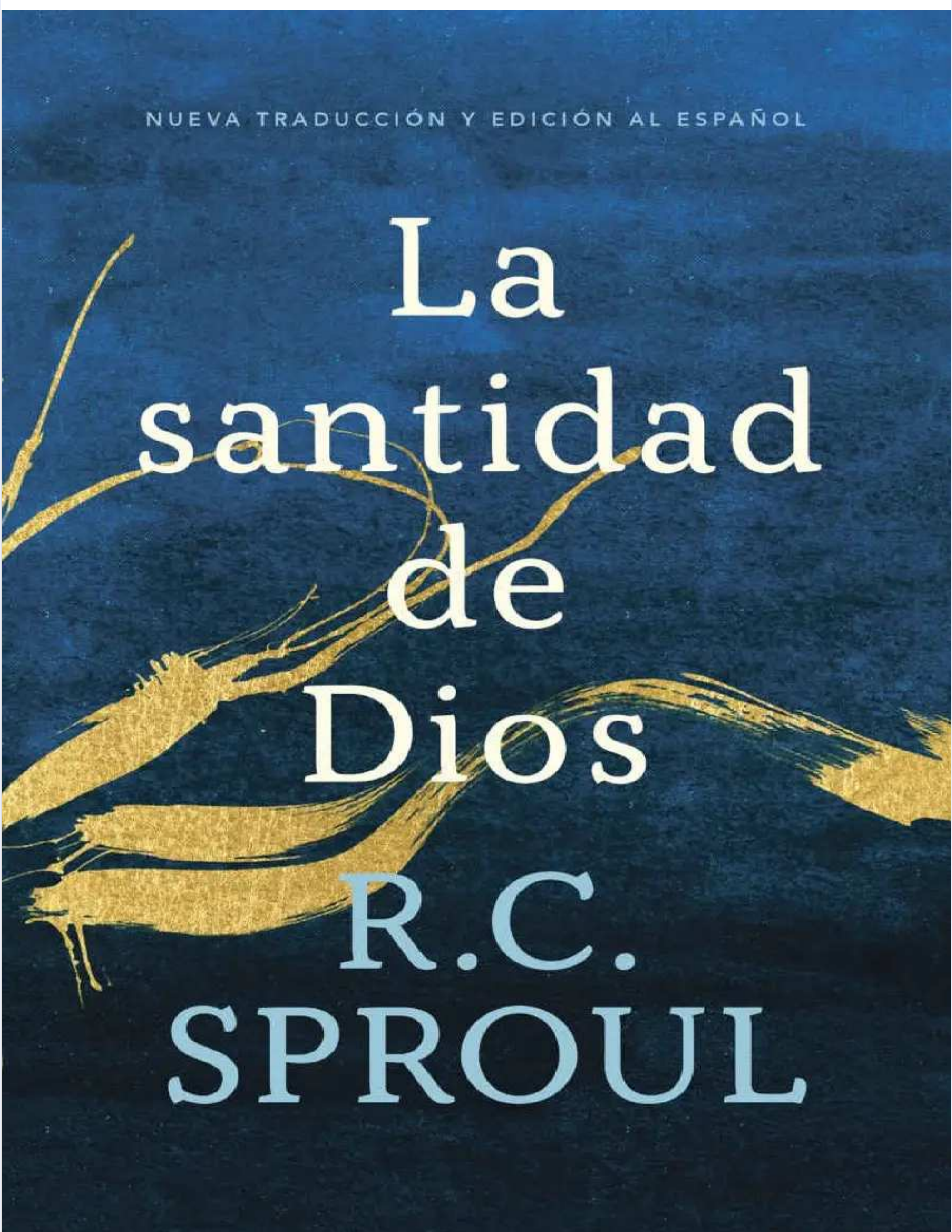


NUEVA TRADUCCIÓN Y EDICIÓN AL ESPAÑOL

The background is a deep, textured blue. Overlaid on this are several expressive, sweeping brushstrokes in a metallic gold color. These strokes originate from the left side and curve across the middle of the cover, partially framing the title text.

La santidad de Dios

R.C.
SPROUL

La santidad de Dios

R.C. SPROUL



MINISTERIOS LIGONIER

«La santidad es la corona de los atributos de Dios. Nuestro Dios es glorioso porque es santo. Pero, ¿en qué consiste la santidad de Dios? ¿Cómo se supone que debemos relacionarnos con un Dios tres veces santo? ¿Cómo debe reflejarse la santidad de Dios en el carácter del creyente? Este clásico de R.C. Sproul responde estas preguntas con la profundidad y precisión de un teólogo, y el corazón de un pastor. Hazle un favor a tu alma y lee este libro en oración. Tu vida será transformada en la misma medida en que te acerques a un mejor entendimiento de este glorioso atributo divino».

— **Sugel Michelén**, pastor de la Iglesia Bíblica del Señor Jesucristo en Santo Domingo, República Dominicana

«¡Este libro es revolucionario! Todo en nuestras vidas y ministerios comienza y termina con una conciencia de la santidad infinita de Dios que nos desgarrar el alma. Estos dramáticos capítulos, escritos de manera impactante, revelan lo que es la santidad de Dios y cómo debería revolucionar nuestras vidas».

— **Steven Lawson**, fundador y presidente de *OnePassion Ministries* y uno de los maestros de Ministerios Ligonier

«En 1986 vi en video la serie “La santidad de Dios” y las enseñanzas del Dr. Sproul me motivaron a conocer a ese

Dios Santo que envió a Su hijo Jesucristo para salvarnos del pecado. Esta obra es ahora un clásico que todos los cristianos deberíamos leer al menos una vez en la vida».

— **Víctor Cruz**, pastor-plantador de la

Iglesia El Redentor en Ciudad de México, México

«No hay otro libro que nos cautive con tan precisos detalles acerca de la hermosura de la santidad de Dios como el que tienes en tus manos. Esta obra de nuestro hermano R.C. Sproul es un referente de la literatura reformada del siglo XX. Al leerlo, tu asombro y temor a Dios serán reavivados de tal manera que dirigirán tu piedad personal, servicio y adoración a Él hacia el propósito más excelente de todos: ser apartado por la gloria de Dios y para ella».

— **Javier Domínguez**, pastor general de la
Iglesia Gracia Sobre Gracia en San Salvador, El Salvador

«En once cortos capítulos llenos de enseñanza escritural clara el Dr. R.C. Sproul transmite al corazón creyente lo glorioso de la santidad de Dios. El ávido estudiante de la Biblia que anhela crecer en santidad encontrará aquí lo temible que es estar en la presencia del Dios santo. Pero, al mismo tiempo, se deleitará al comprender su llamado a ser santo como Él es santo».

— **Alonzo Ramírez**, pastor de la Iglesia Evangélica
Presbiteriana del Perú 3ª Congregación de Cajamarca, Perú

La santidad de Dios

© 2022 por Ministerios Ligonier

Primera edición

Distribuído en América Latina y España por Poiema Publicaciones

Poiema.co

Publicado originalmente en inglés bajo el título

Holiness of God by R.C. Sproul

por Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, IL, 60188

Copyright © 1985, 1998 por R.C. Sproul

Publicado en español con permiso por Ministerios Ligonier

421 Ligonier Court, Sanford, FL, 32771

es.Ligonier.org

Impreso en Ann Arbor, Michigan

Cushing-Malloy, Inc.

0000422

ISBN 978-1-64289-427-1 (Tapa rústica)

ISBN 978-1-64289-428-8 (ePub)

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el previo permiso escrito de Ministerios Ligonier a excepción de las citas breves en las reseñas publicadas.

Adaptación de portada: Ligonier Creative

Diagramación de interior: The DESK, Poiema Publicaciones y Ministerios Ligonier

Traducción al español: Roberto «Roby» Reyes y Alicia Ferreira de Díaz
Edición en español: José «Pepe» Mendoza, Daniel Lobo y Emanuel Betances

Las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS (LBLA). Copyright © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Control Number: 2021952304

This digital document has been produced by [Nord Compo](#) .

*A Kaki y Ryan
y a su generación,
para que vivan durante
una nueva reforma.*

Contenido

Reconocimientos

1. El Santo Grial
2. Santo, Santo, Santo
3. El temible misterio
4. El trauma de la santidad
5. La demencia de Lutero
6. Justicia santa
7. Guerra y paz con un Dios santo
8. Sed santos, porque Yo soy santo
9. Dios en las manos de pecadores airados
10. Mirando más allá de las sombras
11. Espacio santo y tiempo santo

Notas

Reconocimientos

*Mi especial agradecimiento a Wendell
Hawley
por su cálido y amable apoyo en este
proyecto.*

*Si este libro tiene algo de claridad,
el crédito debe ir a mi esposa, Vesta,
quien es mi editora más implacable
y amorosa.*

Capítulo 1

El Santo Grial

*Un caballero alegre y audaz
de día y de noche cabalgando va.
Y canta su canción mientras sigue osado
a la busca de El Dorado.*

Edgar Allan Poe

Me vi obligado a abandonar la habitación. Un llamado profundo e innegable perturbó mi sueño; algo santo me llamó. El único sonido era el rítmico tic-tac del reloj en mi escritorio. Parecía vago e irreal, como si estuviera en una cámara, sumergido en lo profundo del agua. Había llegado al borde del sopor, donde la línea entre la consciencia y la inconsciencia es borrosa. Estaba suspendido en ese momento, como cuando uno cuelga precariamente en el borde de un abismo, un momento en el que los sonidos del mundo exterior todavía invaden la tranquilidad de nuestro

propio cerebro, ese momento justo antes de que ocurra la rendición a la noche. Dormido, pero todavía no dormido. Despierto, pero no alerta. Aún vulnerable al llamado interno que decía: «Levántate. Sal de esta habitación».

El llamado se hizo más fuerte, más urgente, imposible de ignorar. Una explosión de desvelo me hizo incorporar y balancear las piernas hasta que mis pies tocaron el piso. El sueño se desvaneció en un instante y mi cuerpo actuó con decisión. En cuestión de segundos, estaba vestido y saliendo de mi dormitorio de la universidad. Una rápida mirada al reloj registró la hora en mi mente: faltaban diez minutos para la medianoche.

El aire de la noche era frío, convirtiendo la nieve de la mañana en una cubierta de corteza dura. Sentía el crujido bajo mis pies mientras caminaba hacia el centro del campus. La luna arrojaba un manto fantasmal sobre los edificios de la universidad, cuyas canaletas estaban adornadas con carámbanos gigantes: gotas de agua detenidas en el espacio, dagas sólidas de hielo que parecían colmillos congelados. Ningún arquitecto humano podría diseñar estas gárgolas de la naturaleza.

Los engranajes del reloj en lo alto de la vieja torre principal comenzaron a rechinar y los brazos se encontraron y se pusieron uno sobre el otro. Escuché el sordo gemido de la maquinaria una fracción de segundo antes de que las campanas comenzaran a sonar. Cuatro tonos musicales indicaron la hora completa. Estos fueron seguidos por el constante y sonoro golpe de las doce. Conté las campanadas en mi mente, como siempre lo hacía, buscando un posible error en la cantidad. Pero nunca fallaban.

Exactamente doce golpes resonaron desde la torre como el martillo de un juez enojado golpeando el metal.

La capilla estaba a la sombra de la vieja torre principal. La puerta estaba hecha de roble pesado con un arco gótico.

La abrí y entré al atrio. La puerta se cerró detrás de mí con un sonido metálico que reboto en los muros de piedra de la nave.

El eco me sorprendió. Era un extraño contraste con los sonidos de los servicios diarios de la capilla, donde el abrir y cerrar de las puertas era atenuado por los sonidos de los estudiantes que caminaban y se repartían en sus lugares asignados. Ahora el sonido de la puerta se amplificó en el vacío de la medianoche.

Esperé un momento en el atrio, dando a mis ojos unos segundos para que se acostumbraran a la oscuridad. El tenue resplandor de la luna se filtraba a través de los vitrales de colores opacos. Pude distinguir el contorno de los bancos y el pasillo central que conducía a los escalones del presbiterio. Tuve un sentido majestuoso del espacio, acentuado por los arcos abovedados del techo. Parecían atraer mi alma hacia arriba, un sentido de altura que evocaba la sensación de una mano gigante que se extendía hacia abajo para levantarme.

Me moví lenta y deliberadamente hacia los escalones del presbiterio. El sonido de mis zapatos contra el piso de piedra traía a la memoria las imágenes terroríficas de soldados alemanes marchando en sus botas de suelas con clavos por las calles adoquinadas. Cada paso resonó por el pasillo central mientras llegaba al presbiterio alfombrado.

Allí caí sobre mis rodillas. Había llegado a mi destino. Estaba listo para encontrarme con la fuente del llamado que había perturbado mi descanso.

Estaba en posición de oración, pero no tenía nada que decir. Me arrodillé allí en silencio, permitiendo que la sensación de la presencia de un Dios santo me llenara. El latido de mi corazón era revelador, un latido fuerte contra mi pecho. Un escalofrío comenzó en la base de mi columna y subió hasta mi cuello. El miedo se apoderó de mí. Luché contra el impulso de huir de la presencia premonitoria que me sujetaba.

El terror pasó, pero pronto fue seguido por otra ola. Esta ola era diferente. Inundó mi alma con una paz indescriptible, una paz que trajo descanso instantáneo y reposo a mi espíritu perturbado. En seguida me sentí cómodo. Quería quedarme allí, sin decir nada, sin hacer nada. Simplemente gozar de la presencia de Dios.

Ese momento transformó mi vida. Algo en lo profundo de mi espíritu se estaba estableciendo de una vez por todas. A partir de ese momento ya no podía haber vuelta atrás; ya no podía borrarse la marca indeleble de su poder. Estaba solo con Dios. Un Dios santo. Un Dios asombroso. Un Dios que podía llenarme de terror en un segundo y de paz en el siguiente. En esa misma hora supe que había gustado del Santo Grial. Nació en mí una nueva sed que nunca podrá ser satisfecha por completo en este mundo. Decidí aprender más, dedicarme a buscar a este Dios que vivía en catedrales góticas oscuras y que invadió mi dormitorio para despertarme de un sueño complaciente.



¿Qué hace que un estudiante universitario busque la presencia de Dios a altas horas de la noche? Algo sucedió esa tarde en un salón de clases que me llevó a la capilla. Yo era un nuevo creyente. Mi conversión fue repentina y dramática; para mí fue como una réplica del camino a Damasco. Mi vida había dado un vuelco y estaba lleno de celo por la dulzura de Cristo. Estaba consumido en una nueva pasión, por estudiar la Escritura, por aprender a orar, por conquistar los vicios que asaltaban mi carácter, por crecer en gracia. Quería desesperadamente hacer que mi vida contara para Cristo. Mi alma cantaba: «Dios, yo quiero ser cristiano».

Pero algo faltaba al inicio de mi vida cristiana. Tenía un celo abundante, pero estaba marcado por una superficialidad, una especie de simplicidad que me estaba convirtiendo en una persona unidimensional. Era una especie de unitario, unitario de la segunda persona de la Trinidad. Sabía quién era Jesús, pero Dios el Padre estaba rodeado de misterio. Estaba oculto, un enigma para mi mente y un extraño para mi alma. Un velo oscuro cubría Su rostro.

Mi clase de filosofía cambió eso.

Era una asignatura que había generado poco interés en mí. Apenas podía esperar para dejar atrás ese tedioso requisito. Había elegido especializarme en Biblia y pensé que las especulaciones abstractas que vería en la clase de filosofía eran una pérdida de tiempo. Escuchar a los filósofos discutir sobre la razón y la duda parecía vacío. No encontraba alimento para mi alma, nada que inflamara mi

imaginación, solo acertijos intelectuales aburridos y difíciles que me dejaban indiferente. Hasta esa tarde de invierno.

La clase de ese día fue sobre un filósofo cristiano llamado Aurelio Agustín. En el curso de la historia, él había sido

canonizado por la Iglesia católica romana. Todos se referían a él como San Agustín. El profesor dio una clase sobre las posturas de Agustín en cuanto a la creación del mundo.

Estaba familiarizado con el relato bíblico de la creación. Sabía que el Antiguo Testamento comenzaba con las palabras: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», pero nunca había pensado profundamente en el acto original de la creación. Agustín investigó este glorioso misterio y planteó la pregunta: «¿Cómo se hizo esto?».

«En el principio...».

Suena como el inicio de un cuento de hadas: «Había una vez». El problema es que en el principio no había tiempo, tal como lo entendemos para que haya «una vez». Pensamos en los comienzos como puntos de partida en algún lugar en medio de un período de la historia. Cenicienta tenía una madre y una abuela. Su historia comenzó con «había una vez», no comenzó en el principio absoluto. Antes de Cenicienta había reyes y reinas, rocas y árboles, caballos, liebres, narcisos.

¿Qué había antes del comienzo de Génesis 1? Las personas que Dios creó no tenían padres ni abuelos. No había libros de historia que leer porque no había historia. Antes de la creación, no había reyes ni reinas ni rocas ni árboles. No había nada; nada, excepto Dios, por supuesto.

Fue allí, en mi clase de filosofía, donde empezó mi dolor de cabeza digno de un analgésico. Antes de que el mundo

comenzara, no había nada. Pero ¿qué es en realidad la «nada»? ¿Alguna vez has tratado de pensar en la nada? ¿Dónde podemos encontrarla? Obviamente en ninguna parte. ¿Por qué? Porque es la nada, y la nada no existe. No puede existir, porque si existiera, sería algo y no nada. ¿Te está empezando a dar un dolor de cabeza como el mío? Piénsalo por un segundo. No puedo decirte que pienses en «eso» porque la nada no es un «eso». Solo puedo decir que «la nada no es».

Entonces, ¿cómo podemos pensar en la nada? No podemos. Es simplemente imposible. Si tratamos de pensar en nada, siempre terminamos pensando en algo. Tan pronto intento pensar en la nada, empiezo a imaginar mucho aire «vacío». Pero el aire es algo; tiene peso y sustancia. Lo sé por lo que sucede si un clavo perfora el neumático de mi automóvil.

Jonathan Edwards dijo una vez que la nada es con lo que sueñan las rocas dormidas. Eso no ayuda mucho. Mi hijo me ofreció una mejor definición de *nada*. Mientras estaba empezando la escuela secundaria, le preguntaba cuando llegaba a casa de la escuela: «¿Qué hiciste hoy, hijo?». La respuesta era la misma todos los días: «Nada». Así que la mejor definición que puedo dar sobre lo que es «nada» es: «lo que mi hijo hacía todos los días en la escuela».

Nuestra comprensión de la creatividad involucra la elaboración y formación de pintura, arcilla, notas en papel o algún otro tipo de sustancia. En nuestra experiencia, no hemos podido encontrar un pintor que pinte sin pintura o un escritor que escriba sin palabras o un compositor que componga sin notas. Los artistas deben comenzar con *algo*.

Lo que los artistas hacen es moldear, dar forma o reorganizar otros materiales. Pero nunca trabajan con nada.

San Agustín enseñó que Dios creó el mundo de la nada. La creación era algo así como cuando un mago saca un

conejo de su sombrero. Solo que Dios no tenía un conejo y ni siquiera tenía un sombrero.

Mi vecino de al lado es un ebanista experto. Una de sus especialidades es construir gabinetes para magos profesionales. Él me dio un recorrido por su taller y me mostró cómo se hacen las cajas y los armarios de mago. El truco está en el uso ingenioso de espejos. Cuando el mago sale al escenario y muestra una caja vacía o un sombrero vacío, lo que ves es solo la mitad de la caja o la mitad del sombrero. Considera el sombrero «vacío», por ejemplo. Se coloca un espejo justo en el medio del sombrero. El espejo refleja el lado vacío del sombrero, dando una imagen gemela exacta. La ilusión crea el efecto visual de estar viendo ambos lados de un sombrero vacío, pero en realidad, solo ves la mitad del sombrero. La otra mitad tiene suficiente espacio para ocultar palomas muy blancas o un conejo regordete. No hay mucha magia, ¿verdad?

Dios no creó el mundo con espejos. Para ello, habría necesitado medio mundo con el cual comenzar y un espejo gigante para ocultar la otra mitad. La creación involucró el traer a la existencia todo lo que existe, incluyendo los espejos. Dios creó el mundo de la nada. Una vez no había nada y luego, de repente, por mandato de Dios, había un universo.

Nuevamente nos preguntamos: ¿cómo lo hizo? La única pista que da la Biblia es que Dios llamó al universo a

existencia. Agustín se refirió a ese acto como el «imperativo divino» o el «fíat divino». Todos sabemos que un imperativo es una orden. También lo es un fíat. Cuando Agustín habló de un fíat, no estaba pensando en un automóvil italiano

pequeño. El diccionario define *fíat* como un mandato o un acto de la voluntad para crear algo.

En este momento estoy escribiendo este libro en una computadora fabricada por IBM. Es una máquina particular increíble, bastante compleja en todas de sus partes. Está diseñada para responder a ciertos comandos. Si cometo un error mientras escribo en el teclado, no tengo que buscar un borrador. Para corregir mis errores, simplemente introduzco un comando y la computadora los corrige. La computadora funciona por fíat. Pero el poder de mi fíat es limitado. Los únicos comandos que funcionan son los que ya están programados en la computadora. Me encantaría simplemente poder decirle a la computadora: «Por favor, escribe todo este libro por mí, mientras salgo a jugar golf». Mi máquina no puede hacer eso. Puedo gritarle a la pantalla con el imperativo más fuerte que conozco: «¡Escribe este libro!», pero este aparato es demasiado obstinado para hacer caso.

Los fíats de Dios no son tan limitados. Él puede crear por la sola fuerza de Su mandato divino. Puede crear algo de la nada, vida de la muerte. Él puede hacer estas cosas con el sonido de Su voz.

El primer sonido que se escuchó en el universo fue la voz de Dios ordenando: «¡Sea!». Es incorrecto decir que este fue el primer sonido «en» el universo porque hasta que no se completó el sonido no había universo para que este sonido

estuviera allí. Dios gritó en el vacío. Tal vez fue una especie de grito primigenio dirigido a la oscuridad vacía.

El mandamiento creó sus propias moléculas para llevar las ondas de sonido de la voz de Dios cada vez más lejos en

el espacio. Sin embargo, las ondas de sonido hubieran tomado demasiado tiempo. La velocidad de este imperativo excedió la velocidad de la luz. Tan pronto como las palabras salieron de la boca del Creador, comenzaron a suceder cosas. Donde Su voz resonó, aparecieron estrellas, brillando con un resplandor indescriptible al ritmo de los cánticos angelicales. La fuerza de la energía divina salpicó el cielo como un caleidoscopio de color lanzado desde la paleta de un artista poderoso. Los cometas atravesaron el cielo con colas destellantes como los fuegos artificiales del día de la independencia.

El acto de la creación fue el primer evento en la historia. También fue el más deslumbrante. El Arquitecto Supremo contempló Sus planos de diseño sumamente complejos y dio órdenes a los límites del mundo para que se establecieran. Habló, y los mares quedaron encerrados tras sus puertas y las nubes se llenaron de rocío. Colgó las Pléyades y abrochó el cinturón de Orión. Volvió a hablar y la tierra empezó a llenarse de huertos en plena floración. Brotaron flores como en la primavera en Misisipi. Los tonos lavanda de los ciruelos bailaban con el brillo de las azaleas y las forsitias.

Dios habló una vez más y las aguas se llenaron de seres vivos. El caracol se escondió bajo la sombra de la pastinaca, mientras que el gran pez espada emergió del agua para pasearse sobre las olas con su cola. Volvió a hablar, y se oyó

el rugido del león y el balido de las ovejas. Aparecieron animales de cuatro patas, arañas de ocho e insectos alados.

Y Dios dijo: «Es bueno».

Luego Dios se inclinó hacia la tierra y cuidadosamente moldeó un pedazo de arcilla. Se la llevó suavemente a los labios y soplo en ella. La arcilla comenzó a moverse. Comenzó a pensar. Comenzó a sentir. Comenzó a adorar. Estaba viva y estampada con la imagen de su Creador.

Considera la resurrección de Lázaro de entre los muertos. ¿Cómo lo hizo Jesús? No entró en la tumba donde estaba tendido el cadáver de Lázaro en descomposición. No tuvo que administrar reanimación boca a boca. Se quedó afuera de la tumba, a cierta distancia, y gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, ven fuera!». La sangre comenzó a fluir por las venas de Lázaro y las ondas cerebrales comenzaron a pulsar. En un estallido de vida, Lázaro abandonó su tumba y salió caminando. Esa es la creación por *fíat*, el poder del imperativo divino.

Algunos teóricos modernos creen que la nada creó el mundo. Observa la diferencia entre decir que el mundo fue creado *de* la nada y decir que el universo fue creado *por* la nada. En esta visión moderna, el conejo sale del sombrero sin que haya un conejo, un sombrero, ni siquiera un mago. La postura moderna es mucho más milagrosa que la bíblica. Sugiere que la nada creó algo. Más que eso, sostiene que la nada lo creó todo, ¡una verdadera hazaña!

Ahora bien, de seguro que no hay gente seria andando por ahí en esta era científica afirmando que el universo fue creado por la nada, ¿verdad? Sí, los hay por montones.

Desde luego, por lo general no lo dicen de la manera en que

lo dije yo, y probablemente se molesten conmigo por expresar sus posturas de esta manera. Sin duda protestarían porque he presentado una caricatura distorsionada de su posición sofisticada. Bueno. Es cierto:

ellos no dicen que el universo fue creado por la nada; dicen que el universo fue creado por casualidad.

Pero la casualidad no es algo. No tiene peso, ni medidas, ni poder. Es simplemente una palabra que usamos para describir posibilidades matemáticas. No puede hacer nada. No puede hacer nada porque no es nada. Decir que el universo fue creado por casualidad es decir que surgió de la nada.

Eso es locura intelectual. ¿Cuáles son las posibilidades de que el universo haya sido creado por casualidad?

San Agustín entendió que el mundo no pudo haber sido creado por casualidad. Sabía que se requería algo o a alguien con poder, el poder mismo de la creación, para lograr la tarea. Sabía que algo no puede venir de la nada. Entendió que en algún lugar, de alguna manera, algo o alguien debía tener el poder de ser. De lo contrario, nada existiría ahora.

La Biblia dice: «En el principio... Dios». El Dios que adoramos es el Dios que siempre ha sido. Solo Él puede crear seres, porque solo Él tiene el *poder de ser*. Él no es nada. Él no es casualidad. Él es puro Ser, Aquel que tiene el poder de ser *todo por Sí mismo*. Solo Él es eterno. Solo Él tiene poder sobre la muerte. Solo Él puede traer mundos a existencia por *fíat*, por el poder de Su mandato. Tal poder es asombroso, impresionante. Es merecedor de respeto y humilde adoración.

Fueron las palabras de Agustín —que Dios creó el mundo de la nada por el puro poder de Su voz— lo que me llevó a la capilla a medianoche.



Sé lo que significa ser convertido. Sé lo que significa nacer de nuevo. También entiendo que una persona puede nacer de nuevo solo una vez. Cuando el Espíritu Santo vivifica nuestras almas dándonos nueva vida en Cristo, Él no detiene Su obra. Él continúa trabajando en nosotros. Continúa cambiándonos.

Mi experiencia en el salón de clase, pensando en la creación del mundo, fue como nacer de nuevo por segunda vez. Fue como ser convertido, no solo a Dios el Hijo, sino a Dios el Padre. De repente tuve una pasión por conocer a Dios el Padre. Quería conocerlo en Su majestad, conocerlo en Su poder, conocerlo en Su majestuosa santidad.

Mi «conversión» a Dios el Padre no estuvo exenta de dificultades. Aunque estaba profundamente impresionado por la idea de un Dios que creó todo un universo a partir de la nada, me preocupaba el hecho de que el mundo en el que vivimos sea un lugar lleno de tristezas. Es un mundo plagado de maldad. Mi siguiente pregunta fue: ¿Cómo podría un Dios bueno y santo crear un mundo que está tan hecho líos? Mientras estudiaba el Antiguo Testamento, también me preocupaban las historias en las que Dios ordenaba la matanza de mujeres y niños, en la que Dios mató a Uza instantáneamente por tocar el arca del pacto y otras narraciones que parecían revelar un lado brutal del carácter de Dios. ¿Cómo podría llegar a amar a un Dios como ese?

El único concepto, la idea central con la que me seguía encontrando en las Escrituras, era la idea de que Dios es *santo*. La palabra me era extraña. No estaba seguro de lo que significaba. Hice de la pregunta un asunto de búsqueda diligente y persistente. Aún hoy en día, estoy absorto con la pregunta de la santidad de Dios. Estoy convencido de que es una de las ideas más importantes que un cristiano puede enfrentar. Es básica para toda nuestra comprensión de Dios y del cristianismo.

La idea de la santidad es tan central en la enseñanza bíblica que se dice de Dios que «santo es su nombre» (Lc 1:49). Su nombre es santo porque Él es santo. No siempre se le trata con santa reverencia. Su nombre es pisoteado en medio de la suciedad de este mundo. Se usa como una mala palabra, como una plataforma para lo obsceno. Que el mundo tenga poco respeto por Dios se ve vívidamente en la manera en que el mundo considera Su nombre: sin honor, sin reverencia, sin temor ante Él.

Si le preguntara a un grupo de cristianos cuál es la principal prioridad de la Iglesia, estoy seguro de que obtendría una amplia variedad de respuestas. Algunos dirían que es el evangelismo, otros la acción social y aún otros dirían que es proveer alimento espiritual. Pero todavía no he escuchado a nadie hablar sobre aquellas que eran las prioridades de Jesús.

¿Cuál es la primera petición del padrenuestro? Jesús dijo: «Vosotros, pues, orad de esta manera: “Padre nuestro que estás en los cielos...”» (Mt 6:9). La primera línea de la oración no es una petición. Es una forma personal de dirigirse a Dios. La oración continúa: «santificado sea tu

nombre. Venga tu reino» (Mt 6:9-10). A menudo confundimos las palabras «santificado sea tu nombre» como parte del nombrar a quien te estás dirigiendo, como si las palabras fueran «santificado es tu nombre». En ese caso, las palabras serían simplemente una atribución de alabanza a Dios. Pero no fue así como Jesús lo dijo. Lo pronunció como una petición, como la primera petición. Deberíamos orar para que el nombre de Dios sea santificado, que Dios sea considerado como santo.

Hay una especie de secuencia dentro de la oración. El reino de Dios nunca vendrá donde Su nombre no es considerado santo. Su voluntad no se hace en la tierra como en el cielo si aquí Su nombre es profanado. En el cielo, el nombre de Dios es santo. Es suspirado por los ángeles en un susurro sagrado. El cielo es un lugar donde la reverencia a Dios es total. Es una insensatez buscar el reino donde Dios no es reverenciado.

La manera en que entendemos la persona y el carácter de Dios el Padre afecta cada aspecto de nuestras vidas. Afecta mucho más que lo que normalmente llamamos los aspectos «religiosos» de nuestras vidas. Si Dios es el Creador de todo el universo, entonces debe deducirse que Él es el Señor de todo el universo. Ninguna parte del mundo está fuera de Su señorío. Eso significa que ninguna parte de mi vida debe estar fuera de Su señorío. Su carácter santo tiene algo que decir sobre la economía, la política, el atletismo, el romance y sobre todo aquello en lo que estemos involucrados.

Dios es ineludible. No hay lugar donde podamos escondernos de Él. No solo penetra en todos los aspectos de

nuestras vidas, sino que lo hace en Su majestuosa santidad. Por lo tanto, debemos procurar entender qué es la santidad. No nos atrevamos a intentar evitarla. Sin santidad no puede haber adoración, ni crecimiento espiritual, ni obediencia verdadera. La santidad define nuestra meta como cristianos. Dios ha declarado: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11:44).

Para alcanzar esa meta, debemos entender qué es la santidad.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . Cuando piensas en Dios como santo: ¿qué te viene a la mente?
- 2 . Describe un momento en el que fuiste vencido por la santidad de Dios.
- 3 . ¿Te atrae la santidad de Dios?
- 4 . ¿Cómo puedes tú poner en práctica ser santo durante la próxima semana?

Capítulo 2

Santo, Santo, Santo

*Tejed un círculo a su alrededor tres veces,
y cerrad los ojos con temor sagrado.
Pues él con rocío de miel
se ha alimentado
y ha bebido del Paraíso la leche.*

Samuel Taylor Coleridge

El profeta en el Israel del Antiguo Testamento era un hombre solitario. Un hombre tosco e independiente de la sociedad seleccionado por Dios para una tarea dolorosa. Servía como una especie de fiscal, el portavoz designado por el Juez Supremo del cielo y la tierra para presentar una demanda contra aquellos que habían pecado.

El profeta no era un filósofo terrenal que escribía sus opiniones para que los estudiosos las discutieran; no era un dramaturgo que escribía dramas para el entretenimiento

público. Era un mensajero, el heraldo de un Rey cósmico. Sus anuncios eran precedidos por las palabras «así dice el Señor».

El registro de la vida de los profetas se lee como una historia de mártires. Su historia suena como un informe de bajas de la Tercera División en la Segunda Guerra Mundial. La esperanza de vida de un profeta era la misma de un teniente marino en combate.

Cuando se dice de Jesús que «fue despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en aflicción» (Is 53:3), queda claro que pertenecía a una larga lista de hombres a quienes Dios había designado para tal sufrimiento. La maldición del profeta era la soledad; su hogar a menudo era una cueva. El desierto era su lugar tradicional de encuentro con Dios. La desnudez era a veces su vestimenta y el cepo de madera su corbata. Sus canciones fueron compuestas con lágrimas.

Isaías ben Amoz fue uno de estos hombres.

En la colección de héroes del Antiguo Testamento, Isaías se destaca con un relieve extraordinario. Fue un profeta de profetas, un líder de líderes. Se le llama «profeta mayor» debido al gran volumen del material escrito que lleva su nombre.

Como profeta, Isaías fue inusual. La mayoría de los profetas eran de origen humilde: campesinos, pastores, granjeros. Isaías era de la nobleza. Era un estadista reconocido que tenía acceso a la corte real de su época. Se asociaba con príncipes y reyes. Dios lo usó para hablarle a varios monarcas de Judá, incluyendo a Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías.

Lo que diferenciaba a un profeta de Israel de todos los demás hombres era el auspicio sagrado que tenía su llamado. Su llamado no venía de los hombres. No podía aplicar para este trabajo. Tenía que ser seleccionado:

elegido directa e inmediatamente por Dios. Y el llamado era soberano; no podía ser rechazado. (Jeremías intentó rechazar su llamado, pero Dios le recordó sin miramientos que lo había consagrado desde el vientre de su madre. Luego de haber pasado un período ocupando el cargo, Jeremías intentó renunciar, pero Dios se negó a aceptar su renuncia). El trabajo de profeta era para toda la vida. No había renuncia ni jubilación con pensión.

El registro del llamado de Isaías es quizás el más dramático de todos los registrados para nosotros en el Antiguo Testamento. Se nos dice que sucedió en el año en que murió el rey Uzías.

El rey Uzías murió en el siglo VIII a. C. Su reinado fue importante en la historia judía. Fue uno de los mejores reyes que gobernó sobre Judá. No fue un David, pero tampoco se destacó por la corrupción que caracterizó a los reyes del norte, como Acab. Uzías ascendió al trono cuando tenía dieciséis años. Reinó en Jerusalén durante cincuenta y dos años. ¡Piénsalo, cincuenta y dos años! En los últimos cincuenta y dos años, los Estados Unidos de América han sido testigos de las administraciones de Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush, Clinton y Bush. Sin embargo, mucha gente en Jerusalén vivió toda su vida solo bajo el reinado del rey Uzías.

La Biblia nos dice que Uzías comenzó su reinado en piedad, haciendo «lo recto ante los ojos del SEÑOR » (2 Cr 26:4). Buscó a Dios y Dios lo bendijo. Salió victorioso en la batalla contra los filisteos y otras naciones. Construyó torres en Jerusalén y fortaleció los muros de la ciudad. Cavó enormes cisternas en el desierto y promovió una gran expansión en la agricultura de la nación. Restauró el poder militar de Judá a un nivel casi tan alto como el que había tenido bajo David. Durante la mayor parte de su carrera, Uzías fue reconocido como un rey grande y amado.

Sin embargo, la historia de Uzías termina con una nota triste. Los últimos años de su vida fueron como los de un héroe trágico de Shakespeare. Su carrera se vio empañada por el pecado del orgullo que cometió tras adquirir gran riqueza y poder. Intentó jugar a ser Dios. Con un gran atrevimiento entró en el templo y con arrogancia reclamó para sí los derechos que Dios les había dado solamente a los sacerdotes. Cuando los sacerdotes del templo intentaron detener su acto sacrílego, Uzías se enfureció. Mientras les gritaba con furia, le brotó lepra en su frente. La Biblia dice que él: «Habitó en una casa separada, ya que era leproso... excluido de la casa del SEÑOR » (2 Cr 26:21). Cuando Uzías murió, a pesar de la vergüenza de sus últimos años, hubo duelo nacional. Se presume que Isaías fue al templo buscando consuelo en un momento de dolor nacional y personal. Obtuvo más de lo que esperaba: «En el año de la muerte del rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo» (Is 6:1).

El rey había muerto. Pero cuando Isaías entró al templo vio a otro rey, el Rey supremo, el que estaba sentado para siempre en el trono de Judá. Vio al Señor.



Observa cómo está escrita la palabra *Señor* en Isaías 6:1. Comienza con una letra mayúscula y luego termina con letras minúsculas. Esto hace contraste con la palabra *SEÑOR* que aparece más adelante en el texto y que es frecuente en las Escrituras. A veces la palabra *Señor* aparece en todo mayúsculas o versalitas: *SEÑOR* . Esto no es un error de imprenta ni una mera inconsistencia por parte del traductor. Algunas de las traducciones de la Biblia al español siguen este método de traducir la palabra *Señor* a veces en minúsculas y otras en todo mayúsculas o versalitas. La razón de esta diferencia es que en el texto original se usan dos palabras hebreas diferentes, pero ambas se traducen al español con la palabra *Señor* .

Cuando la palabra *Señor* está en minúsculas, el traductor nos está indicando que es la palabra *adonai* la que aparece en la Biblia hebrea. *Adonai* significa «soberano». No es el nombre de Dios. Es un título para Dios, y de hecho, es el título supremo que se le da a Dios en el Antiguo Testamento. Cuando *SEÑOR* aparece en todo mayúsculas o versalitas, indica que se está usando la palabra *Yahvé* en el Antiguo Testamento. *Yahvé* es el nombre sagrado de Dios, el nombre por el cual Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente. Este es el nombre impronunciable, el nombre inefable, el nombre sagrado que se evita profanar en la vida de Israel. Normalmente solo aparece con el uso de sus cuatro

consonantes: *YHWH*. Por eso, se le conoce como el tetragrámaton sagrado, las cuatro letras indecibles.

Por ejemplo, vemos este contraste en las palabras que encontramos en los Salmos. El Salmo 8 dice: ¡Oh SEÑOR ,

Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8:1). Lo que el judío decía era: «Oh Yahvé, nuestro *Adonai* , cuán excelente es tu nombre en toda la tierra». O podríamos traducirlo: «Oh Dios, nuestro Soberano, cuán excelente...». De nuevo leemos en el Salmo 110: «Dice el SEÑOR a mi Señor: Siéntate a mi diestra» (Sal 110:1). Aquí el salmista dice: «Dios le dijo a mi Soberano, siéntate a mi diestra».

EÑOR

S es el nombre de Dios; *Señor* es Su título. Cuando nos referimos, por ejemplo, al presidente George W. Bush, *George* es su nombre; *presidente* es su título. Si el cargo más alto en nuestro país es el de presidente, de igual manera, Soberano era el título y el cargo más alto en Israel. El título *Adonai* estaba reservado para Dios. Fue el título que se le dio a Jesús en el Nuevo Testamento. Cuando Cristo es llamado «Señor», Él es investido con el equivalente en el Nuevo Testamento del *Adonai* del Antiguo Testamento. Jesús es llamado Rey de reyes y Señor de señores, obteniendo un título que antes estaba reservado solo para Dios Padre, el Soberano supremo del cielo y de la tierra.

Estos distintos usos de las palabras *SEÑOR* y *Señor* indican el cuidado con el que las personas comunicaban la naturaleza santa de Dios. En cierto sentido, esto es similar a mi elección de usar letras mayúsculas cuando uso un pronombre para referirme a Dios. Debido a que Dios es indescriptiblemente santo, no puedo referirme a Él como

«él», aunque mis lectores más jóvenes se molesten porque lo perciben como un uso obsoleto de las letras mayúsculas. Para mí es un gesto de respeto y asombro ante un Dios santo.



Cuando Isaías fue al templo, había una crisis de soberanía en la tierra. Uzías había muerto. Los ojos de Isaías fueron abiertos para ver al verdadero Rey de la nación. Vio a Dios sentado en el trono: al Soberano.

A los humanos no se les permite ver el rostro de Dios. Las Escrituras advierten que ninguna persona puede ver a Dios y vivir. Recordamos la petición de Moisés cuando

ascendió al monte santo de Dios. Moisés había sido testigo ocular de milagros asombrosos. Había escuchado la voz de Dios hablándole desde la zarza ardiente. Había sido testigo de cómo el río Nilo se convirtió en sangre. Había probado el maná del cielo y había contemplado la columna de nube y la columna de fuego. Había visto los carros del faraón anegados por las olas del mar Rojo. Aun así, no estaba satisfecho. Él quería más. Ansiaba la máxima experiencia

espiritual. Le pidió al Señor en el monte que lo dejara ver Su rostro: «Te ruego que me muestres tu gloria». La petición fue denegada:

Y Él respondió: Yo haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del SEÑOR delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y tendré compasión de quien tendré compasión. Y añadió: No puedes ver mi rostro; porque nadie puede verme, y vivir. Entonces el SEÑOR dijo: He aquí, hay un

lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y sucederá que al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; pero no se verá mi rostro (Ex 33:19-23).

Cuando Dios le dijo a Moisés que podía ver Sus espaldas, la lectura literal del texto se puede traducir como «caderas». Dios permitió que Moisés viera Sus caderas, pero nunca Su rostro. Cuando Moisés regresó del monte, su rostro brillaba. El pueblo estaba aterrorizado y se alejaron de él con horror. El rostro de Moisés era demasiado deslumbrante para contemplarlo. Entonces, Moisés puso un velo sobre su rostro para que el pueblo pudiera acercarse a él. Esta experiencia de terror la produjo el rostro de un hombre que se había acercado tanto a Dios que estaba reflejando Su gloria. Esto era un reflejo de la gloria de la espalda de Dios, no de la gloria refulgente de Su rostro. Si el pueblo se aterra al ver la gloria reflejada de las espaldas de Dios, ¿cómo podrá alguien mirar directamente Su rostro santo?

Sin embargo, la meta final de cada cristiano es que se le permita ver lo que le fue negado a Moisés. Queremos verlo cara a cara. Queremos disfrutar de la gloria radiante de Su semblante divino. Era la esperanza de cada judío, una esperanza inspirada en la bendición más famosa y amada en Israel: «El SEÑOR te bendiga y te guarde; el SEÑOR haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; el SEÑOR alce sobre ti su rostro, y te dé paz» (Nm 6:24-26).

Esta esperanza, cristalizada en la bendición de Israel, para el cristiano viene a ser más que una esperanza: se convierte en una promesa. Juan dice en su primera carta: «Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él porque le veremos como Él es» (1 Jn 3:2). Aquí está la promesa de Dios: lo veremos tal como Él es. Los teólogos llaman a esta expectativa futura la visión beatífica. Veremos a Dios *como Él es*. Esto significa que un día veremos a Dios cara a cara. No veremos la gloria reflejada de una zarza ardiente o de una columna de nubes. Lo veremos como Él es, tal como es Él en Su esencia pura y divina.

Ahora mismo nos es imposible ver a Dios en Su esencia pura. Antes de que eso pueda suceder, debemos ser purificados. Cuando Jesús enseñó las Bienaventuranzas, prometió la visión de Dios solo a un grupo distintivo: «Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios» (Mt 5:8). Ninguno de nosotros en este mundo es puro de corazón. Es nuestra impureza lo que nos impide ver a Dios. El problema no está en nuestros ojos; está en nuestros corazones. Es solo después de que seamos purificados y totalmente santificados en el cielo que tendremos la capacidad de mirarlo cara a cara.

Por encima de Él había serafines; cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban (Is 6:2).

Los serafines no son humanos pecaminosos abrumados con corazones impuros. Sin embargo, como seres angelicales, siguen siendo criaturas, e incluso en su elevado estatus de consortes del ejército celestial, es necesario que cubran sus ojos para no mirar directamente el rostro de Dios. Están hechos de forma asombrosa y maravillosa, equipados por su Creador con un par especial de alas para cubrir sus rostros en Su majestuosa presencia.

Los serafines tienen un segundo par de alas. El segundo par se usa para cubrir sus pies. Estas alas no fueron diseñadas para ser una especie de zapato angelical para proteger las plantas de los pies o para facilitar el desplazamiento en el templo celestial. Se cubren los pies por una razón diferente, una razón que evoca la experiencia de Moisés con la zarza ardiente:

Y se le apareció el ángel del SEÑOR en una llama de fuego, en medio de una zarza; y *Moisés* miró, y he aquí, la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces dijo Moisés: Me acercaré ahora para ver esta maravilla: por qué la zarza no se quema». Cuando el SEÑOR vio que él se acercaba para mirar, Dios lo llamó de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Entonces Él dijo: No te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa (Ex 3:2-5).

Dios le ordenó a Moisés que se quitara el calzado. Moisés estaba parado en tierra santa. El suelo estaba santificado

por la presencia de Dios. El acto de quitarse el calzado era un símbolo del reconocimiento de Moisés de que él era de la tierra, terrenal. Los pies humanos, a veces llamados «pies de barro», simbolizan nuestra condición de criatura. Son

nuestros pies los que nos unen a la tierra. Los serafines no son de la tierra. Sus pies no están hechos de barro. Como ángeles, son seres espirituales. Sin embargo, siguen siendo criaturas, y las imágenes de la visión de Isaías sugieren que ellos también deben cubrirse los pies, reconociendo su condición de criatura en la exaltada presencia de Dios.

Aquí nos encontramos con el punto central de la visión de Isaías. Es el cántico de los serafines lo que revela el asombroso mensaje de este texto. «Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, Santo, Santo, es el SEÑOR de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria» (Is 6:3). El cántico es la repetición de una sola palabra: *santo*. Tres veces se canta la palabra de forma sucesiva, dando a la Iglesia su himno más majestuoso. El cántico recibe el nombre de *Trisagio*, que significa simplemente «tres veces santo».

La importancia de la repetición de la palabra *santo* puede pasarse por alto fácilmente. Representa un recurso literario peculiar que se encuentra en las formas literarias hebreas, especialmente en la poesía. La repetición es una forma de énfasis. Cuando queremos enfatizar la importancia de algo en español, podemos escoger entre varios recursos. Podemos subrayar las palabras importantes o colocarlas en cursiva o en negrita. Podemos colocar un signo de exclamación al inicio y al final de las palabras o ponerlas

entre comillas. Todos estos son medios para llamar la atención del lector y dirigirlo a algo que es particularmente importante.

El judío del Antiguo Testamento también tenía diferentes técnicas para indicar énfasis. Uno de esos recursos era el método de repetición. Vemos el uso que hace Jesús de la repetición con las palabras «En verdad, en verdad os digo». Aquí el doble uso de *en verdad* era una señal de que lo que estaba a punto de decir era de crucial importancia. La palabra traducida como «en verdad» es la antigua palabra *amén*. Normalmente pensamos en esa palabra como algo que la gente dice al final de un sermón o de una oración. Significa simplemente: «Así es». Jesús lo utilizó como un prefacio en lugar de una respuesta.

Un uso jocoso del recurso de repetición lo podemos ver en Génesis 14. La historia de la batalla de los reyes en el valle de Sidim cuenta de hombres que cayeron en los grandes pozos de asfalto de la región. Algunos traductores los llaman pozos de alquitrán, pozos de betún o de brea. ¿Por qué la confusión en la traducción? ¿Qué tipo de pozos eran exactamente? El hebreo no es claro. El texto original da la palabra hebrea para pozo y luego simplemente la repite. La historia habla literalmente de pozos pozos. El judío decía que había pozos y había pozos. Algunos pozos son más pozos que otros pozos. Estos pozos, los pozos pozos, eran los más pozos de todos. Una cosa es caer en un pozo, pero si caes en un pozo pozo, estarás en serios problemas.

En pocas ocasiones, la Biblia repite algo hasta el tercer grado. Mencionar algo tres veces seguidas es elevarlo al

grado superlativo, darle el énfasis de importancia suprema. Por ejemplo, el terrible juicio de Dios es declarado en el libro de Apocalipsis por el águila que gritó en medio del cielo a gran voz: «¡Ay, ay, ay, de los que habitan en la tierra!» (Ap 8:13). O lo escuchamos en el sarcasmo burlón del discurso del templo de Jeremías cuando reprendió al pueblo por gritar con hipocresía: «Este es el templo del SEÑOR , el templo del SEÑOR , el templo del SEÑOR » (Jer 7:4).

Solo una vez en la Sagrada Escritura se eleva un atributo de Dios al tercer grado. Solo una vez se menciona una característica de Dios tres veces seguidas. La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo. No que Él es simplemente santo, ni tampoco santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor; o misericordia, misericordia, misericordia; o ira, ira, ira; o justicia, justicia, justicia. Dice que es santo, santo, santo, que toda la tierra está llena de Su gloria.

Y se estremecieron los cimientos de los umbrales a la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo (Is 6:4).

Una encuesta reciente de personas que solían ser miembros de iglesias reveló que la razón principal por la que dejaron de asistir a la iglesia era porque la encontraban aburrida. Para muchas personas es difícil considerar la adoración como una experiencia emocionante y conmovedora. Notamos aquí que, cuando Dios apareció en el templo, las puertas y los umbrales se movieron. La materia inerte de los postes de las puertas, los umbrales

inanimados, la madera y el metal que no podían oír ni hablar fueron suficientemente sensatos como para ser conmovidos por la presencia de Dios. El significado literal del texto es que fueron sacudidos. Comenzaron a temblar allí donde estaban.

Entonces dije: ¡Ay de mí! Porque perdido estoy, pues soy hombre de labios inmundos y en medio de un pueblo de labios inmundos habito, porque han visto mis ojos al Rey, el SEÑOR de los ejércitos (Is 6:5).

Las puertas del templo no eran lo único que temblaba. Lo que más temblaba en el edificio era el cuerpo de Isaías. Cuando vio al Dios viviente, el monarca reinante del universo desplegado en toda Su santidad ante sus ojos, Isaías gritó: «¡Ay de mí!».

El grito de Isaías suena extraño a oídos modernos. Es inusual escuchar a la gente hoy usando la palabra *ay* de esta manera. Como esta expresión es anticuada y arcaica, algunos traductores modernos han preferido sustituirla por otra. Eso es un grave error. La palabra *ay* es una palabra bíblica crucial que no podemos darnos el lujo de ignorar. Tiene un significado especial.

Cuando pensamos en ayes, pensamos en las dificultades enfrentadas en los melodramas de los cines antiguos. En *Los peligros de Paulina* veíamos a la heroína retorciendo sus manos en angustia mientras el despiadado arrendador venía a ejecutar su hipoteca. O pensamos en Súper Ratón volando desde su nube para ir al rescate de su novia, quien

estaba siendo atada a las vías del ferrocarril por el malvado gato Oil Can Harry. Y ella gritaba: «¡Ay de mí!».

El término *ay* ha seguido el camino de otras exclamaciones trilladas, como *cáspita* o *recórcholis* . El

único idioma que ha mantenido esa expresión en su uso actual es el yidis. Los judíos modernos todavía declaran sus frustraciones exclamando «¡Oy vay!», que es una versión abreviada de la expresión completa *oy vay ist mer* . «¡Oy vay!» es la expresión yidis para «Oh, ay», una abreviatura de la expresión completa, «¡Oh, ay de mí!».

Toda la fuerza de la exclamación de Isaías debe entenderse en el contexto de una forma especial de discurso que se encuentra en la Biblia. Cuando los profetas anunciaban sus mensajes, la forma más frecuente que tomaban las declaraciones divinas era la de un *oráculo* . Los oráculos eran como anuncios de parte de Dios. Podían ser buenas o malas noticias. Los oráculos positivos eran precedidos por la palabra *bienaventurados* . Cuando Jesús predicó el Sermón del Monte, usó la forma del oráculo, diciendo: «Bienaventurados los pobres en espíritu», «Bienaventurados los que lloran», «Bienaventurados los que tienen hambre y sed». Su audiencia entendió que estaba usando la fórmula del profeta, el oráculo que traía buenas noticias.

Jesús también usó la forma negativa del oráculo. Cuando denunció con ira a los fariseos, pronunció el juicio de Dios sobre sus cabezas diciéndoles: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!» (Mt 23:13-29). Lo decía con tanta frecuencia que comenzó a sonar como una letanía. En los labios de un profeta, la palabra es un anuncio de

condenación. En la Biblia, se condenan ciudades, naciones e individuos, todos al pronunciar el oráculo del «ay».

El uso del *ay* de Isaías fue extraordinario. Cuando vio al Señor, pronunció el juicio de Dios sobre sí mismo. «¡Ay de mí!», gritó, invocando la maldición de Dios, el anatema absoluto del juicio y la condena sobre su propia cabeza. Una cosa era que un profeta maldijera a otra persona en nombre de Dios, pero otra muy distinta era que un profeta pronunciara esa maldición sobre sí mismo.

Inmediatamente después de la maldición de condenación, Isaías gritó: «...porque perdido estoy». Prefiero otra traducción más antigua que dice: «...que soy muerto». Podemos ver fácilmente por qué las traducciones más modernas han hecho el cambio de *muerto* a *perdido*. Hoy en día nadie habla de ser *muerto*. Pero esta palabra es más fuerte en lo que transmite que la palabra *perdido*.

Aquí ser muerto significa deshacerse en las costuras, desmoronarse o ser deshecho. Lo que Isaías estaba expresando es lo que los psicólogos modernos describen como la experiencia de la desintegración personal. Desintegrarse significa exactamente lo que la palabra sugiere, *des integrar*. Integrar algo es juntar piezas en un todo unificado. Cuando, por ejemplo, una escuela es integrada, niños de todo trasfondo son colocados juntos para formar un solo cuerpo estudiantil. La palabra *integridad* proviene de esta raíz, sugiriendo una persona cuya vida es completa o saludable. En la jerga moderna decimos: «Es una persona cabal».

Si alguna vez hubo un hombre íntegro, ese fue Isaías ben Amoz. Era un hombre completo, un tipo ejemplar. Era

considerado por sus contemporáneos como el hombre más justo de la nación. Era respetado como un modelo de virtud. Hasta que vislumbró repentinamente a un Dios santo. En ese preciso momento, toda su autoestima se hizo añicos. En

un breve segundo quedó expuesto, desnudo bajo la mirada del estándar absoluto de santidad. Mientras Isaías pudiera compararse con otros mortales, podía sostener una opinión elevada de su propio carácter. En el instante en que se midió a sí mismo por el estándar definitivo, fue destruido: moral y espiritualmente aniquilado. Fue muerto. Fue deshecho. Su sentido de integridad colapsó.

La comprensión repentina de la ruina de Isaías estaba relacionada con su boca. Él gritó: «Soy hombre de labios inmundos». Extraño. Podríamos haber esperado que dijera: «Soy hombre de hábitos impuros» o «Soy hombre de pensamientos impuros». En su lugar, puso la atención de inmediato en su boca. En efecto, dijo: «Tengo una boca sucia». ¿Por qué se enfocó en su boca?

Quizás podamos encontrar una pista de la expresión de Isaías en las palabras de Jesús cuando dijo que no es lo que entra en la boca de las personas lo que las contamina; es lo que sale de sus bocas lo que las contamina. O podríamos mirar el discurso sobre la lengua escrito por Santiago, el hermano del Señor:

Y la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, es encendida por el infierno e inflama el curso de nuestra vida. Porque todo género de fieras y de aves, de reptiles y de animales

marinos, se puede domar y ha sido domado por el género humano, pero ningún hombre puede domar la lengua; es un mal turbulento y lleno de veneno mortal. Con ella bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a la imagen de Dios; de la misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso una fuente por la misma abertura echa agua dulce y amarga? ¿Acaso, hermanos míos, puede una higuera producir aceitunas, o una vid higos? Tampoco la fuente de agua salada puede producir agua dulce (Stg 3:6-12).

La lengua es un mal turbulento y lleno de veneno mortal. Eso fue lo que Isaías comprendió. Reconoció que no estaba solo con su dilema. Entendió que toda la nación estaba infectada con bocas impuras: «En medio de un pueblo de labios inmundos habito». En un instante, Isaías tuvo una comprensión nueva y radical del pecado. Vio que era generalizado, en él mismo y en todos los demás.



Somos afortunados en un aspecto: Dios no se nos aparece de la manera en que se le apareció a Isaías. ¿Quién podría soportarlo? Dios normalmente nos revela nuestra pecaminosidad poco a poco. Experimentamos un reconocimiento gradual de nuestra propia corrupción. Dios le mostró a Isaías toda su corrupción de golpe. No es de extrañar que se diera por muerto.

Isaías lo explicó de esta manera: «Han visto mis ojos al Rey, el SEÑOR de los ejércitos» (Is 6:5). Él vio la santidad de

Dios. Por primera vez en su vida, Isaías realmente entendió quién era Dios. Y en ese mismo instante, por primera vez, Isaías realmente entendió quién era Isaías.

Entonces voló hacia mí uno de los serafines con un carbón encendido en su mano, que había tomado del altar con las tenazas; y con él tocó mi boca, y dijo: He aquí, esto ha tocado tus labios, y es quitada tu iniquidad y perdonado tu pecado (Is 6:6-7).

Isaías se postró en el suelo. Cada fibra nerviosa en su cuerpo estaba temblando. Estaba buscando un lugar para esconderse, orando para que de alguna manera la tierra se lo tragara o el techo del templo cayera sobre él, cualquier cosa que lo sacara de debajo de la mirada santa de Dios. Pero no había dónde esconderse. Estaba desnudo y solo ante Dios. A diferencia de Adán, Isaías no tenía una Eva que lo consolara, ni hojas de higuera que lo ocultaran. La suya era pura angustia moral, del tipo que arranca el corazón de un hombre y rompe su alma en pedazos. Culpa, culpa, culpa. Su culpa gritaba implacable desde cada poro de su cuerpo.

El Dios santo es también un Dios de gracia. Se negó a permitir que Su siervo continuara postrado sin consuelo. Tomó medidas inmediatas para limpiarlo y restaurar su alma. Le ordenó a uno de los serafines que entrara en acción. La criatura angelical se movió con rapidez, volando hacia el altar con unas tenazas. Del fuego ardiente, el serafín tomó un carbón encendido, demasiado caliente incluso para que un ángel lo tocara, y voló hacia Isaías.

El serafín presionó el carbón candente contra los labios del profeta y los socarró. Los labios son una de las partes más sensibles de la carne humana, el punto de encuentro del beso. Aquí Isaías sintió la llama sagrada quemando su boca. El olor acre de la carne quemada llenó sus fosas nasales, pero esa sensación fue opacada por el dolor insoportable del calor. Esta fue una misericordia severa, un acto doloroso de purificación. La herida de Isaías estaba siendo cauterizada, la suciedad en su boca estaba siendo quemada hasta desaparecer. Fue refinado por el fuego santo.

En este acto divino de limpieza, Isaías experimentó un perdón que fue más allá de la purificación de sus labios. Fue limpiado por completo, perdonado hasta la médula, pero no sin el terrible dolor del arrepentimiento. Él fue más allá de la gracia barata y un fácil «lo siento». Estaba de duelo por su pecado, abrumado por el dolor moral y Dios envió un ángel para sanarlo. Su pecado fue quitado, pero su dignidad permaneció intacta. Su culpa fue removida, pero su humanidad no fue agraviada. La convicción de pecado que sintió fue constructiva. El suyo no fue un castigo cruel e inusual. Un segundo de carne quemada en los labios trajo una sanidad que se extendería hasta la eternidad. En un momento, el profeta que estaba desintegrado volvió a estar completo otra vez. Su boca fue purgada. Había quedado limpio.

Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí: Heme aquí; envíame a mí (Is 6:8).

La visión de Isaías adquirió una nueva dimensión. Hasta este punto había visto la gloria de Dios, había escuchado el cántico de los serafines, había sentido el carbón encendido en sus labios. Ahora, por primera vez, escuchaba la voz de Dios. De repente, los ángeles guardaron silencio y la voz retumbó en todo el templo, la voz que en otras partes de la Escritura se describe como el sonido de muchas aguas. Esa voz resonó con las preguntas penetrantes: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?».

Aquí hay un patrón, un patrón que se repite en la historia: Dios aparece, la gente tiembla de terror, Dios perdona y sana, Dios envía. Del quebrantamiento a la misión es el patrón humano. Cuando Dios preguntó: «¿A quién *enviaré* ?», Isaías entendió la fuerza de la palabra. Ser «enviado» significaba servir como emisario de Dios, ser un portavoz de la deidad. En el Nuevo Testamento, la palabra *apóstol* significa «uno que es enviado». El profeta del Antiguo Testamento es la contraparte del apóstol del Nuevo Testamento. Dios estaba buscando un voluntario que entrara en el solitario y agotador oficio de profeta. «¿A quién enviaré?».

Observa la respuesta de Isaías: «Heme aquí; envíame a mí». Hay una diferencia crucial entre decir «Heme aquí» y decir: «Aquí estoy». Si hubiera dicho: «Aquí estoy», eso simplemente habría indicado su ubicación. Pero él estaba interesado en algo más que darle a Dios su ubicación. Él dijo: «Heme aquí». Y con estas palabras Isaías dio un paso adelante como voluntario. Su respuesta fue simplemente: «Yo iré. No busques más. Envíame a mí».

Dos puntos importantes deben notarse en la respuesta de Isaías. Lo primero es que él no era *Humpty-Dumpty* [*Zanco Panco o Señor Huevo*]. En esa canción infantil, la caída del señor Panco es trágica porque nadie en todo el reino tenía el poder de volver a armarlo. Sin embargo, él no era más frágil que Isaías. Isaías fue destrozado en tantos pedazos como cualquier huevo caído. Pero Dios lo volvió a armar. Dios puede tomar a un hombre destrozado y enviarlo al ministerio. Tomó a un hombre pecador y lo convirtió en profeta. Tomó a un hombre de labios inmundos y lo convirtió en Su portavoz.

El segundo punto importante que aprendemos de este evento es que la obra de gracia de Dios en el alma de Isaías no aniquila su identidad personal. Isaías dijo: «Heme aquí». Isaías aún podía hablar en términos de «yo». Todavía tenía una identidad. Todavía tenía una personalidad. Lejos de que Dios busque destruir el «yo», como afirman muchas distorsiones del cristianismo, Él lo redime. Él sana el «yo» para que sea útil y completo en la misión a la que la persona está llamada. La personalidad de Isaías fue renovada, pero no aniquilada. Él seguía siendo Isaías ben Amoz cuando salió del templo. Era la misma persona, pero su boca había sido purificada.

Los ministros son señalados por su llamado. Todos los predicadores son vulnerables a la acusación de hipocresía. De hecho, cuanto más fieles son los predicadores a la Palabra de Dios en su predicación, más expuestos están a ser acusados de hipocresía. ¿Por qué? Porque cuanto más fieles son las personas a la Palabra de Dios, tanto más alto

es el mensaje que predicán. Cuanto más alto es el mensaje, tanto más lejos estarán ellos mismos de obedecerlo.

Me estremezco cuando hablo en las iglesias sobre la santidad de Dios. Puedo anticipar las respuestas de la gente. Abandonan el santuario convencidos de que acaban de estar en la presencia de un hombre santo. Debido a que me escuchan predicar sobre la santidad, asumen que debo ser tan santo como el mensaje que predico. Ahí es cuando quiero clamar: «¡Ay de mí!».

Es peligroso asumir que porque alguien se sienta atraído a estudiar la santidad, es por eso un hombre santo. Es irónico. Estoy seguro de que la razón por la que tengo un hambre profunda de aprender sobre la santidad de Dios es precisamente porque no soy santo! Soy un hombre profano, un hombre que pasa más tiempo fuera del templo que en él. Pero he probado apenas lo suficiente de la majestad de Dios como para desear más. Sé lo que significa ser un hombre perdonado y lo que significa ser enviado en una misión. Mi alma clama por más. Mi alma necesita más.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Alguna vez has tenido una experiencia en la que fuiste vencido por la presencia de Dios, en la que fuiste

«deshecho» por la presencia de Dios?

2 . La respuesta de Isaías a la revelación de Dios de Su santidad fue: «¡Ay de mí!». ¿Cuál es tu respuesta?

3 . ¿De qué manera necesitas ser refinado por el fuego de

la santidad de Dios?
4 . ¿Qué aspecto de la santidad de Dios, según fue descrita en este capítulo, hace que lo adores más plenamente?

Capítulo 3

El temible misterio

*¿Qué es lo que brilla a través de mí
y golpea mi corazón sin herirlo?
Estoy a la vez estremecido y radiante.
Estremecido en la medida
en que soy diferente,
radiante en la medida
en que soy semejante.*

San Agustín

Aquí estamos, ya en el tercer capítulo de este libro y todavía no he definido lo que significa ser santo.

Desearía poder posponer esta tarea un poco más. Las dificultades que implica definir la santidad son enormes. La santidad implica tanto y es tan extraña para nosotros que definirla parece casi imposible. En realidad, la palabra *santo* es una palabra foránea. Pero incluso cuando nos

enfrentamos con palabras de este tipo, esperamos que un diccionario de idiomas extranjeros nos ayude proveyendo una traducción clara. Sin embargo, el problema que enfrentamos es que la palabra *santo* es foránea en todos los idiomas. Ningún diccionario es adecuado para definirla.

Nuestro problema con esta definición se torna aún más difícil por el hecho de que en la Biblia la palabra *santo* se usa en más de una manera. En cierto sentido, la Biblia usa *santo* en una forma que está muy relacionada con la bondad de Dios. Es costumbre definir *santo* como «puro, libre de toda mancha, totalmente perfecto e inmaculado en cada detalle».

Pureza es la primera palabra en la que la mayoría de nosotros pensamos cuando escuchamos la palabra *santo*. Debo aclarar que la Biblia ciertamente usa la palabra *santo* de esta manera. Pero la idea de pureza o de perfección moral es, en el mejor de los casos, un significado secundario del término en la Biblia. Cuando los serafines entonaron su cántico, estaban diciendo mucho más que el hecho de que Dios fuera «pureza, pureza, pureza».

El significado principal de *santo* es «separado». Proviene de una palabra antigua que significa «cortar» o «separar». Traducir este significado básico al lenguaje contemporáneo sería usar la frase «un corte aparte». Quizás aún más precisa sería la frase «un corte por encima de algo». Cuando encontramos una prenda u otro artículo que es extraordinario, que tiene una excelencia superior, algunos dicen que es «un corte por encima del resto».

La santidad de Dios es más que solo separación. Su santidad también es trascendente. La palabra *trascendencia*

significa literalmente «sobrepasar». Se define como «exceder los límites naturales». Trascender es elevarse por encima de algo, ir más allá de cierto límite. Cuando hablamos de la trascendencia de Dios, estamos hablando de

ese sentido en el que Dios está por encima y más allá de nosotros. La trascendencia describe Su grandeza suprema y absoluta. La palabra se usa para describir la relación de Dios con el mundo. Él es más alto que el mundo. Tiene poder absoluto sobre el mundo. El mundo no tiene poder sobre Él. La trascendencia describe a Dios en Su majestad consumidora, Su elevada exaltación. Apunta a la distancia infinita que lo separa a Él de toda criatura. Él está

infinitamente por encima de todo lo demás. Cuando la Biblia llama a Dios santo, significa principalmente que Dios está trascendentalmente separado. Él está tan por encima y más allá de nosotros que parece casi totalmente ajeno a nosotros. Ser santo es ser «otro», ser diferente de una manera especial. El mismo significado básico se usa cuando la palabra *santo* se aplica a las cosas terrenales. Mira cuidadosamente la siguiente lista de cosas a las que la Biblia se refiere como santas (o sagradas, consagradas):

tierra santa	nación santa
día de reposo	santa unción
consagrado	
lugar santo	jubileo santo
túnica sagrada de lino	campo santo
santa casa	agua santa
porción consagrada	arca santa

incensarios santos	ciudad santa
pan consagrado	santa palabra
simiente santa	hombres santos
pacto santo	lugar santísimo
santa convocatoria	

Esta lista no intenta ser exhaustiva. Sirve para mostrarnos que la palabra *santo* se aplica a todo tipo de cosas además de Dios. En todos los casos, la palabra *santo* se usa para expresar algo distinto a una cualidad moral o ética. Las cosas que son santas son apartadas, separadas del resto. Han sido separadas de su lugar común, consagradas al Señor y a Su servicio.

Las cosas en esta lista no son santas en sí mismas. Para que sean santas, primero deben ser consagradas o santificadas por Dios. Solo Dios es santo en Sí mismo. Solo Dios puede santificar algo. Solo Dios puede dar el toque que lo cambia de ser común a ser algo especial, diferente y apartado.

Observa cómo el Antiguo Testamento considera las cosas que han sido hechas santas. Lo que es santo tiene un carácter peculiar. Ha sido separado de su uso común. No se puede tocar; no se puede comer; no se puede usar para asuntos comunes. Es especial.

¿Dónde entra la pureza? Estamos tan acostumbrados a equiparar la santidad con la pureza o la perfección ética que buscamos ese concepto cuando vemos la palabra *santo*. Cuando las cosas son hechas santas, cuando son consagradas, son apartadas para la pureza. Deben ser utilizadas de manera pura. Deben reflejar tanto la pureza

como la simple separación. La pureza no está excluida de la idea de lo santo; está contenida en ella. Pero el punto que debemos recordar es que el concepto de lo santo nunca se limita a la idea de pureza. Incluye pureza, pero es mucho más que eso. Es pureza y trascendencia. Es una pureza trascendente.

Cuando usamos la palabra *santo* para describir a Dios, enfrentamos otro problema. A menudo describimos a Dios compilando una lista de cualidades o características que llamamos atributos. Decimos que Dios es espíritu, que lo sabe todo, que es amor, justo, misericordioso, lleno de gracia, etc. La tendencia es agregar la idea de lo santo a

esta larga lista de atributos como un atributo entre muchos. Pero cuando la palabra *santo* se aplica a Dios, no significa un simple atributo. Por el contrario, Dios es llamado santo en un sentido general. La palabra se usa como sinónimo de Su deidad. Es decir, la palabra *santo* apunta a todo lo que Dios es. Nos recuerda que Su amor es un amor santo, Su justicia es una justicia santa, Su misericordia es una misericordia santa, Su conocimiento es un conocimiento santo, Su espíritu es un espíritu santo.

Hemos visto que el término *santo* apunta a la trascendencia de Dios, el sentido en que Él está por encima y más allá del mundo. También hemos visto que Dios puede alcanzar y consagrar cosas especiales en este mundo y hacerlas santas. Su toque sobre lo común hace que lo ordinario de repente sea extraordinario. Nuevamente, decimos que nada en este mundo es santo en sí mismo. Solo Dios puede hacer que algo sea santo. Solo Dios puede consagrar.

Cuando llamamos santo aquello que no es santo, cometemos el pecado de idolatría. Damos a las cosas comunes el respeto, el asombro, la devoción y la adoración que le pertenecen solo a Dios. Adorar a la criatura en lugar del Creador es la esencia de la idolatría.

En la antigüedad, la fabricación de ídolos era un negocio muy lucrativo. Algunos ídolos estaban hechos de madera, otros de piedra y otros de metales preciosos. El fabricante de ídolos iba al mercado y compraba los mejores materiales y luego iba a su taller a ejercer su oficio. Trabajaba largas horas dando forma al material, utilizando sus mejores herramientas e instrumentos. Cuando terminaba, barría el

piso de su taller y guardaba cuidadosamente sus herramientas en un armario. Luego se arrodillaba y comenzaba a hablar con el ídolo que acababa de crear. Imagina hablar con un mudo pedazo de madera o piedra. Esa cosa no podía escuchar lo que se le decía. No podía dar respuesta alguna. No podía ofrecer ayuda. Era sorda, incapaz de razonar, muda e impotente. Y aun así, la gente les atribuía poder sagrado y adoración a estos objetos.

Algunos idólatras eran un poco más sofisticados. No adoraban imágenes de piedra o tótems. Adoraban al sol o la luna o hasta alguna idea abstracta. Pero el sol también es una criatura. La luna no tiene nada de trascendente ni de santa. Estas cosas son parte de la naturaleza. Todas son creadas. Pueden ser impresionantes, pero no van más allá de la criatura. No son santas.

Adorar a un ídolo involucra llamar santo a algo que no lo es. Recuerda, solo Dios puede consagrar. (Cuando un ministro «consagra» un matrimonio o una oblea para la

comuni3n, se entiende que simplemente est1 proclamando una realidad que Dios ya ha consagrado. Este es un uso autorizado de consagraci3n humana). Cuando un ser humano pretende consagrar lo que Dios nunca ha consagrado, no es un acto genuino de consagraci3n. Es un acto de profanaci3n. Es un acto de idolatr1a.



A principios del siglo XX, un erudito alem1n realiz3 un estudio inusual e interesante sobre lo santo. Este hombre se llamaba Rudolf Otto. 1l intent3 estudiar lo santo de manera cient1fica. Examin3 c3mo se comportan las personas de diferentes culturas y naciones cuando se encuentran con algo que consideran sagrado. Adem1s, explor3 los sentimientos humanos que tienen las personas cuando se encuentran con lo santo.

El primer descubrimiento importante que hizo Otto fue que las personas tienen dificultades para describir lo santo. Otto not3 que, aunque se pod1a decir ciertas cosas sobre lo santo, siempre quedaba un elemento que desafiaba la explicaci3n. No que este elemento sea irracional. No, m1s

bien es superrracional, est1 por encima de los l1mites de nuestras mentes. Hab1a algo m1s en la experiencia humana con lo santo, algo que no pod1a expresarse con palabras. Esto es lo que Otto llam3 una especie de *plus* (o *adici3n*). El *plus* es esa parte de la experiencia con lo santo que a las personas les cuesta articular. Es el elemento espiritual que desaf1a una descripci3n adecuada.

Otto acu1n3 un t1rmino especial para lo santo. Lo llam3 el *mysterium tremendum*. Una traducci3n simple de este concepto es el «terrible misterio». Lo describi3 as1:

La sensación de eso a veces puede venir como una marea suave, impregnando la mente con ánimo apacible de adoración más profunda. Puede pasar a ser una actitud más estable y duradera del alma, continuando, por así decirlo, emocionantemente vibrante y resonante, hasta que finalmente muere y el alma retoma su estado de ánimo «profano», no religioso, de la experiencia cotidiana. Puede estallar en erupción repentina desde las profundidades del alma con espasmos y convulsiones, o conducir a las más extrañas emociones, a un frenesí intoxicado, a un trance y al éxtasis. Tiene sus formas salvajes y demoníacas y puede hundirse en un horror y estremecimiento casi espeluznantes. Tiene sus antecedentes bárbaros crudos y sus manifestaciones tempranas, y otra vez puede convertirse en algo hermoso, puro y glorioso. Puede convertirse en una humildad silenciosa, temblorosa y sin palabras de la criatura en presencia de ¿quién o qué? En presencia de eso que es un *misterio* inexpresable y que está por encima de todas criaturas.¹

Otto habló del *tremendum* (terrible) debido al temor que lo santo provoca en nosotros. Lo santo nos llena de una especie de pavor. Usamos expresiones como: «Sudé frío» o «Se me erizó la piel».

Pensamos en el cántico espiritual negro: «¿Estuviste allí cuando crucificaron a mi Señor?». El coro de la canción dice: «A veces me hace temblar... temblar... temblar».

Tendemos a tener sentimientos encontrados sobre lo santo. Hay un sentido en el que al mismo tiempo nos sentimos atraídos y repelidos por ello. Algo nos atrae y al mismo tiempo queremos huir de ello. Pareciera como si no pudiéramos decidir lo que queremos. Parte de nosotros anhela lo santo, mientras que parte de nosotros lo desprecia. No podemos vivir con eso ni podemos vivir sin eso.

Nuestra actitud hacia lo santo es parecida a nuestra actitud hacia las historias de fantasmas y las películas de terror. Los niños les piden a sus padres que les cuenten historias de fantasmas hasta que se asustan tanto que les

ruegan que paren. Odio llevar a mi esposa a ver películas de terror. Le encanta verlas hasta que las veo, debería decir, hasta que no pueda verlas más. Pasamos por el mismo patrón cada vez. Primero, me agarra el brazo y me clava las uñas en la carne. El único alivio que recibo es cuando quita sus manos de mi brazo para cubrirse los ojos. El siguiente paso es dejar su asiento e irse a la parte trasera del teatro donde pueda pararse con la espalda contra una pared sólida. Allí puede estar segura de que nada vendrá por detrás de ella y la agarrará. El último paso es abandonar la sala y refugiarse en el vestíbulo. Sin embargo, ella me dice que le encanta ir a esas películas. (Debe haber una ilustración teológica aquí en alguna parte).

Quizás el ejemplo más claro de este extraño fenómeno de los sentimientos encontrados de la gente hacia lo santo proviene del mundo de la radio. Antes de la llegada de la televisión, el programa de radio era la cumbre del entretenimiento en el hogar. Diariamente se nos ofrecían

radionovelas patrocinadas por compañías de jabones. Una nos dio a *Ma Perkins*. Otras compañías de jabones nos dieron *Our Gal Sunday*, *One Man's Family*, *Lorenzo Jones and His Wife*, *Belle*, y muchas otras.

Los programas vespertinos se dedicaban a la acción y la aventura con *El llanero solitario*, *Supermán*, *Tennessee Jed*, *Hop Harrigan*, etc. Mis favoritos eran los programas de misterio como *Gang Busters*, *La Sombra* y *Suspense*.

El programa más terrorífico entre todos los programas de terror comenzaba con el sonido espeluznante de una puerta que crujía al abrirse. Sonaba como uñas rascando una pizarra. En mi mente evocaba la imagen de una antigua

cripta mohosa que se abría. Con el sonido de la puerta que crujía venía la voz sonora del locutor que decía: «*INNER SANCTUM!* ».

¿Qué es lo que causa tanto miedo en las palabras *inner sanctum*? ¿Qué significan esas palabras? *Inner sanctum* significa simplemente «dentro de lo santo». Nada es más terrible para nosotros, más aterrador para la mente, que ser llevado dentro, al interior de lo santo. Aquí comenzamos a temblar mientras somos llevados a la presencia del *mysterium tremendum* . El carácter misterioso de un Dios santo está contenido en la palabra latina *augustus* . Los primeros cristianos tuvieron problemas para darle este título al César. Para el cristiano, ninguna persona era digna del título *augustus* . Solo Dios podía ser llamado apropiadamente el Augusto. Ser augustus es inspirar admiración o ser asombroso. En el sentido básico solo Dios es digno de asombro.

En su estudio sobre la experiencia humana de lo santo, Otto descubrió que la sensación más clara que tienen los seres humanos cuando experimentan lo santo es un sentido inmenso y abrumador de creaturalidad. Es decir, cuando somos conscientes de la presencia de Dios, nos hacemos más conscientes de nosotros mismos como criaturas. Cuando nos encontramos con el Absoluto, de inmediato sabemos que no somos absolutos. Cuando nos encontramos con el Infinito, nos volvemos muy conscientes de que somos finitos. Cuando nos encontramos con el Eterno, sabemos que somos temporales. Encontrarse con Dios es un poderoso estudio de contrastes.

Nuestro contraste con el «Otro» es abrumador. Pensemos en el profeta Jeremías y su queja a Dios. «Me persuadiste, oh SEÑOR , y quedé persuadido; fuiste más fuerte que yo y prevaleciste» (Jer 20:7).

Esto suena como si Jeremías estuviera afectado por un caso grave de tartamudeo. Normalmente, la Biblia es breve en sus expresiones como si ejerciera una especie de economía del lenguaje. Jeremías rompe la regla al tomarse el tiempo para declarar algo que es muy obvio. Él dice: «Me persuadiste y quedé persuadido». La última frase es un desperdicio de palabras. Por supuesto, Jeremías fue persuadido. Si Dios lo persuadió, ¿cómo podría estar de otra manera que persuadido? Si Dios fue más fuerte que él, ¿cómo podría estar de otra manera que abrumado?

Pero tal vez Jeremías solo quería asegurarse de que Dios lo entendiera cuando presentara su queja. Quizás estaba usando el método hebreo de repetición para indicar énfasis. Jeremías fue persuadido y dominado. Se sentía indefenso,

impotente ante el poder absoluto de Dios. En ese momento, Jeremías estaba sumamente consciente de su propia condición de criatura.

El que se nos recuerde que somos criaturas no siempre es algo agradable. Las palabras de la tentación original de Satanás son difíciles de borrar de nuestras mentes. «Seréis como Dios» (Gn 3:5). Esta horrible mentira de Satanás es una que nos encantaría poder creer. Si pudiéramos ser como Dios, seríamos inmortales, infalibles e irresistibles. Tendríamos una serie de otros poderes que al presente no tenemos ni podemos tener.

La muerte a menudo nos asusta. Cuando vemos morir a otra persona, se nos recuerda que también somos mortales, que algún día la muerte vendrá a nosotros. Es un pensamiento que intentamos sacar de nuestras mentes. Nos sentimos incómodos cuando la muerte de otra persona se inmiscuye bruscamente en nuestras vidas y nos recuerda lo que enfrentaremos en una fecha futura desconocida. La muerte nos recuerda que somos criaturas. Sin embargo, por terrible que sea la muerte, no es nada comparada con encontrarse con un Dios santo. Cuando lo encontramos, la totalidad de nuestra condición de criatura se deshace en pedazos y se destruye el mito que hemos creído sobre nosotros mismos, el mito de que somos semidioses, deidades de primer grado que tratarán de vivir para siempre.

Como criaturas mortales, estamos expuestos a todo tipo de miedos. Somos personas ansiosas, dadas a las fobias. Algunas personas les temen a los gatos, otras a las serpientes y otras a lugares concurridos o a alturas

elevadas. Estas fobias nos roen y perturban nuestra paz interior.

Hay un tipo especial de fobia que todos sufrimos. Se llama *xenofobia*. La xenofobia es un miedo (y a veces un odio) a los extraños o extranjeros o cualquier cosa extraña o extranjera. Dios es el objeto supremo de nuestra xenofobia. Él es el desconocido supremo, el extranjero supremo. Él es santo y nosotros no.

Tememos a Dios porque Él es santo. Nuestro miedo no es el temor saludable que la Biblia nos anima a tener. Nuestro miedo es un miedo servil, un miedo nacido del terror. Dios es demasiado grande para nosotros; Él es demasiado asombroso. Nos hace demandas difíciles. Él es el extraño misterioso que amenaza nuestra seguridad. En Su presencia temblamos y nos estremecemos. Conocerlo personalmente puede ser nuestro mayor trauma.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿De qué manera Dios es un misterio asombroso para ti?
- 2 . ¿El misterio de Dios te consuela o te espanta?
- 3 . ¿Qué aprendes sobre ti mismo al comprender el misterio de la santidad de Dios?

4 . Durante la próxima semana, ¿cómo adorarás a Dios por el misterio de Su santidad?

Capítulo 4

El trauma de la santidad

*De ahí ese temor y asombro con el que,
como dice la Escritura en todas partes,
los santos fueron golpeados y abrumados
cada vez que contemplaban la presencia
de Dios...*

*Los hombres nunca serán debidamente
conmovidos
e impresionados con la convicción
de su insignificancia,
sino hasta que se hayan contrastado
con la majestad de Dios.*

Juan Calvino

Era una noche oscura y tormentosa.

He esperado mucho tiempo para poder empezar una historia con esta expresión clásica. Esta frase introductoria

ha sido tan abusada que algunos amigos aficionados a la literatura han creado un club llamado «Club noche oscura y tormentosa». Cada año presentan premios para las peores líneas introductorias de libros y ensayos.

Quizás para cuando Marcos escribió su Evangelio, ya había un club noche oscura y tormentosa. Observa cómo comienza a contar que Jesús calmó la tormenta: «Ese día, caída ya la tarde, les dijo: Pasemos al otro lado» (Mr 4:35).

Jesús y Sus discípulos estaban en Galilea. Jesús había estado enseñando a las multitudes que se reunieron en la orilla del gran lago al que llamaban el mar de Galilea. Este cuerpo de agua es uno de los más magníficos diseños de la

naturaleza. El lago llena una cuenca rodeada de montañas. Su agua dulce es una importante fuente de vida para el árido campo de Palestina.

Los discípulos eran pescadores profesionales, veteranos experimentados del lago. Conocían sus corrientes, su atmósfera y su belleza. El mar de Galilea es como una mujer encantadora cuyos estados de ánimo son ferozmente cambiantes. A todo marinero de la región se le advertía sobre la inconstancia de este cuerpo de agua. Debido a su peculiar ubicación en las montañas entre el mar Mediterráneo y el desierto, el lago está a merced de unos extraños caprichos de la naturaleza. Vientos tempestuosos pueden atravesar su superficie como si soplaran a través de un embudo. Estos vientos llegan sin aviso y pueden convertir el tranquilo lago en una feroz tempestad en cuestión de segundos. Incluso con el equipamiento moderno de hoy, algunas personas se niegan a navegar en el mar de

Galilea por temor a perecer bajo la ira de los vaivenes violentos del lago.

Los discípulos tenían dos factores a su favor. Eran veteranos y estaban con el Maestro. Cuando Jesús sugirió que cruzaran durante la noche, los discípulos no tuvieron miedo. Prepararon sus botes y se alistaron para cruzar. Entonces el mar hizo una rabieta; la Dama del Lago se puso furiosa: «Pero se levantó una violenta tempestad, y las olas se lanzaban sobre la barca de tal manera que ya se anegaba» (Mr 4:37).

Lo que más temía todo pescador galileo sucedió. Una tempestad impredecible se desató y su violencia amenazaba con volcar el bote. Incluso el nadador más fuerte no podría sobrevivir si era arrojado al agua. Los hombres se agarraban de la borda hasta que sus nudillos se volvían blancos. Estos eran barcos de pesca ordinarios, no goletas ni cruceros. Un giro repentino, una ola alta que golpeará su costado podría enviarlos a todos a la muerte. Lucharon furiosamente contra el mar, tratando de mantener la proa de frente a las olas. Quizás fue aquí que se pronunció por primera vez la oración del marinero: «Oh Señor, Tu mar es tan grande y mi bote tan pequeño».

Jesús estaba profundamente dormido en la parte trasera del bote. Estaba tomando una siesta. He visto comportamientos similares. He estado en aviones durante tormentas violentas. He experimentado pérdidas repentinas de altitud cuando el avión cae como una piedra por cientos de metros, dejando mi estómago en el techo. He escuchado a pasajeros gritar aterrorizados y he visto azafatas al borde del pánico, todo mientras a mi lado un hombre duerme

como bebé. He querido agarrar al tipo y sacudirlo para despertarlo diciéndole: «¿Qué te pasa? ¿Has perdido el sentido común y no tienes miedo?».

La Biblia dice que Jesús estaba durmiendo sobre un cojín.

Mientras todos los demás estaban en pánico, Jesús estaba en un sueño tranquilo. Los discípulos estaban molestos. Sus sentimientos eran una mezcla de miedo e ira. Fueron a despertar a Jesús. No sé qué habrán pensado que Él podría hacer respecto a la situación. El texto deja en claro que ciertamente no esperaban que Él hiciera lo que hizo. Para todos los efectos, su situación no tenía esperanza. Las olas se hacían cada vez más grandes y más violentas con cada

segundo. Los discípulos no tenían idea de lo que Jesús haría. Eran como cualquier persona. Cuando las personas están en peligro, cuando se ven amenazadas por una situación riesgosa y no saben qué hacer, inmediatamente buscan a su líder. Le corresponde al líder saber cuál será el siguiente paso, incluso si no es posible un siguiente paso. «Entonces le despertaron y le dijeron: Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (Mr 4:38).

Su pregunta no era realmente una pregunta. Era una acusación. La sugerencia estaba apenas velada. En realidad decían: «No te importa si nos ahogamos». Estaban acusando al Hijo de Dios de falta de compasión. Este indignante ataque contra Jesús es consistente con la actitud habitual de la humanidad hacia Dios. Dios tiene que escuchar quejas como esta de una humanidad ingrata todos los días. El cielo es bombardeado continuamente con acusaciones de personas enojadas. A Dios le llaman «sin

amor», «cruel» y «distante», como si no hubiera hecho lo suficiente para demostrar Su compasión por nosotros.

No hay ningún indicio en el texto de que Jesús haya respondido a la «pregunta» de los discípulos. Su respuesta se saltó las palabras para ir a la acción. Él guardó Sus palabras para el mar y la tormenta:

Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: ¡Cálmate, sosiégate! Y el viento cesó, y sobrevino una gran calma. Entonces les dijo: ¿Por qué estáis amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? (Mr 4:39-40).

La vida de Jesús era un destello de milagros. Él realizó tantos que fácilmente nos cansamos de escucharlos. Podemos leer esta narración y pasar rápidamente a la siguiente página sin ser conmovidos. Sin embargo, tenemos aquí uno de los milagros más asombrosos de Jesús. Tenemos un evento que causó una impresión especial en los discípulos. Fue un milagro demasiado impresionante, incluso para ellos.

Jesús controló las feroces fuerzas de la naturaleza con el sonido de Su voz. No hizo una oración. No le pidió al Padre que los librara de la tempestad. Se ocupó directamente de la situación. Él dio una orden, un imperativo divino. Al instante la naturaleza obedeció. El viento escuchó la voz de su Creador. El mar reconoció el mandato de su Señor. Al instante cesó el viento. No podía sentirse ni una mínima brisa en el aire. El mar se volvió como el cristal, sin la más mínima onda.

Nota la reacción de los discípulos. El mar estaba ahora en calma, pero ellos todavía estaban agitados: «Y se llenaron de gran temor, y se decían unos a otros: ¿Quién, pues, es este que aun el viento y el mar le obedecen?» (Mr 4:41).

Vemos un patrón extraño que se va desarrollando. No es sorprendente que la tormenta y el mar embravecido asustaran a los discípulos. Pero una vez que el peligro pasó y el mar estuvo en calma, su miedo debió haberse desvanecido tan repentinamente como la tormenta. Sin embargo, no fue así. Ahora que el mar estaba en calma, el temor de los discípulos *aumentó*. ¿Cómo explicamos eso?

Fue el padre de la psiquiatría moderna, Sigmund Freud, quien una vez propugnó la teoría de que las personas inventan la religión por miedo a la naturaleza. Nos sentimos impotentes ante un terremoto, una inundación o una enfermedad devastadora. Por lo tanto, dijo Freud, inventamos un Dios que tiene poder sobre el terremoto, las inundaciones y las enfermedades. Dios es personal. Podemos hablar con Él. Podemos tratar de negociar con Él. Podemos suplicarle que nos salve de las fuerzas destructoras de la naturaleza. Pero no podemos rogarles a los terremotos, ni negociar con las inundaciones ni regatear con el cáncer. Entonces, según esa teoría, inventamos a Dios para ayudarnos a lidiar con estas cosas aterradoras.

Lo significativo de esta historia bíblica es que el temor de los discípulos aumentó después de que la amenaza de la tormenta fue eliminada. La tormenta los había atemorizado. La acción de Jesús para calmar la tempestad los hizo tener aún más miedo. En el poder de Cristo, encontraron algo más

aterrador de lo que habían conocido en la naturaleza. Estaban en presencia de lo santo. Nos preguntamos qué habría dicho Freud al respecto. ¿Por qué los discípulos inventarían un Dios cuya santidad era más aterradora que esas fuerzas de la naturaleza que debían llevarlos a inventar un dios? Podríamos entenderlo si las personas inventaran un dios que no es santo, un dios que solo les diera consuelo. Pero ¿por qué un Dios más aterrador que el terremoto, la inundación o la enfermedad? Una cosa es ser víctima de una inundación o ser presa del cáncer; *otra muy diferente es caer en las manos del Dios vivo.*

Las palabras de los discípulos, luego que Jesús calmara el mar, son muy reveladoras. Ellos gritaron: «¿Quién es este?» En el pasaje paralelo de Mateo 8:27, la Nueva Versión Internacional expresa la pregunta de esta manera: «¿Qué clase de hombre es este, que hasta los vientos y las olas le obedecen?». La pregunta fue: «¿Qué *clase* de hombre es este?». Se trataba de una pregunta de *clase* o *tipo*. Buscaban una categoría en la cual colocar a Jesús, una categoría que les fuera familiar. Si podemos clasificar a las personas en determinados tipos, de inmediato sabremos cómo tratarlas. Respondemos de una manera a las personas hostiles y de otra manera a las personas amigables. Reaccionamos de una manera con los intelectuales y de otra con los sociables. Los discípulos no pudieron encontrar una categoría adecuada para la persona de Jesús. Estaba más allá de los estereotipos. Era *sui generis*, una clase en Sí mismo.

Los discípulos nunca habían conocido un hombre así. Era único en Su clase, un completo extraño. Habían conocido

todo tipo de hombres antes: altos y bajos, gordos y flacos, inteligentes y tontos. Se habían topado con griegos, romanos, sirios, egipcios, samaritanos y otros judíos. Pero nunca habían conocido a un hombre santo, un hombre que podía hablarle al viento y a las olas y hacer que le obedecieran. Que Jesús pudiera dormir durante la tormenta en el mar era bastante extraño. Pero no era algo exclusivo de Él. De nuevo pienso en mi compañero de viaje que dormía mientras yo estaba preso por el pánico. Es raro encontrarse con personas que pueden dormir durante una crisis, pero no es algo único. Yo estaba impresionado con mi amigo en el avión. Pero él no se despertó y le gritó al viento por la ventana, ni hizo que se detuviera ante sus órdenes. Si lo hubiera hecho, yo habría buscado un paracaídas.

Jesús era diferente. Poseía una asombrosa otredad. Era el extraño misterioso supremo. Hacía que la gente se sintiera incómoda.



El relato de Cristo calmando la tormenta se repite durante el ministerio de Jesús. Lucas presenta el escenario del lago de Genesaret. Parece que a veces, los judíos tenían problemas para decidir cómo llamar ese gran cuerpo de agua ubicado en las colinas de Galilea. El lago de Genesaret es el mismo cuerpo de agua que en otros pasajes se le llama el mar de Galilea.

Y aconteció que mientras la multitud se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios, estando Jesús

junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que
estaban a la orilla del lago, pero los pescadores

habían bajado de ellas y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, pidió que se separara de tierra un poco; y sentándose, enseñaba a las multitudes desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Sal a la parte más profunda y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero porque tú lo pides, echaré las redes. Y cuando lo hicieron, encerraron una gran cantidad de peces, de modo que sus redes se rompían; entonces hicieron señas a sus compañeros que estaban en la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Y vinieron y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían (Lc 5:1-7).

Si hubo un momento en el que los discípulos mostraron molestia e irritación con Jesús, fue en esta ocasión. Simón Pedro estaba cansado. Había estado despierto toda la noche y estaba frustrado por la falta de éxito en su labor. La pesca había sido terrible. Tal experiencia era suficiente para poner de mal humor a cualquier pescador profesional. Agrega a su fatiga la frustración adicional de tener que lidiar con las multitudes que toda la mañana lo empujaban mientras Jesús enseñaba. Cuando Jesús terminó el sermón, Simón estaba listo para ir a casa y acostarse. Pero Jesús quería ir de pesca. Se le ocurrió la maravillosa idea de echar las redes en aguas profundas.

No requiere mucha imaginación para leer entre líneas y captar el sarcasmo de Simón. «Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada, pero

porque tú lo pides, echaré las redes». Un respeto genuino por la sabiduría de Jesús en esta circunstancia habría hecho que Simón dijera simplemente: «Echaré las redes». En cambio, consideró necesario expresar su frustración. Es como si dijera: «Mira, Jesús, Tú eres un maestro maravilloso. Tus palabras nos mantienen hechizados a todos. En materia de religión nos sorprendes a todos. Pero, por favor, danos un poco de crédito. Somos profesionales. Conocemos el negocio de la pesca. Hemos estado allí toda la noche y nada de nada. Simplemente no hay peces. Vámonos a casa, vamos a dormir y tratemos después. Pero si Tú insistes, si debemos seguirte la corriente, entonces, por supuesto, echaremos las redes».

Puedo ver a Simón Pedro intercambiando una mirada de complicidad con Andrés y murmurando su queja en voz baja mientras levantaba las redes que acababa de limpiar y las echaba por la borda. Debe haber pensado para sí: *«¡Condenados maestros! Todos son iguales. Creen que lo saben todo »*.

Sabemos lo que sucedió. En cuanto Pedro echó las redes donde Jesús le indicó, pareció que todos los peces del lago de Genesaret se apresuraran hacia ellas. Fue como si los peces tuvieran una competencia para ver quién podía llegar primero. «¡El último en llegar es una anguila podrida!».

Tantos peces llenaron las redes que la tensión era demasiado fuerte. Las redes comenzaron a romperse. Cuando los otros discípulos se apresuraron a la escena con su barca, tampoco fue suficiente. Ambas estaban tan llenas de peces, hasta el borde, que empezaron a hundirse. Esta

fue la pesca más extraordinaria que aquellos pescadores jamás habían visto.

¿Cómo reaccionó Pedro? ¿Cómo habrías reaccionado tú? Sé lo que yo habría hecho. Habría redactado un contrato allí mismo. Le habría pedido a Jesús que se presentara en el muelle una vez al mes solo por cinco minutos. Habría tenido el negocio de pesca más lucrativo de la historia.

Los negocios y las ganancias eran lo que menos le importaba a Pedro. Cuando las redes se rompían, Pedro ni siquiera podía ver los peces. Todo lo que podía ver era a Jesús. Escucha lo que dijo: «Al ver esto, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús, diciendo: ¡Apártate de mí, Señor, pues soy hombre pecador!» (Lc 5:8).

En ese momento, Pedro se dio cuenta de que estaba en presencia del Santo Encarnado. Estaba desesperadamente incómodo. Su respuesta inicial fue de adoración. Cayó de rodillas ante Cristo. En lugar de decir algo como: «Señor, te adoro, te exalto», dijo: «Por favor, vete. Por favor, apártate. No lo puedo soportar».

La historia de la vida de Cristo es una historia de mucha gente abriéndose paso entre la muchedumbre solo para acercarse a Él. Es la del leproso que grita: «Señor, si quieres puedes limpiarme». Es la de la mujer que ha estado sangrando por doce años y busca tocar el borde de Su manto. Es la del ladrón en la cruz esforzándose por escuchar las últimas palabras de Jesús. Son las personas diciendo: «Acércate a mí. Mírame. Tócame».

No fue así con Pedro. Su súplica llena de angustia fue diferente: le pidió a Jesús que se fuera, que le diera su espacio, que lo dejara solo.

¿Por qué? No necesitamos especular aquí. No es necesario leer entre líneas porque las líneas mismas dicen con precisión por qué Pedro quería que Jesús se fuera: «¡Soy hombre pecador!». Las personas pecadoras no se sienten cómodas en presencia de lo santo. En inglés hay un dicho que afirma que la miseria ama la compañía. Otro dice que hay camaradería entre ladrones. Sin embargo, los ladrones no buscan la camaradería consoladora de los policías. La miseria pecaminosa no ama la compañía de la pureza.

Notamos que Jesús no sermoneó a Pedro por sus pecados. No hubo reprensión ni palabras de juicio. Todo lo que Jesús hizo fue enseñarle cómo pescar. Pero cuando lo

santo se manifiesta, no se necesitan palabras para expresarlo. Pedro recibió un mensaje imposible de ignorar. El estándar trascendente de toda justicia y toda pureza resplandeció ante sus ojos. Al igual que Isaías antes que él, Pedro fue deshecho.

Uno de los datos curiosos de la historia es la buena reputación que Jesús de Nazaret ha disfrutado siempre, aún entre los incrédulos. Es raro que un incrédulo hable mal de Jesús. Las personas que son abiertamente hostiles hacia la Iglesia y que están en contra de los cristianos, a menudo no escatiman en rendir alabanzas a Jesús. Incluso Friedrich Nietzsche, quien anunció la muerte de Dios y lamentó la decadencia de la Iglesia, habló de Jesús como un modelo de heroísmo. En los últimos años de su vida, los cuales pasó en un manicomio, Nietzsche expresó su propia locura al firmar sus cartas con el seudónimo «El crucificado».

El mundo da un testimonio abrumador de la incomparable perfección de Jesús. Incluso George Bernard

Shaw, cuando criticaba a Jesús, no podía pensar en un estándar más alto que el mismo Cristo. Él dijo de Jesús: «Hubo momentos en que no se comportó como cristiano». No se puede pasar por alto la ironía de esta crítica de Shaw.

En términos de excelencia moral, incluso aquellos que no creen en la deidad o la condición de salvador de Cristo, celebran a Jesús el hombre. Al igual que Poncio Pilato, declaran: «*Ecce homo* ». «¡He aquí el Hombre!». «No encuentro ningún delito en Él».

Considerando todos los aplausos que Jesús recibe, resulta difícil entender por qué Sus contemporáneos lo mataron. ¿Por qué las multitudes pidieron Su sangre? ¿Por qué los fariseos lo detestaban? ¿Por qué un tipo tan amable y recto fue condenado a muerte por la más alta corte religiosa de la nación?

Para entender este misterio, pudiéramos buscar una respuesta en la Palestina moderna. El peregrino que visita Jerusalén se queda asombrado por la magnificencia de esa venerable ciudad. Por la noche, las antiguas murallas se ven iluminadas con reflectores, dándole un aspecto mágico a la Ciudad Santa. Si uno se acerca a la ciudad desde el monte de los Olivos y atraviesa el valle de Cedrón a lo largo de un camino sinuoso, verá cómo se levanta el monumento de la tumba de los profetas que adorna la carretera a lo largo del muro oriental, cerca del pináculo del templo. El monumento ha estado allí por siglos, desde el tiempo de Cristo. Allí, en relieve, están esculpidas las figuras de los grandes profetas del Antiguo Testamento, como una miniatura judía del monte Rushmore.

En los días de Jesús, los profetas del Antiguo Testamento eran venerados. Eran los grandes héroes populares del pasado. Sin embargo, cuando estuvieron vivos, fueron odiados, menospreciados, rechazados, repudiados, perseguidos y asesinados por sus contemporáneos.

Esteban fue el primer mártir cristiano. Fue asesinado por una turba furiosa pues le recordó a su audiencia la sangre que había en sus manos:

Vosotros, que sois duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, resistís siempre al Espíritu Santo; como hicieron vuestros padres, así también hacéis

vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que antes habían anunciado la venida del Justo, del cual ahora vosotros os hicisteis traidores y asesinos; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles y *sin embargo* no la guardasteis (Hch 7:51-53).

Esperaríamos que estas palabras punzantes de Esteban hubieran perforado los corazones de sus oyentes y que los llevaran al arrepentimiento. Pero ese no fue el efecto. «Al oír esto, se sintieron profundamente ofendidos, y crujían los dientes contra él... Entonces ellos gritaron a gran voz, y tapándose los oídos arremetieron a una contra él. Y echándolo fuera de la ciudad, comenzaron a apedrearle» (Hch 7:54,57-58).

La gente aprecia la excelencia moral siempre que se encuentre a una distancia segura, lejos de ellos. Los judíos

honraban a los profetas, a la distancia. El mundo honra a Cristo, a la distancia.

Pedro quería estar con Jesús, hasta que se acercó demasiado. Entonces clamó: «Por favor, vete».



En la década de 1970, el libro *The Peter Principle* [*El principio de Peter*] de Laurence Peter y Raymond Hull llegó a la cima de las listas de los más vendidos. El punto fundamental de su enseñanza se ha convertido desde entonces en un axioma en el mundo de los negocios: en las estructuras corporativas, las personas tienden a alcanzar su máximo nivel de incompetencia. El principio de Peter no tiene nada que ver con Simón Pedro, excepto que explica parcialmente por qué Pedro se sintió incómodo en la presencia de Jesús.

El principio de Peter aborda los temas de competencia e incompetencia. El axioma de que las personas tienden a alcanzar su nivel de incompetencia se basa en un estudio de los ascensos laborales en el mundo de los negocios. Cuando las personas hacen bien su trabajo, son promovidas.

Suben un nivel en la organización. Su ascenso finalmente se detiene en cierto punto. Es el punto donde dejan de hacer bien su trabajo. Cuando dejan de hacerlo bien, dejan de ser promovidos y están condenados a pasar el resto de sus días trabajando en un nivel que está por encima de su nivel de competencia. Las personas quedan atrapadas en su nivel de incompetencia: una tragedia para ellos y para sus empleadores.

No todos quedan atrapados en la trampa del principio de Peter. Los autores Peter y Hull mencionan dos categorías de

personas que escapan de la trampa: los súper incompetentes y los súper competentes. Las personas súper incompetentes no tienen oportunidad de ascender de su nivel de incompetencia porque ya son incompetentes. No hay un nivel en el que sean competentes. Son incompetentes en el nivel más bajo de la organización. Estas personas son eliminadas con rapidez de la organización.

La verdadera ironía se encuentra en el otro grupo que «escapa» del principio de Peter. Este grupo es el de los súper competentes. ¿Cómo ascienden las personas súper competentes a través de las estructuras corporativas para

llegar a la cima? No lo hacen. El libro afirma que la gran dificultad que tienen las personas súper competentes para ascender en la escala corporativa es que representan una gran amenaza para quienes están por encima de ellos. Sus jefes tienen temor de ellos; temen que los desplacen. Las personas súper competentes representan un riesgo claro y palpable de que sus superiores pierdan sus puestos de honor y poder. Las personas súper competentes logran el éxito no solo subiendo en la escala organizacional, sino también dando saltos de una organización a otra, subiendo más a medida que avanzan.

Es fácil para nosotros descartar la teoría de Peter y Hull calificándola de puro cinismo. Podemos señalar innumerables ejemplos de personas que tuvieron ascensos meteóricos en las empresas y llegaron a la cima misma. Más de un director ejecutivo comenzó en la empresa como oficinista. Peter y Hull responderían, por supuesto, que esas dramáticas historias como la de Horatio Alger, un escritor

famoso por escribir sobre el trabajo arduo necesario para salir adelante, son las excepciones que confirman la regla.

Cualesquiera que sean las estadísticas reales, el hecho indiscutible sigue siendo que hay numerosas ocasiones en que las personas súper competentes se quedan en un nivel bajo porque representan una amenaza para los que están por encima de ellas. No todos aplauden el éxito. Recuerdo a una estudiante de último año que tuve en los días en que enseñaba en la universidad. Ella era la mejor alumna que había tenido. Su promedio acumulado era sobresaliente. Su desempeño era extraordinario.

Me sorprendí cuando calificué uno de sus exámenes de último año, el cual había reprobado miserablemente. Su resultado mostraba una desviación tan radical de su desempeño normal que supe que algo andaba muy mal. La llamé a mi oficina para una reunión y le pregunté qué fue lo que pasó. Inmediatamente se echó a llorar y entre sollozos confesó que había reprobado intencionalmente el examen. Cuando le pregunté por qué, ella explicó que a medida que se acercaba su graduación, experimentaba un creciente temor de que nunca encontraría un esposo. «Ninguno de los chicos quiere salir conmigo», dijo. «Todos piensan que soy demasiado inteligente, que solo soy un cerebro». Ella contó una desgarradora historia de soledad y un sentimiento personal de exclusión de la vida social en el campus. Se sentía como una paria.

Esta estudiante había cometido el pecado social imperdonable. Ella había roto la curva. Sé lo que significa calificar con una curva tanto desde el punto de vista del alumno como del profesor. Recuerdo mis días de estudiante

y la terrible sensación de salir de un aula después de haberme ido mal en un examen. Recuerdo que era música para mis oídos cuando los maestros decían que calificarían la prueba con una curva. Eso significaba que si obtuve solo el 60 por ciento en la prueba, la curva podría llevarme de una D a una C, o incluso a una B si a la mayoría le fue mal. Esto me ponía en una posición en la que deseaba que a los otros estudiantes también les fuera mal.

Pero siempre había uno en el grupo. Cuando todos los demás obtenían 20 y 30 puntos en el examen, dando pruebas indiscutibles de que el examen había sido injusto y el profesor estaba moralmente obligado a calificar con una

curva, entonces aparecía el inevitable cerebro que lograba el 100 en el examen. No recuerdo que alguna vez los estudiantes se pusieran de pie para ofrecerle a tal cerebro una gran ovación. A nadie le gustan los rompecurvas. Nos hacen quedar mal a todos.

Jesucristo era un rompecurvas. Él era el supremo destructor de curvas. Era el máximo súper competente. Los marginados de la sociedad lo amaban porque les prestaba atención. Pero los que ocupaban los asientos de honor y poder no podían tolerarlo.

El grupo de judíos que se declaró enemigo mortal de Jesús fue el de los fariseos.

Los fariseos registran sus inicios en el período de la historia comprendido entre el final del Antiguo Testamento y el comienzo del Nuevo Testamento. La secta fue iniciada por hombres que tenían un gran celo por la ley. La palabra *fariseo* literalmente significa «uno que está separado». Los fariseos se separaban para santidad. La búsqueda de la

santidad era el principal negocio de sus vidas. Se especializaban en la santidad. Si algún grupo debió celebrar cuando lo santo apareció en escena, esos eran los fariseos.

Debido a su singular devoción por la búsqueda de la santidad, los fariseos alcanzaron un nivel de respeto popular por su piedad y justicia que no tenía paralelo. No tenían iguales. Se les brindaban grandes elogios humanos. Se les recibía en asientos privilegiados en los banquetes. Eran admirados como expertos en religión. Su vestimenta estaba decorada con las borlas de su exaltada jerarquía. Se les podía ver practicando sus virtudes en lugares públicos. Ayunaban donde todos pudieran verlos. Inclínaban la cabeza en oración solemne en las esquinas y en las salas de banquetes. Todos escuchaban el sonido de la moneda en la copa del mendigo cuando los fariseos daban limosna. Su «santidad» era evidente para todos.

Jesús los llamó hipócritas.

Jesús pronunció sobre ellos el oráculo profético de condenación: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros» (Mt 23:15). La denuncia de Jesús sobre los fariseos fue severa. Los criticó por varios delitos de hipocresía. Examinemos algunos de los cargos que Jesús presentó contra ellos:

Los escribas y los fariseos se han sentado en la cátedra de Moisés. De modo que haced y observad todo lo que os digan; pero no hagáis conforme a sus obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas

pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Sino que hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres; pues ensanchan sus filacterias y alargan los flecos de sus mantos; aman el lugar de honor en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, y los saludos respetuosos en las plazas y ser llamados por los hombres Rabí (Mt 23:2-7).

No había elegancia discreta en los fariseos. No había belleza auténtica en su santidad. Eran llamativos y ostentosos en sus conductas externas. Su santidad era una farsa. El hipócrita era un actor que aparentaba justicia:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de adentro del vaso y del plato, para que lo de afuera también quede

limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad (Mt 23:25-28).

Las imágenes que usó Jesús son impactantes. Él describió a los fariseos como vasos o tazas que están limpios por fuera solamente. Imagínate que vas a un restaurante y que el camarero te pone delante una taza que brilla por fuera, pero que en su interior tiene los residuos de un café de ayer. Eso haría muy poco para estimular tu apetito. Así era el oficio de los fariseos. Así como las tumbas blanqueadas ocultaban la espantosa realidad de la descomposición del cuerpo y la carne putrefacta, así también la fachada de los fariseos ocultaba a la vista la podredumbre de sus almas.

Considera por un momento algunos breves epítetos que Jesús reservó para los fariseos: «¡Serpientes!», «¡generación de víboras!», «¡gulas ciegas!», «¡hijos del infierno!», «¡insensatos y ciegos!». Estas expresiones difícilmente podrían considerarse como cumplidos. Jesús no escatimó en diatribas al denunciar a estos hombres. Sus palabras fueron inusualmente duras, pero no injustificablemente. Eran diferentes de Su estilo habitual. La forma habitual con la que reprendía a los pecadores era gentil. Les habló con ternura, aunque no sin firmeza, a la mujer sorprendida en adulterio y a la mujer samaritana. Parece que Jesús guardó sus comentarios severos para los grandes, los profesionales de la teología. A ellos no les dio tregua.

Podríamos argumentar que los fariseos odiaban a Jesús porque era muy crítico con ellos. A nadie le gusta que lo critiquen, especialmente las personas que están acostumbradas a ser alabadas. Pero el veneno de los fariseos iba más allá de eso. Podemos asumir con seguridad que si Jesús nunca les hubiera dicho nada, aun así lo

habrían aborrecido. Su sola presencia era suficiente para hacer que se alejaran de Él.

Se ha dicho que nada disipa una mentira más rápido que la verdad; nada expone lo falso más rápido que lo genuino.

Los billetes falsificados con habilidad pueden pasar desapercibidos para el ojo inexperto. Lo que todo falsificador teme es que alguien examine su billete falso mientras lo sostiene al lado de uno genuino. La presencia de Jesús representaba la presencia de lo genuino en medio de lo falso. Aquí apareció la santidad auténtica; los falsificadores de la santidad no estaban contentos.

Los saduceos tenían el mismo problema con Jesús. Eran la clase sacerdotal más exaltada de aquellos días. Tomaron su nombre de un sacerdote del Antiguo Testamento, Sadoc, cuyo nombre, a su vez, fue tomado de la palabra judía que significaba «justo». Si los fariseos se consideraban a sí mismos como los santos, los saduceos afirmaban ser los justos. Con la aparición de Jesús, su justicia adquirió el brillo de la injusticia. Su curva también se rompió.

El resentimiento de los fariseos y saduceos con Jesús comenzó como una pequeña molestia, luego escaló a una ira ardiente y finalmente explotó en demandas vehementes por Su muerte. Simplemente no podían tolerarlo. En el mar de Galilea, los discípulos no pudieron encontrar una categoría adecuada para Cristo; no pudieron responder a su propia pregunta: «¿Qué clase de hombre es este?». Los fariseos y los saduceos tenían una respuesta preparada. Crearon categorías para Jesús: era un «blasfemo» y un «demonio». Él tenía que irse. El súper competente tenía que ser destruido.



El Cristo encarnado ya no camina en la tierra. Ha ascendido al cielo. Nadie lo ve ni habla audiblemente con Él en la carne hoy. Sin embargo, el poder amenazante de Su santidad todavía se siente. A veces se transfiere a Su pueblo. Así como los judíos al pie del monte Sinaí huían aterrorizados del rostro resplandeciente de Moisés, así también la gente hoy se siente incómoda con la mera presencia de los cristianos.

Luchar con el idioma holandés fue uno de los aspectos más difíciles de mi educación. Cuando fui a Holanda a estudiar, me quedé perplejo ante esta lengua que tenía un sonido tan melodioso. Sus sonidos vocálicos eran casi imposibles de pronunciar para mí y el lenguaje era rico en modismos extraños. Justo cuando pensaba que tenía el idioma bajo control, escuchaba una expresión que me desconcertaba por completo.

Tal fue la expresión que escuché en una cena en la casa de un amigo en Ámsterdam. La conversación estaba muy entretenida hasta que de repente se produjo una interrupción, una ruptura no planificada en la conversación que trajo consigo un breve e incómodo silencio. Para romper tal silencio, uno de mis amigos holandeses dijo: «*Er gaat een Dominee voorbij!* ». Yo respondí: «¿Qué dijiste?». La extraña frase se repitió. Yo sabía lo que significaban las palabras, pero la expresión no tenía sentido. Para romper el incómodo silencio, él había dicho: «¡Pasó un ministro!».

Nuevamente pedí a mis amigos una explicación. Me explicaron que era costumbre en Holanda usar esta expresión cada vez que un silencio incómodo amenazaba una conversación amena. Decir que pasaba un ministro era

ofrecer una explicación del repentino silencio. La idea era que nada podía arruinar el espíritu de una celebración más rápido que la presencia de un clérigo. Cuando aparece el ministro, la diversión se termina. No puede haber más risas, no más conversaciones interesantes, solo un silencio forzado. Cuando se producían tales silencios, la única explicación podía ser que acababa de pasar un ministro.

Con frecuencia experimento el mismo fenómeno en el campo de golf. Si me emparejan con extraños, todo va bien hasta que me preguntan a qué me dedico. Tan pronto se enteran de que soy un ministro, todo el ambiente cambia. Comienzan a distanciarse de mí mientras hablamos,

dándome espacio adicional. Es como si de repente se dieran cuenta de que tengo una enfermedad terrible y que podría ser contagiosa. Suelen disculparse frecuentemente por su lenguaje: «Discúlpeme por maldecir. No sabía que usted era un ministro». Como si el ministro nunca hubiera escuchado esas palabras antes o como si fuera impensable que en toda su vida tales palabras pudieran salir de sus labios. El complejo de los labios inmundos de Isaías todavía está entre nosotros.

La Escritura dice que «el impío huye sin que nadie lo persiga» (Pr 28:1). Lutero lo expresó de esta manera: «El pagano tiembla al crujido de una hoja». La sensación incómoda que provoca la presencia de clérigos es una consecuencia de la identificación de la Iglesia con Cristo. Puede tener efectos extraños en las personas.

En la década de 1970, uno de los principales golfistas del tour profesional fue invitado a jugar en un cuarteto con Gerald Ford (el entonces presidente de los Estados Unidos),

Jack Nicklaus y Billy Graham. El golfista estaba especialmente sorprendido por la oportunidad de jugar con Ford y Billy Graham (él había jugado frecuentemente con Nicklaus).

Después de que terminó la ronda de golf, uno de los otros profesionales se acercó al golfista y le preguntó: «Oye, ¿qué tal fue jugar con el presidente y con Billy Graham?».

El profesional desató un torrente de maldiciones y disgustado dijo: «No necesito que Billy Graham me meta su religión por la garganta». Con eso, se dio la vuelta y salió corriendo hacia la zona de práctica.

El amigo siguió al profesional enojado hasta la zona de práctica. El profesional sacó su palo y comenzó a golpear con furia las bolas. Tenía el cuello rojo y parecía que le salía vapor por las orejas. Su amigo no dijo nada. Se sentó en un banco y observó. Después de unos minutos, la ira del profesional se agotó y él se calmó. Su amigo le dijo en voz baja: «¿Fue Billy un poco duro contigo?».

El profesional lanzó un suspiro de vergüenza y dijo: «No, él ni siquiera habló de religión. Solo tuve una mala ronda».

Asombroso. Billy Graham no había dicho una sola palabra sobre Dios, sobre Jesús ni sobre religión, pero el profesional se había ido del juego acusándolo de intentar imponerle su religión. ¿Cómo podemos explicar esto? En realidad, no es difícil. Billy Graham no tuvo que decir una palabra; no tuvo que darle ni una sola mirada de reojo para que el profesional se sintiera incómodo. Billy Graham está tan identificado con la religión, tan asociado con las cosas de Dios, que su sola presencia es suficiente para abrumar al impío que huye sin que nadie lo persiga. Lutero tenía razón,

los paganos tiemblan al crujido de una hoja. Sienten al perro cazador del cielo jadeando cerca de su cuello. Se sienten acosados por la santidad, incluso si esta se presenta apenas por medio de un recipiente humano imperfecto, parcialmente santificado.

La reacción del profesional del golf ante Billy Graham fue similar a la reacción de Pedro ante Jesucristo. «¡Apártate de mí, Señor, pues soy hombre pecador!». Ambos sintieron el trauma de la presencia de lo santo. La santidad provoca odio. Cuanto mayor es la santidad, mayor es la hostilidad humana hacia ella. Parece una locura. Ningún hombre fue más amoroso que Jesucristo. Sin embargo, hasta Su amor hizo enojar a la gente. Su amor fue un amor perfecto, un amor trascendente y santo, pero Su mismo amor produjo traumas en las personas. Este tipo de amor es tan majestuoso que no podemos soportarlo.

Una historia bien conocida en la literatura estadounidense describe un tipo de amor que destruye. Es un amor extraño, un amor tan intenso que aplasta al objeto de su afecto. Los estudiosos de los escritos de John Steinbeck han sugerido que su famoso personaje Lennie, en la obra *De ratones y hombres*, era de hecho una figura de Cristo.

¿Qué Lennie era una figura de Cristo? Muchos cristianos hoy día se sienten ofendidos por tal sugerencia. Lennie es un bruto grande y tonto. Él es un asesino. ¿Cómo podría tal persona servir como una figura de Cristo?

De ratones y hombres es la historia de dos trabajadores migrantes, Lennie y George, que deambulan por el campo

de un trabajo a otro, soñando con el día en que puedan tener su propia granja. Steinbeck los describe:

Ambos vestían pantalones de mezclilla y abrigos del mismo material con botones de bronce. Ambos llevaban sombreros negros deformes y apretados hatos envueltos en mantas y echados al hombro. El primer hombre era pequeño y vivaz, de rostro oscuro, con ojos inquietos y rasgos definidos y fuertes. Cada parte de su cuerpo estaba definida: manos pequeñas y fuertes, brazos delgados, nariz fina y huesuda. Detrás de él caminaba su opuesto: un hombre enorme, de rostro deforme, grandes ojos pálidos y hombros anchos y encorvados; caminaba pesadamente, arrastrando un poco los pies, como un oso arrastra sus patas. Sus brazos no se balanceaban a sus costados, sino que colgaban con holgura.

Nota el contraste entre los dos personajes. La cara de George está claramente definida. Lennie es «de rostro deforme». Hay algo incomprensible en este hombre enorme. Camina como un oso, pero tiene la mente de un niño ingenuo. Lennie tiene retraso mental. Está prácticamente indefenso sin George. George tiene que cuidarlo y hablarle en los términos más simples.

Lennie tiene una extraña particularidad. Le encantan los animales pequeños y peludos: ratones, conejos y demás. Sueña con el día en que George tenga su granja y pueda tener sus propios conejos y ratones. Pero Lennie tiene un problema. No entiende su propia fuerza. Cuando atrapa un

ratón de campo o un conejo, todo lo que quiere hacer es amarlos, derramar en ellos su afecto. Pero las criaturas peludas no entienden. Están asustadas e intentan escapar del alcance de Lennie. Lennie los aprieta para mantenerlos quietos y que puedan recibir su amor. Sin querer los mata, exprimiéndoles la vida con sus pesadas manos.

La preocupación de Lennie por las pequeñas criaturas peludas es una fuente constante de molestia para George. Él se enoja cuando descubre que Lennie anda con un ratón muerto en el bolsillo de su chaqueta. El animal apesta. Pero George ama a Lennie como a un hijo y soporta con paciencia estas debilidades. El clímax del libro llega cuando Lennie se encuentra a solas con la esposa del capataz:

La mujer de Curley se rio de él.

—Estás loco —dijo—. Pero eres un tipo simpático. Como un bebé grande. Pero uno puede comprender lo que quieres decir. Cuando me arreglo el cabello, a veces me siento y lo acaricio porque es muy suave. — Para mostrar cómo lo hacía, se pasó los dedos por la

parte superior de la cabeza—. Algunas personas tienen el cabello un poco áspero. —dijo complacida—. Por ejemplo, Curley. Su pelo es como un alambre. Pero el mío es suave y fino. Claro que lo cepillo mucho. Eso lo hace más suave. Ven, siéntelo aquí. —Ella tomó la mano de Lennie y la puso en su cabeza—. Toca justo ahí y ve lo suave que es.

Los grandes dedos de Lennie acariciaron su cabello.

—No lo despeines —dijo ella—.

—¡Oh! Se siente bien —dijo Lennie, y acarició con más fuerza—. ¡Oh, qué agradable!

—Cuidado, lo vas a despeinar. —Y entonces gritó enfadada—: ¡Déjalo ya, lo vas a estropear todo! —Sacudió la cabeza hacia un lado, y los dedos de Lennie se cerraron sobre su cabello y se aferraron a él—. ¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame te digo!

Lennie era presa del pánico. Su rostro estaba contorsionado. Ella gritó entonces, y la otra mano de Lennie se cerró sobre su boca y su nariz.

—Por favor, no lo hagas —suplicó—. ¡Oh! Por favor, no lo hagas. George se va a enfadar.

Ella forcejeó violentamente bajo sus manos. Sus pies golpeaban el heno y se retorció para liberarse; y de debajo de la mano de Lennie salió un grito ahogado. Lennie empezó a llorar de miedo.

—¡Oh! Por favor, no hagas eso —suplicó—. George va a decir que he hecho algo malo. No me va a dejar que cuide los conejos. —Él movió un poco la mano y ella soltó un grito ronco. Entonces Lennie se enfadó—. Dije que no, no quiero que grites. Me vas a meter en problemas tal y como George dijo harías. No lo hagas. —Ella siguió forcejeando, con sus ojos desorbitados de terror. Él la sacudió entonces, y se enfadó más con ella—. ¡No grites más! —dijo, y la sacudió; y su cuerpo se movió flácidamente como un pez. Y luego se quedó quieta, pues Lennie le había roto el cuello.

Una cosa era que Lennie matara ratones, otra muy distinta que matara una persona. Esta vez su extraña

particularidad había ido demasiado lejos. George se llevó a Lennie, huyendo al campo lejos del pelotón que lo perseguía. Llegaron al borde de un estanque verde y profundo del río Salinas. Se sentaron a descansar y comenzaron a hablar. Lennie esperó a que George lo regañara por hacer algo malo. Entonces Lennie le pidió a George que le contara nuevamente sobre la granja que tendrían algún día.

—Cuéntame cómo será —suplicó Lennie.

George había estado escuchando los sonidos lejanos. Por un momento se puso serio.

—Mira al otro lado del río, Lennie, y te lo diré de manera que casi puedas verlo.

Lennie giró la cabeza y miró al otro lado del estanque y hacia las oscuras laderas de las montañas de Gabilan.

—Vamos a comprar un trozo de tierra —comenzó George.

Mientras Lennie estaba absorto viendo a lo lejos la granja anhelada, George sacó una pistola Luger de su bolsillo. La atención de Lennie estaba fija en los conejos y pollos imaginarios que bailaban frente a sus ojos. Al acercarse el pelotón, George apuntó y apretó el gatillo.

Slim, el líder del pelotón, fue el primero en llegar a la escena.

Se acercó y miró a Lennie, y luego volvió a mirar a George.

—Justo en la nuca —dijo en voz baja.

Slim se acercó directamente a George y se sentó a su lado, se sentó muy cerca de él.

—No te preocupes —dijo Slim—. A veces uno tiene que hacer cosas como esta.

«A veces uno tiene que hacer cosas como esta». A veces hay que ejecutar gente, gente destructiva. La gente que aplasta a otras personas no puede ser tolerada. No importa que la fuerza detrás de los actos destructivos de Lennie fuera una fuerza de amor inocente e infantil. Su amor no tenía motivos ocultos, ni indicio alguno de seducción. El suyo era un amor puro; un amor tan intenso que estrangulaba a quien lo resistiera. George no tenía alternativa. Sabía que Lennie no podría sobrevivir en este mundo. Lennie tenía que morir. Lennie traumatizaba a todos y todo lo que tocaba.

Así fue con Cristo. El mundo podría tolerar a Jesús; podrían amarlo, pero solo a la distancia. Cristo es seguro para nosotros si está bien delimitado por el espacio y el tiempo. Pero un Cristo presente no podría sobrevivir en un mundo de seres humanos hostiles. La sentencia de Caifás fue que, por el bien de la nación, Jesús debía morir. A veces hay que hacer cosas como esta.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas

preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Es tu visión de la santidad de Dios como la de Pedro?
¿Quieres huir de ella?
- 2 . ¿Alguna vez has experimentado el trauma de la santidad de Dios?
- 3 . Describe un momento en el que fuiste consolado por la santidad de Dios.
- 4 . ¿De cuál aspecto de la santidad de Dios estuviste más consciente la semana pasada?

Capítulo 5

La demencia de Lutero

Dejad que Dios sea Dios.

Martín Lutero

Si fijamos nuestras mentes en la santidad de Dios, el resultado podría ser perturbador. El espíritu de Martín Lutero estaba perturbado por un profundo conocimiento del carácter de Dios. La personalidad inusual de Lutero fue moldeada en parte por su estudio de Dios. ¿Fue su personalidad mejorada o distorsionada? ¿Fue su espíritu purificado o enloquecido por su encuentro con Dios?

«¿Que si amo a Dios? ¡A veces lo odio!». Esta es una cita extraña si la escuchamos de labios de un hombre tan respetado por su celo religioso como Lutero. Pero la dijo. Él se destacaba por hacer declaraciones escandalosas. «A veces Cristo no me parece más que un juez enojado que se me acerca con una espada en la mano».

¿Estaba loco este hombre? Antes de intentar responder esta pregunta, examinemos algunas de las características de la vida y el comportamiento de Lutero que han motivado el veredicto de que, de hecho, estaba loco.

La primera clave para definir el perfil de Lutero se encuentra en sus tempestuosos estallidos de ira y su lenguaje desmedido. Le gustaba llamar a sus críticos «perros». «Los perros han comenzado a ladrar», decía cuando llegaban a sus oídos las reacciones de sus críticos. Su lenguaje era a veces mundano, salpicado con referencias indecentes.

Considera la respuesta de Lutero a la diatriba de Erasmo:

Parece una completa pérdida de tiempo responder a tus argumentos. Yo mismo los he refutado una y otra vez y Felipe Melanchthon, en su insuperable volumen sobre las doctrinas de la teología, los ha destruido y hecho polvo. Ese libro suyo, en mi opinión, no solo merece perdurar mientras se lean libros, sino también tomar su lugar en el canon de la Iglesia; mientras que

tu libro, en cambio, me pareció tan inútil y pobre que me compadecí de ti por haber profanado el flujo de tu lenguaje, tan encantador y brillante, con un material tan vil. Me pareció indignante transmitir un material de tan baja calidad con los adornos de tan inusual elocuencia; es como usar platos de oro o de plata para transportar la basura del jardín o el estiércol.¹

El comportamiento tempestuoso de Lutero salió a la luz en una importante reunión en Marburgo. Los líderes del

nuevo movimiento protestante se reunieron para resolver sus desacuerdos sobre la Cena del Señor. En medio de la conversación, Lutero comenzó a golpear la mesa con su puño, diciendo una y otra vez: «*Hoc est corpus meum, hoc est corpus meum* » («Este es mi cuerpo, este es mi cuerpo»). Sus excentricidades fueron similares al berrinche, con todo y zapato, que hizo famoso a Nikita Jrushchov en las Naciones Unidas.

Sin duda, a veces Lutero fue desmedido. Solía ser ampuloso. Sus insultos, llamando a la gente perros, eran a menudo muy severos. Pero estos problemas, aunque suficientes para cuestionar su corrección, no eran asuntos que afectaran su cordura.

Pero hay más por tratar que los patrones en la forma de hablar de Lutero. En ocasiones su comportamiento era francamente extraño. Tenía varias fobias. Una historia bien conocida cuenta que una vez estaba caminando en medio de una tormenta eléctrica severa, cuando cayó un rayo tan cerca de él que lo arrojó al suelo. El gran historiador de la Iglesia y biógrafo de Lutero, Roland Bainton, cuenta la historia:

En un caluroso día de julio del año 1505, un viajero solitario caminaba fatigosamente por un camino árido en las inmediaciones de la aldea sajona de Stotternheim. Era un hombre joven, de baja estatura pero fornido y llevaba la vestimenta de un estudiante universitario. A medida que se acercaba a la aldea, el cielo se encapotó. De repente comenzó a llover y se desencadenó una fuerte tormenta. Un rayo rasgó las

tinieblas y arrojó al hombre al suelo. Luchando por levantarse, gritó aterrado: «¡Santa Ana, socórreme! ¡Me haré monje!».

El hombre que invocaba así a una santa más tarde repudiaría el culto a los santos. El que hacía el voto de hacerse monje más tarde renunciaría al monasticismo. Ese hijo leal de la Iglesia católica, posteriormente sacudiría los cimientos del catolicismo medieval. Ese devoto siervo del papa, luego identificaría a los papas con el Anticristo. Ese joven era Martín Lutero.²

Poco después de esta experiencia, Lutero pagó sus votos. Abandonó sus estudios en derecho y entró en el monasterio para consternación de su padre, Hans.

El miedo a una muerte violenta como expresión de juicio y castigo divinos atormentaban a Lutero. Padeció de dolencias estomacales durante toda su vida, así como de cálculos renales, una enfermedad muy dolorosa. En más de una ocasión predijo su muerte. Numerosas veces estuvo seguro de que solo estaba a unos días o semanas de la tumba. El rayo dejó en su memoria una cicatriz que nunca olvidó.

No todo el mundo reacciona de la misma manera ante un roce cercano con la muerte a causa de un rayo. El 27 de junio de 1975, tres golfistas profesionales fueron derribados por un rayo durante el campeonato Western Open, cerca de Chicago. Uno de los tres, Lee Treviño, sufrió una lesión en la espalda que perjudicó severamente el futuro de su carrera. Cuando fue entrevistado en un programa de televisión sobre

el incidente, el anfitrión le preguntó a Treviño: «¿Qué aprendiste de esa experiencia?».

Treviño respondió con su jovial estilo característico: «Aprendí que si el Todopoderoso está jugando más rápido que yo, debo salir de Su camino y dejarlo pasar». Luego agregó: «Debí haber sostenido un hierro 1 sobre mi cabeza durante la tormenta».

El anfitrión quedó perplejo por esta enigmática declaración y preguntó: «¿Y eso por qué?».

Los ojos de Treviño brillaron y bromeó: «Porque ni Dios le pega al hierro».

Treviño agregó algunos chistes a su repertorio producto de esta experiencia. Lutero obtuvo una nueva carrera como monje y teólogo.

Los problemas estomacales crónicos de Lutero también han sido relacionados a una condición sicosomática. Parece que todas sus fobias neuróticas iban directamente a su estómago, afectando su digestión. Su problema de flatulencia se ha vuelto legendario, debido en parte a su propia exageración. Sus escritos están salpicados de referencias a sus constantes eructos y lo que él denomina «rompevientos». Él decía: «Si rompo el viento en Wittenburg, lo escucharán en Leipzig».

Afortunadamente, Lutero pudo encontrar un uso santificado para su flatulencia. Aconsejó a sus alumnos que «romper el viento» era un recurso muy eficaz para repeler los ataques del diablo. En otra ocasión, Lutero habló de resistir a Satanás arrojándole un tintero. Lutero describió su batalla con Satanás en los términos de un hombre bajo

ataque. Estaba seguro de que era un objetivo personal del príncipe del infierno.

Sus historias sobre Satanás están repletas de información para psicólogos que ven en estos relatos dos indicios de desequilibrio mental. Por un lado, se cree que Lutero sufría de alucinaciones y, por otro, de delirios de grandeza por pensar que el príncipe de las tinieblas lo seleccionaría a él como su objetivo favorito.

Sin embargo, desde el punto de vista de la historia de la Iglesia, no debería sorprendernos pensar que en el siglo XVI, la energía satánica pudiera haberse centrado con más fuerza en Martín Lutero.

Otro episodio que ha causado que los psiquiatras levanten las cejas es la celebración de la primera misa de Lutero. Lutero ya se había distinguido como un teólogo emergente y no era tímido. Su futuro como un dramático hombre de púlpito y experto orador público aún era desconocido para sus contemporáneos.

La celebración de su primera misa luego de su ordenación fue el debut público de Lutero como clérigo. El viejo Hans Lutero casi había hecho las paces con la decisión que tomó su hijo de abandonar una carrera lucrativa como abogado a favor de la vida monástica. Sentía algo de orgullo: «Mi hijo, el sacerdote». La esperada celebración era vista como un momento de orgullo familiar y los familiares de Lutero se unieron al público para observar su celebración de la misa.

Ninguno de los asistentes se esperaba lo que sucedió. Lutero comenzó la ceremonia con gran aplomo, exhibiendo un porte sacerdotal de confianza y autocontrol. Cuando

llegó a la oración de consagración, ese momento de la misa en que Lutero ejercería su autoridad sacerdotal por primera vez para invocar el poder de Dios a fin de realizar el gran milagro de la transustanciación (la transformación de los elementos del pan y el vino en la verdadera carne y sangre de Cristo), Lutero vaciló.

Se quedó congelado en el altar. Parecía paralizado. Sus ojos estaban vidriosos y se formaron gotas de sudor en su frente. Un silencio nervioso llenó la congregación mientras calladamente instaban al joven sacerdote a continuar. Hans Lutero estaba cada vez más incómodo, sintiendo sobre sí una ola de vergüenza paternal. El labio inferior de su hijo comenzó a temblar. Intentaba pronunciar las palabras de la misa, pero no salía ninguna palabra de su boca. Decaído regresó a la mesa donde estaban sentados su padre y los invitados de la familia. Había fallado. Había arruinado la misa y había deshonrado a su padre y a sí mismo. Hans estaba furioso. Acababa de hacer una generosa contribución al monasterio y ahora se sentía humillado en el mismo lugar donde había venido para presenciar la honra de su hijo.

Arremetió contra Martín y cuestionó que su hijo fuera apto para ser sacerdote. Martín defendió su llamado apelando a la convocatoria celestial que experimentó con el evento del rayo. Hans atacó de nuevo: «Quiera Dios que no haya sido una aparición del diablo».

¿Qué pasó en el altar? Lutero ofreció su propia explicación sobre la parálisis que le sobrevino cuando se suponía que debía decir las palabras: «Te ofrecemos a ti, el Dios vivo, verdadero y eterno». Dijo:

Ante estas palabras me quedé completamente estupefacto y aterrorizado. Pensé dentro de mí: «¿Con qué lengua me dirigiré a tal majestad, siendo que todos los hombres deberían temblar aun ante la presencia de un príncipe terrenal? ¿Quién soy yo para levantar mis ojos o mis manos a la Majestad divina? Los ángeles lo rodean. Al asentir con la cabeza la tierra tiembla. ¿Y diré yo, un pequeño y miserable pigmeo, “quiero esto... pido esto”? Soy polvo y cenizas, estoy lleno de pecado y le estoy hablando al Dios vivo, eterno y verdadero».³

Pero estos episodios son consideraciones menores cuando se trata de la cordura de Lutero. Nuestra atención debe pasar a uno de los momentos más dramáticos de su vida, un momento dramático para toda la cristiandad. La prueba suprema en la vida de Lutero, la oportunidad para su reto supremo, tuvo lugar en la Dieta imperial de Worms en el año 1521. Ante los príncipes de la Iglesia y el Estado, en presencia del emperador Carlos VI del Sacro Imperio

Romano Germánico, el hijo de un minero de carbón fue juzgado por herejía.

Los eventos se habían salido de control desde que este profesor de teología había clavado sus noventa y cinco tesis en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos en Wittenburg. Se trataba de puntos problemáticos que Lutero anunciaba para debate y discusión teológicos. No tenía ningún deseo de utilizarlos para provocar un incendio nacional o internacional. Algunas personas, probablemente estudiantes, se apoderaron de las tesis e hicieron uso del

nuevo y maravilloso invento de Gutenberg. En dos semanas, las tesis se convirtieron en tema de conversación en toda Alemania. Bainton toma prestada una expresión de Karl Barth para explicar lo sucedido: «Lutero fue como un hombre que sube en la oscuridad por una escalera sinuosa hacia el campanario de una antigua catedral. En la oscuridad, extendió la mano para sostenerse y su mano agarró una cuerda. Él se asustó al escuchar el sonido de una campana».⁴

A esto le siguió un torbellino de controversias. Las tesis fueron enviadas a Roma, al papa León X. La leyenda cuenta que León las leyó y dijo: «Lutero es un alemán borracho. Cuando esté sobrio, pensará diferente». La lucha continuó entre órdenes monásticas y teólogos. Lutero participó en debates, los más serios en Augsburgo y en Leipzig. Finalmente, fue censurado con la publicación de una bula papal. Su título, *Exsurge Domine*, provenía de sus palabras iniciales: «Levántate, oh Señor, y juzga Tu causa. Un jabalí ha invadido Tu viña».

Tras la publicación de la bula, los libros de Lutero fueron quemados en Roma y él apeló a una audiencia con el emperador. Finalmente, la Dieta se reunió en Worms y Lutero recibió un salvoconducto para viajar y comparecer allí.

Lo que sucedió en Worms fue de leyenda. De hecho, leyendas han surgido de estos eventos. Hollywood le ha dado su toque de glamour a la escena. La imagen que tenemos de Lutero es la de un héroe valiente desafiando una estructura de autoridad perversa. A Lutero se le pregunta: «¿Te retractarás de tus escritos?».

Nos imaginamos a Lutero de pie, no dejándose intimidar por aquellos funcionarios y diciendo con puño al aire: «¡Aquí estoy!». Luego lo vemos dándose la vuelta y caminando valientemente por el pasillo mientras la gente lo aclama. Monta su caballo blanco y galopa hacia el horizonte para comenzar la Reforma protestante.

Eso no fue lo que pasó.

La primera sesión se reunió el 17 de abril. El aire estaba electrizado por la emoción del enfrentamiento. Lutero había hablado con valentía antes de su llegada diciendo: «Esta será mi retractación en Worms: “Anteriormente dije que el papa es el vicario de Cristo. Me retracto. Ahora digo que el papa es adversario de Cristo y apóstol del diablo”».

La multitud esperaba declaraciones más atrevidas. Aguantaban la respiración esperando que el jabalí se desbocara.

Cuando la Dieta imperial inició, Lutero se paró en el centro del gran salón. A su lado había una mesa donde estaban sus controvertidos libros. Un funcionario le preguntó a Lutero si los libros eran suyos. Él respondió con

una voz que apenas si fue un susurro: «Los libros son todos míos y he escrito otros más». Luego vino la pregunta decisiva sobre la disposición de Lutero a retractarse. La asamblea esperó su respuesta. No hubo puño al aire ni reto desafiante. Una vez más, Lutero respondió de manera casi inaudible: «Os ruego, dadme tiempo para pensarlo». Como había sucedido en su primera misa, Lutero vaciló. Su confianza lo abandonó; el jabalí salvaje repentinamente se volvió un cachorrito llorón. El emperador se sorprendió por la solicitud y se preguntó si podría ser simplemente una

táctica para ganar tiempo, una maniobra obstruccionista teológica. Sin embargo, le concedió clemencia hasta el día siguiente, dándole a Lutero veinticuatro horas para pensarlo.

Esa noche, en la soledad de su habitación, Lutero escribió lo que considero una de las oraciones más conmovedoras jamás escritas. Su oración revela el alma de un hombre humilde postrado ante su Dios, buscando desesperadamente el coraje para presentarse solo ante hombres hostiles. Para Lutero fue un Getsemaní privado:

¡Oh, Dios, Dios Todopoderoso y Eterno, cuán terrible es el mundo! ¡Mira cómo su boca se abre para tragarme y cuán pequeña es mi fe en Ti!... ¡Oh! ¡La debilidad de la carne y el poder de Satanás! Si tengo que depender de cualquier fortaleza de este mundo, todo ha terminado... Las campanas han sonado... La sentencia ha sido promulgada. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!, ayúdame contra toda la sabiduría de este mundo. Hazlo, te lo suplico; Tú deberías hacerlo...

con Tu inmenso poder. Porque la obra no es mía, sino tuya. Yo no tengo nada que hacer aquí... ¡No tengo nada por lo cual contender con estos grandes hombres del mundo! Yo gustosamente pasaría mis días en felicidad y paz, pero la causa es Tuya... ¡Y es justa y eterna, oh, Señor! ¡Ayúdame! ¡Oh, fiel e inmutable Dios! No me apoyo en el hombre. ¡Eso sería en vano! Todo lo que es del hombre se tambalea. Todo lo que procede del hombre ha de fallar. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿acaso no me oyes? ¡Dios mío!, ¿acaso no

vives más? No, Tú no puedes morir; Tú solo puedes esconderte. Me has elegido para esta labor; iyo lo sé!... Por lo tanto, oh, Dios, cumple Tu propia voluntad y no me abandones por amor a Tu amado Hijo, Jesucristo, mi defensa, mi escudo y mi fortaleza. Señor, ¿dónde estás?... Dios mío, ¿dónde estás?... ¡Ven! Te ruego, estoy listo... Heme aquí, preparado a dar mi vida por Tu verdad... sufriendo como un cordero pues la causa es santa. ¡Es Tuya!... ¡No te soltaré! No, ni por toda la eternidad! Y aunque el mundo esté lleno de demonios, y este cuerpo, obra de Tus manos, sea desechado, pisoteado, cortado en pedazos, consumido hasta las cenizas, mi alma es Tuya. Sí, tengo Tu propia Palabra que me lo asegura. ¡Mi alma te pertenece y permanecerá contigo para siempre! ¡Amén! ¡Oh, Dios, envía ayuda, amén!⁶

A la tarde siguiente, Lutero regresó al salón. Esta vez su voz no tembló ni vaciló. Intentó responder la pregunta dando un discurso, pero su inquisidor finalmente exigió una

respuesta: «Te pregunto, Martín, responde con franqueza y sin rodeos, ¿repudias o no tus libros y los errores que contienen?».⁷

Lutero respondió:

Ya que Su Majestad y sus señorías desean una respuesta sencilla, voy a responder sin vueltas ni rodeos. A no ser que sea convencido por la Escritura o por razón evidente —ya que no acepto la autoridad de papas ni concilios, pues ellos continuamente se han

contradicho— mi conciencia está cautiva por la Palabra de Dios. No puedo ni voy a retractarme de nada, pues actuar en contra de la conciencia no es ni justo ni seguro. Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén.⁸

¿Son las palabras de un loco? Quizás. La pregunta sería cómo un hombre se atreve a oponerse al papa y al emperador, a los concilios y a los credos y a toda la autoridad organizada de la cristiandad. ¿Cuánta arrogancia debe haber para contradecir a los mejores estudiosos y los más altos funcionarios eclesiásticos, para imponer sus propias facultades intelectuales e interpretación bíblica contra las del mundo entero? ¿Es esto egolatría? ¿Es megalomanía? ¿Son estas las cavilaciones de un genio de la Biblia, de un santo valiente o son los desvaríos de un maniático? Cualquiera que sea el veredicto, esta postura solitaria, para bien o para mal, dividió la cristiandad.

Tan importante como fue este evento para la Iglesia y para la historia personal de Martín Lutero, no fue la razón principal por la que los académicos posteriores calificaron a Lutero de demente. Había algo aún más extraordinario, más morboso, en verdad macabro, en este hombre. Tenía que ver con sus patrones de comportamiento mientras era monje en el monasterio.

Como monje, Lutero se dedicó a una especie de austeridad rigurosa. Se propuso ser el monje perfecto. Ayunaba durante días y se sometía a formas severas de autoflagelación. Fue más allá de las reglas del monasterio en materia de autonegación. Sus viglias eran más largas

que las de cualquiera. Rechazó la asignación normal de mantas y casi muere congelado. Castigó su cuerpo tan severamente que más adelante comentó que fue en aquella celda de monasterio donde se provocó un daño permanente en su sistema digestivo. Escribió sobre su experiencia: «Yo fui un buen monje y mantuve la regla de mi orden tan estrictamente que puedo decir que si alguna vez un monje hubiera llegado al cielo por ser monje, ese habría sido yo. Todos mis hermanos que me conocieron en el monasterio estarían de acuerdo con esto. Si hubiera permanecido más tiempo, me habría matado con vigiliias, oraciones, lecturas y otras obras».⁹

La más extraña de las prácticas de Lutero tenía que ver con su hábito de confesión diaria. El requisito era que todos los pecados fueran confesados. Lutero no podía pasar un día sin pecar, así que sentía la necesidad de ir al confesionario todos los días, buscando su absolución.

La confesión era una parte habitual de la vida monástica. Los demás hermanos acudían regularmente a sus confesores y decían: «Padre, he pecado. Anoche me quedé

despierto aún después de apagarse las luces y leí mi Biblia con una vela». O: «Ayer a la hora del almuerzo codicé la ensalada de papa del hermano Felipe». (¿En qué otro problema puede meterse un monje en un monasterio?). El padre confesor escuchaba la confesión, otorgaba la absolución sacerdotal y asignaba una pequeña penitencia. Eso era todo. Todo el proceso tomaba solo unos minutos.

No era así con el hermano Martín. Él exasperaba a su padre confesor. Lutero no estaba satisfecho con hacer una breve recitación de sus pecados. Quería asegurarse de que

ningún pecado en su vida quedara sin confesar. Entraba al confesionario y permanecía por horas todos los días. ¡En una ocasión Lutero pasó seis horas confesando los pecados que había cometido el día anterior!

Los superiores del monasterio comenzaron a cuestionarse sobre Lutero. Consideraron la posibilidad de que fuera un timador, que prefería pasar sus horas de vigilia en el confesionario en lugar de estudiar y realizar sus otras tareas. Surgió la preocupación de que tal vez estaba desequilibrado mentalmente y que estaba cayendo rápidamente en una psicosis grave. Su mentor, Staupitz, finalmente se enojó y reprendió a Lutero: «“Ponme atención, —le dijo— si esperas que Cristo te perdone, ven con algo que perdonar —parricidio, blasfemia, adulterio— en lugar de todos estos pecadillos... Hombre, Dios no está enojado contigo. Tú estás enojado con Dios. ¿No sabes que Dios te manda a tener esperanza?”». ¹⁰

¡Helo aquí! Este es el aspecto de Lutero que más ha provocado que muchos piensen que en verdad estaba demente. El hombre era radicalmente anormal. Su complejo de culpa era único. Era tan morbosos en su culpa y estaba tan perturbado en sus emociones, que ya no podía funcionar como un ser humano normal. Ni siquiera podía funcionar como un monje normal. Aún seguía huyendo del rayo. Bainton resume su condición:

En consecuencia, le asaltaba la más terrible inseguridad. El pánico invadía su espíritu y tan intranquila estaba su conciencia, que empezaba a temblar asustado ante una hoja movida por el viento.

El horror de la pesadilla se apoderó de su alma; el terror de quien despierta en la oscuridad viendo los ojos del que ha venido a quitarle la vida. Todos los defensores celestiales se han retirado; los demonios, haciendo señas de soslayo, llaman al alma impotente. Tales fueron los tormentos que, según aseguraba Lutero repetidamente, eran mucho peores que cualquier dolencia física que jamás hubiera soportado.

Su descripción concuerda tan bien con un conocido tipo de enfermedad mental, que nuevamente uno es tentado a preguntarse si se deben considerar sus perturbaciones como provocadas por auténticas dificultades religiosas o por deficiencias gástricas o glandulares.¹¹

¿Qué hay detrás del comportamiento de Lutero? Una cosa es cierta: De todos los mecanismos de defensa que las personas normales tienen para silenciar la voz acusadora de sus conciencias, Lutero no tenía ninguno.

Algunos teóricos sostienen que las personas pueden tener una visión más precisa de la realidad cuando están locas que cuando están cuerdas. Pensamos en el hombre acosado por la ansiedad que acude al psiquiatra y se queja de que está tan paralizado por el miedo que no puede asistir a un paseo de la iglesia. Cuando el psiquiatra indaga, el hombre le explica que podría verse involucrado en un accidente automovilístico en el camino hacia el paseo, o ser mordido por una serpiente venenosa durante el evento, ser alcanzado por un rayo si se forma una tormenta o asfixiarse comiendo un emparedado.

Todos estos miedos están basados en posibilidades moderadas. La vida es un negocio peligroso. En ninguna parte estamos a salvo de la multitud de peligros que amenazan la vida. Howard Hughes, con todos sus millones, no pudo encontrar un ambiente donde estuviera totalmente a salvo del ataque de gérmenes hostiles. El psiquiatra no puede demostrar que todos los paseos son seguros. La percepción de ese hombre es acertada respecto a todas las cosas que pueden salir mal, pero no deja de ser anormal porque ha perdido las defensas que nos permiten ignorar los peligros reales y presentes que nos rodean cada día.

Los analistas psicológicos a menudo pasan por alto un aspecto de los antecedentes y la personalidad de Lutero. Olvidan que antes de que él ingresara al monasterio, se había distinguido como una de las mentes jóvenes más brillantes de Europa en el campo de la jurisprudencia. Lutero era brillante. No había nada malo con su cerebro. Su comprensión de los puntos sutiles y difíciles de la ley lo hizo destacarse. Algunos lo consideraban un genio del derecho.

Se ha dicho muchas veces que hay una línea delgada entre la genialidad y la locura y que algunas personas se mueven de un lado al otro de esta línea. Quizás ese era el problema de Lutero.

No estaba loco. Era un genio. Tenía una comprensión superior de la ley. Una vez que aplicó su aguda mente legal a la ley de Dios, vio cosas que mucha gente no veía.

Lutero examinó el gran mandamiento: «AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODO TU CORAZÓN, Y CON TODA TU ALMA, Y CON TODA TU FUERZA, Y CON TODA TU MENTE; Y A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO » (Lc 10:27). Y luego se preguntó: «¿Cuál es la gran

transgresión?». Algunos responderían a esta pregunta diciendo que el gran pecado es matar, adulterar, blasfemar o ser incrédulo. Lutero no estuvo de acuerdo. Llegó a la conclusión de que si el gran mandamiento era amar a Dios con todo el corazón, entonces la gran transgresión sería no amar a Dios con todo el corazón. Veía un equilibrio entre las grandes obligaciones y los grandes pecados.

La mayoría de la gente no piensa de esa manera. Ninguno de nosotros guarda el gran mandamiento ni siquiera por cinco minutos. Podemos pensar que lo hacemos de manera superficial, pero tras un momento de reflexión queda claro que no amamos a Dios con todo nuestro corazón, ni con toda nuestra mente, ni con todas nuestras fuerzas. No amamos a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos. Podemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para evitar pensar en esto a un nivel profundo, pero siempre existe esa sensación molesta en nuestras mentes que nos acusa de eso que innegablemente sabemos: que, de hecho, violamos el gran mandamiento todos los días. Al igual que Isaías, también sabemos que nadie más guarda el gran mandamiento. Este es nuestro consuelo: nadie es perfecto. Todos nos quedamos cortos de amar perfectamente a Dios, así que ¿por qué preocuparnos por eso? Eso no lleva a una persona equilibrada al confesionario por seis horas al día. Si Dios castigara a todos los que no cumplen el gran mandamiento, tendría que castigar a todos en el mundo. Tal prueba es demasiado grande, demasiado exigente; no es justa. Dios tendría que juzgarnos a todos con base en el promedio.

Lutero no lo vio así. Entendió que si Dios nos calificara con base en el promedio, tendría que comprometer Su propia santidad. Contar con que Dios haga eso es tanto arrogancia suprema como necedad suprema. Dios no baja Sus propios estándares para adaptarse a nosotros. Él permanece completamente santo, completamente recto y completamente justo. Pero nosotros somos injustos y ahí radica nuestro dilema. La mente legal de Lutero estaba atormentada por la pregunta: ¿Cómo puede una persona injusta sobrevivir en presencia de un Dios justo? Mientras todos los demás se sentían cómodos con el tema, Lutero estaba en agonía: «¿No saben que Dios habita en luz inaccesible? Nosotros, criaturas débiles e impuras, queremos escudriñar y comprender la incomprensible majestad de la impenetrable luz de las maravillas de Dios. Nos acercamos; hasta nos atrevemos a acercarnos. ¡No debe sorprendernos entonces que Su majestad caiga sobre nosotros y nos aplaste!». ¹²

Lutero era lo opuesto al personaje bíblico del joven rico que acudió a Jesús preguntando acerca de su salvación: «Y cierto, hombre prominente, le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué hare para heredar la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo uno, Dios. Tú sabes los mandamientos: “No COMETAS ADULTERIO , NO MATES , NO HURTES , NO DES FALSO TESTIMONIO , HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE ”» (Lc 18:18-20).

A menudo, la gente pasa por alto algo de este conocido encuentro entre Jesús y el joven rico. Y ese algo es lo significativo del saludo del hombre a Jesús. Él lo llamó «Maestro bueno».

Jesús no pasó por alto la importancia de esto. Jesús supo de inmediato que estaba hablando con un hombre que tenía una comprensión superficial del significado de la palabra *bueno*. El hombre quería hablar con Jesús sobre la salvación. En su lugar, Jesús sutilmente llevó la conversación a una discusión sobre lo que era la bondad. Aprovechó la oportunidad para darle al hombre una lección inolvidable sobre el significado de «bueno».

Jesús se centró en el saludo del hombre: «¿Por qué me llamas bueno?». E hizo énfasis en la pregunta con otra calificación: «Nadie es bueno, sino solo uno, Dios». Que suene una alerta roja aquí. Algunas personas, incluso teólogos versados, han tropezado con lo que Jesús dice en este pasaje. Algunos escuchan a Jesús decir en efecto: «¿Por qué me llamas bueno? No soy bueno. Solo Dios es bueno. No soy Dios. No soy bueno».

De ninguna manera Jesús estaba negando Su propia deidad, ni tampoco estaba negando Su propia bondad. Con la comprensión correcta, habría sido perfectamente apropiado para el joven rico llamar a Jesús bueno. Jesús era bueno. Él era la encarnación de lo bueno. Sin embargo, el punto es que el joven rico no estaba consciente de eso. Estaba honrando a Jesús como un gran maestro, pero eso era todo lo que veía en Él. No tenía idea de que estaba hablando con Dios encarnado.

El joven rico obviamente no conocía su Biblia. No había entendido el significado del Salmo 14: «El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, han cometido hechos abominables; no hay quien haga el bien. El SEÑOR ha mirado desde los cielos sobre los hijos de los hombres para

ver si hay alguno que entienda, alguno que busque a Dios. Todos se han desviado, a una se han corrompido; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno» (Sal 14:1-3).

Este salmo es citado y ampliado en el Nuevo Testamento por el apóstol Pablo. El mensaje es inconfundible. Nadie hace el bien, ni siquiera uno. El «ni siquiera uno» borra toda posibilidad de malentendido. La acusación no permite excepciones, salvo para el Hijo de Dios, el único que es bueno.

El espíritu humano se retrae ante una acusación tan universal. Seguramente la Escritura exagera. Conocemos a muchas personas que hacen el bien. Vemos a la gente hacer buenas obras con frecuencia. Reconocemos que nadie es perfecto. Todos nos equivocamos de vez en cuando. Pero hacemos buenas obras de vez en cuando, ¿no es cierto? ¡No! Esta es precisamente la forma en que pensaba el joven rico. Estaba midiendo la bondad con el estándar incorrecto. Estaba evaluando las buenas obras desde un punto de vista externo.

Dios nos ordena hacer ciertas cosas buenas. Él nos ordena dar a los pobres y damos a los pobres. Esa es una buena obra, ¿no es así? Sí y no. Es buena en el sentido de que nuestro acto externo va de acuerdo con lo que Dios manda. En ese sentido, a menudo hacemos el bien. Pero Dios también mira el corazón. Está interesado en nuestras motivaciones más profundas. Para que una buena obra pase el estándar de bondad de Dios, debe fluir de un corazón que ama a Dios perfectamente y también a nuestro prójimo perfectamente. Y como ninguno de nosotros logra amar a Dios y a su prójimo de manera perfecta, todas nuestras

buenas obras externas están manchadas. Llevan la mancha de las imperfecciones de nuestras motivaciones internas. La lógica de la Biblia es esta: como nadie tiene un corazón perfecto, nadie hace una obra perfecta.

La ley de Dios es el espejo de la verdadera justicia. Cuando colocamos nuestras obras ante este espejo, el reflejo nos muestra nuestras imperfecciones. Jesús colocó este espejo ante los ojos del joven rico: «Tú sabes los mandamientos: “NO COMETAS ADULTERIO , NO MATES , NO HURTES...”» (Lc 18:20). Es importante señalar que los mandamientos que Jesús le citó al joven rico son los que pertenecen a la llamada segunda tabla de la ley, los mandamientos que tienen que ver con nuestras responsabilidades hacia los demás seres humanos. Estos son los mandamientos respecto al adulterio, asesinato, robo, etc. En el resumen de Jesús, están notablemente ausentes los primeros mandamientos que se refieren explícitamente a nuestras obligaciones directas para con Dios.

¿Cómo respondió el joven rico? No estaba molesto. Se miró tranquilamente en el espejo y no vio imperfecciones. Él respondió: «Todo esto lo he guardado desde *mi* juventud» (Lc 18:21).

Imagina la arrogancia o la ignorancia de este hombre. Me resulta difícil entender la paciencia de Jesús. Yo no hubiera podido contenerme. Instantáneamente hubiera expresado mi indignación diciendo algo como: «¡Qué! ¿Has guardado los Diez Mandamientos desde que eras niño? No has guardado ni uno de los Diez Mandamientos en los últimos cinco minutos. ¿No escuchaste el Sermón del Monte? ¿No te das cuenta de que, si te enojas injustamente con alguien,

has violado el significado más profundo de la ley contra el asesinato? ¿No sabes que si codicias a una mujer, quebrantas la ley más profunda del adulterio? ¿Nunca codicias? ¿Siempre honras a tus padres? Estás loco o ciego. Tu obediencia ha sido superficial, en el mejor de los casos. Obedeces solo en la superficie».

Así es como yo lo habría manejado. Pero no fue la forma en que Jesús lo manejó. Jesús fue más sutil y más efectivo: «Cuando Jesús oyó esto , le dijo: Te falta todavía una cosa; vende todo lo que tienes y reparte entre los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme» (Lc 18:22).

Si alguna vez Jesús habló con ironía, fue aquí. Si tomamos las palabras de Jesús de manera literal, nos veríamos obligados a concluir que esta conversación tuvo lugar entre los dos hombres más justos de la historia, que fue un diálogo entre el Cordero sin mancha y un cordero con una sola mancha. Me encantaría escuchar a Jesús decir que a mi perfección moral le falta solo una cosa.

Pero sabemos que no es así. Si nos permitimos especular e intentamos entrar en los rincones secretos de la mente de

Jesús, podremos imaginar un proceso de pensamiento como este: «*Oh, has guardado todos los mandamientos desde que eras un niño. Bien, veamos. ¿Cuál es el primer mandamiento? Oh, sí: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". Veamos cómo te va con ese*».

Jesús lo puso a prueba. Si algo en la vida del joven rico estaba primero que Dios, era su dinero. Jesús estableció su desafío precisamente en este punto, en el punto de la obediencia del hombre al mandamiento número uno: «vende todo lo que tienes...».

¿Qué hizo el hombre? ¿Cómo manejó su única mancha? Se fue muy triste, pues era sumamente rico. El hombre fue sometido al examen de los Diez Mandamientos y reprobó apenas en la primera pregunta.

El punto de esta historia no es establecer la ley de que un cristiano debe deshacerse de toda propiedad privada. El punto es que entendamos qué es la obediencia y qué es lo que la bondad realmente requiere. Jesús hizo evidente la falsedad del hombre y el hombre se retiró.



Cuando Jesús se encontró con otro joven siglos después, no tuvo que pasar por una elaborada lección práctica para ayudarlo a comprender su pecado. Nunca le dijo a Lutero: «Te falta *una* cosa». Lutero ya sabía que le faltaba una multitud de cosas. Él era abogado; había estudiado la ley del Antiguo Testamento; él conocía las demandas de un Dios puro y santo, y eso lo estaba volviendo loco.

El genio de Lutero se topó con un dilema legal que no pudo resolver. Parecía que no había solución posible. La pregunta que lo molestaba día y noche era cómo un Dios justo podía aceptar a un hombre injusto. Sabía que su destino eterno dependía de esta respuesta, pero no podía encontrarla. Las mentes inferiores seguían alegremente su camino, disfrutando de la dicha de la ignorancia. Les bastaba con pensar que Dios comprometería Su propia excelencia para dejarlos entrar al cielo. Después de todo, el cielo no sería el lugar maravilloso que se supone que es si ellos eran excluidos de allí. Dios debe calificar con base en el promedio. A fin de cuentas, las personas siempre van a

fallar y Dios es lo suficientemente maduro como para no alarmarse por algunas imperfecciones morales.

Dos cosas separaban a Lutero del resto de los hombres: Primero, él sabía quién era Dios. Segundo, él entendía las demandas de la ley de Dios. Había entendido la ley. Si no hubiera entendido el evangelio, habría muerto en tormento.

Entonces sucedió: la experiencia religiosa suprema de Lutero. No hubo rayos ni tinteros voladores. Tuvo lugar en la quietud, en la soledad de su estudio. La llamada «experiencia de la torre» de Lutero cambió el curso de la historia mundial. Fue una experiencia que implicó una nueva comprensión de Dios, una nueva comprensión de Su justicia divina. Fue un entendimiento de cómo Dios puede ser misericordioso sin comprometer Su justicia. Fue una nueva comprensión de cómo un Dios santo expresa un amor santo:

Con ardiente anhelo ansiaba comprender la epístola de Pablo a los Romanos y solo una expresión me lo impedía: «la justicia de Dios», pues la interpretaba

como aquella justicia por la que Dios es justo y obra justamente al castigar al injusto. Mi situación era que, a pesar de ser un monje intachable, ante Dios era un pecador con la conciencia inquieta y no tenía la confianza de que podría aplacarlo con mis méritos. Por lo tanto, no amaba a un Dios justo y airado, sino que más bien lo odiaba y murmuraba contra Él. Sin embargo, me aferraba al amado Pablo y anhelaba grandemente saber qué quería decir.

Medité noche y día hasta que entendí la conexión entre la justicia de Dios y la afirmación de que «el justo por la fe vivirá». Entonces comprendí que la justicia de Dios es aquella por la cual Dios nos justifica mediante la fe por Su gracia y pura misericordia. Desde entonces, sentí que había nacido de nuevo y como si hubiera entrado al paraíso por puertas abiertas de par en par. Toda la Escritura adquirió un nuevo sentido, y mientras antes la «justicia de Dios» me había llenado de odio, ahora se tornó para mí inefablemente dulce y digna de amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una entrada al cielo...

Si tienes verdadera fe en que Cristo es tu Salvador, entonces ves de inmediato que tienes un Dios misericordioso, pues la fe te guía y abre el corazón y la voluntad de Dios, para que puedas ver Su pura gracia y amor desbordante. Contemplar a Dios por la fe es ver Su corazón paternal y amistoso, en el cual no hay ira ni aspereza. El que ve a Dios como airado no lo ve correctamente, sino que ve solo una cortina, como si una nube oscura se hubiera interpuesto ante Su rostro.

Al igual que Isaías antes que él, Lutero sintió el carbón ardiendo en sus labios. Sabía lo que significaba ser deshecho. Fue destrozado por el espejo de un Dios santo. Más adelante dijo que antes de que pudiera probar el cielo, Dios tuvo que colgarlo primero sobre el foso del infierno. Dios no dejó caer a Su siervo en el foso; le salvó la vida del foso. Él demostró ser un Dios que es a la vez justo y el que

justifica. Cuando Lutero entendió el evangelio por primera vez, las puertas del paraíso se abrieron y él entró.

«El justo por la fe vivirá». Este fue el grito de batalla de la Reforma protestante. La idea de que la justificación es por la fe sola, por los méritos de Cristo solo, era tan central al evangelio que Lutero lo llamó «el artículo sobre el cual la Iglesia se mantiene o cae». Lutero sabía que era el artículo por el cual él se mantendría o caería.

Una vez que Lutero comprendió las enseñanzas de Pablo en Romanos, nació de nuevo. La carga de su culpa fue levantada. El tormento enloquecedor había terminado. Esto significó tanto para aquel hombre que fue capaz de enfrentarse al papa y al concilio, al príncipe y al emperador y, de haber sido necesario, al mundo entero. Había entrado por las puertas del paraíso y nadie lo iba a arrastrar de vuelta. Lutero era un protestante que sabía por lo que protestaba.

¿Estaba loco Lutero? Quizás. Pero si lo estaba, nuestra oración es que Dios envíe a esta tierra una epidemia de tal demencia que nosotros también podamos saborear la justicia que es por la fe sola.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . Cuando te miras en el espejo de la santidad de Dios, ¿qué ves? ¿Qué aprendes sobre ti mismo y sobre Dios?
- 2 . ¿Qué haces con la culpa por tu pecado?
- 3 . ¿Qué significa «el justo por la fe vivirá» para ti?
- 4 . ¿Cómo puedes adorar a Dios por haberte justificado?

Capítulo 6

Justicia santa

*La justicia es considerada como
la más alta de todas las virtudes,
más admirable que la estrella
de la mañana
y que la estrella del crepúsculo.*

Aristóteles

Martín Lutero entendió la gravedad del problema de que personas injustas vivan en la presencia de un Dios justo y santo. Así como Lutero era un monje de monjes, así Pablo era un fariseo de fariseos. Ambos eran hombres brillantes, sumamente preparados. Se decía de Pablo que era el hombre más instruido en Palestina al momento de su conversión. Tenía el equivalente a dos doctorados a la edad de veintiún años. Él también luchó profundamente con la ley y el tema de la justicia de Dios. Lutero el monje y Pablo el

fariseo fueron consumidos por el problema de la justicia santa. Ambos fueron estudiantes de la ley del Antiguo Testamento antes de convertirse en defensores del evangelio.

Cualquiera que lea el Antiguo Testamento debe luchar con la aparente brutalidad del juicio de Dios que se encuentra allí. Muchos no son capaces de leer más allá. Tropiezan con esos pasajes violentos que llamamos «declaraciones duras». Algunas personas las ven como razón suficiente para rechazar el cristianismo sin pensarlo dos veces. Estas declaraciones duras parecen ser razón suficiente para tener por despreciable al Dios del Antiguo Testamento. Otros intentan amortiguar el golpe convirtiendo el Antiguo Testamento en una parábola religiosa o tomando de aquí y de allá, designando los pasajes más brutales como mitos primitivos. Algunos incluso llegan a argumentar que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios diferente al del Nuevo Testamento: un Dios sombrío, con mal genio, una especie de deidad demoníaca cuya ira abrasadora está por debajo de la dignidad del Dios de amor del Nuevo

Testamento.

En este capítulo, quiero mirar al Dios del Antiguo Testamento directamente a los ojos. Quiero observar los pasajes más difíciles y ofensivos que podemos encontrar en el Antiguo Testamento y ver si podemos entenderlos. Examinaremos el juicio rápido y repentino que cayó sobre Nadab y Abiú, los hijos de Aarón; veremos cómo Dios fulminó a Uza por tocar el arca del pacto; miraremos la larga lista de crímenes por los cuales Dios ordenó la pena capital; veremos la matanza de mujeres y niños presuntamente

realizada por orden de Dios. Estás advertido. Este capítulo no es para los impresionables. Miraremos al abismo del Más Temible, si estás dispuesto a seguir leyendo.

Veamos primero a Nadab y Abiú. Estos dos hombres eran sacerdotes, hijos de Aarón, el sumo sacerdote. Dios personalmente había seleccionado a Aarón para ser el primer sumo sacerdote. Junto con Moisés, Aarón había guiado al pueblo de Israel por el desierto. «Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron sus respectivos incensarios, y después de poner fuego en ellos y echar incienso sobre él, ofrecieron delante del SEÑOR fuego extraño, que Él no les había ordenado. Y de la presencia del SEÑOR salió fuego que los consumió, y murieron delante del SEÑOR » (Lv 10:1-2). Si hubo dos hombres en Israel que tuvieron una relación cercana con Dios, esos fueron Moisés y Aarón. Uno podría esperar de Dios un poco de flexibilidad al tratar con los hijos de Aarón, pero no la hubo. Por una sola transgresión en el altar, Dios reaccionó rápida y violentamente, eliminándolos en el acto. No fue que profanaron el altar con prostitutas ni ofrecieron sacrificios humanos como se hacía en el culto a Moloc. Todo lo que Nadab y Abiú hicieron fue ofrecer un «fuego extraño». No sabemos exactamente qué era ese fuego extraño. Parece que lo ocurrido fue simplemente un caso de jóvenes sacerdotes experimentando de manera creativa con la liturgia. Una ofensa censurable, tal vez. Pero ¿con pena de muerte? ¿Sin el beneficio de un juicio? ¿Ejecución sumaria e inmediata?

A lo largo de los años, la gente ha tratado de ofrecer una explicación natural para lo que les sucedió a Nadab y Abiú.

Immanuel Velikovsky, un científico amigo de Albert Einstein, fue una de esas personas.

Velikovsky conmocionó al mundo geológico con su teoría de que los cambios en la superficie de la tierra se produjeron repentinamente a causa de un trastorno catastrófico ocasionado por un planeta o cometa gigante. Este se acercó tanto a la tierra que invirtió los polos magnéticos y la obligó a comenzar a girar en dirección opuesta. Imagina un trompo girando lo más rápido posible. Luego, de repente, se le hace girar en la dirección opuesta. Si hubiera agua dentro del trompo, ¿qué sucedería con ella? Se convertiría en un maremoto en la dirección opuesta.

Parte de la teoría de Velikovsky sugiere que una lluvia de meteoros bombardeó la tierra y que estos contenían grandes cantidades de petróleo. Este llenó las fisuras en la superficie de la tierra y causó la formación de grandes depósitos de petróleo debajo de la tierra. (Considera la región del Medio Oriente, por ejemplo, que es rica en petróleo).

Esta teoría sugiere que Nadab y Abiú encontraron un poco de petróleo por ahí y se preguntaron qué sería eso, y decidieron ver que tal funcionaría si se mezclaba con las sustancias que ardían en el altar. Cuando lo pusieron en el fuego, *ibum!*, se encendió y explotó, matando al instante a los sacerdotes. En una sociedad primitiva, esto sería visto como un acto repentino de juicio por parte de los dioses. En la opinión de Velikovsky, las muertes de Nadab y Abiú fueron accidentales, un trágico caso de niños jugando con fuego desconocido.

La Biblia entiende esta historia de manera diferente. En ella se registra el evento como un juicio sobrenatural de Dios. Pudo haber sido realizado por medios naturales, pero está claro que la muerte de Nadab y Abiú no fue un accidente. Debe ser atribuida a la ira y al juicio de Dios.

¿Cómo vio Aarón este evento? Supongo que estaba enojado y dolido. Fue una calamidad para Aarón y para el resto de su familia. Él había dedicado toda su vida al servicio de Dios. Sus hijos estaban siguiendo sus pasos. Aún podía recordar el día de su consagración y el orgullo que sintió cuando ellos fueron apartados para el sacerdocio. Era un asunto familiar. ¿Qué agradecimiento recibió del Dios al que servía? Dios ejecutó de forma sumaria a sus hijos por lo que parecía ser una infracción menor de las reglas del altar.

Aarón fue de prisa donde Moisés para contarle lo sucedido. Era como si Aarón estuviera diciendo: «Dios, ya fue suficiente, te voy a acusar. Le voy a decir a Moisés. Tendrás que vértelas con nosotros dos». De esta manera, Aarón acudió a Moisés y presentó su caso: «Entonces Moisés dijo a Aarón: *Esto es lo que el SEÑOR habló, diciendo:*

“Como santo seré tratado por los que se acercan a mí, y en presencia de todo el pueblo seré honrado”» (Lv 10:3).

Moisés le dio a Aarón la respuesta del Señor. Le recordó la consagración original de los sacerdotes. Habían sido apartados para una labor sagrada y se les habían encomendado solemnemente los requisitos precisos de su oficio. Tenían el privilegio de ministrar ante un Dios santo. Cada utensilio del tabernáculo fue hecho según especificaciones precisas y cada artículo fue santificado con medidas elaboradas ordenadas por Dios. No había

ambigüedad en estos mandatos. Con respecto al altar del incienso, Aarón y sus hijos fueron instruidos específicamente en los procedimientos apropiados. Dios había dicho: «No ofreceréis incienso extraño en este altar, ni holocausto ni ofrenda de cereal; tampoco derramaréis libación sobre él. Aarón hará expiación sobre los cuernos del altar una vez al año; hará expiación sobre él con la sangre de la ofrenda de expiación por el pecado, una vez al año por todas vuestras generaciones; santísimo es al SEÑOR » (Ex 30:9-10).

Las instrucciones habían sido claras; el altar del incienso había sido declarado «santísimo» por Dios. Cuando Nadab y Abiú ofrecieron fuego extraño o no autorizado en el altar, claramente estaban desafiando a Dios. El de ellos fue un acto de rebelión flagrante, una profanación inexcusable del lugar santo. Cometieron un pecado de arrogancia, un acto de traición contra Dios: profanaron un Lugar Santísimo.

El juicio de Dios fue rápido. Su explicación a Moisés fue clara: «Como santo seré tratado por los que se acercan a Mí, y en presencia de todo el pueblo seré honrado». Estas no fueron palabras de profecía o de predicción futura. Cuando Dios dijo: «Seré tratado», lo dijo como un mandato divino, uno que nadie se atreva a contradecir.

La culminación de este episodio se encuentra en la última oración de Levítico 10:3: «Y Aarón guardó silencio».

¿Qué más podría hacer Aarón? El debate había terminado. La evidencia había sido presentada y Dios había emitido Su veredicto. A los hijos de Aarón se les había prohibido explícitamente ofrecer tal fuego. Cometieron un acto de desobediencia y Dios había dictado la sentencia de

Su justicia en contra de ellos. Entonces Aarón guardó silencio. Calló. No se le ocurrió ninguna excusa que ofrecer, ninguna protesta que levantar. Como sucederá con los pecadores en el juicio final, su boca se cerró.

Este es un ejemplo de la justicia punitiva de Dios, la justicia con la que castiga al culpable. ¿Es este castigo cruel e inusual? ¿En verdad va más allá de los límites de la justicia y raya con la injusticia?

Integrado en nuestro concepto de justicia está la idea de que el castigo debe ser proporcional al crimen. Si el castigo es más severo que el crimen, se comete una injusticia. La Biblia deja claro que Nadab y Abiú no podían alegar ignorancia como excusa por su pecado. Dios les había dejado claras Sus instrucciones. Sabían que no se les permitía ofrecer fuego no autorizado sobre el altar. Para nosotros es fácil ver que ellos pecaron. Pero ellos nunca imaginaron que su pecado sería tan grave que llevaría a Dios a ejecutarlos en el acto. Aquí tenemos ante nosotros un ejemplo a todas luces de dureza por parte de Dios, de un castigo demasiado cruel e inusual para el crimen. Tal

medida de castigo no solo nos desconcierta, sino que también nos deja perplejos.

¿Cómo reconciliamos esta narración con lo que Génesis enseña antes sobre el carácter de la justicia de Dios? Génesis afirma que el Juez de toda la tierra *hará justicia* (Gn 18:25). El supuesto básico de Israel es que los juicios de Dios siempre son conformes a la justicia. Su justicia nunca es injusta, nunca es caprichosa, nunca es tiránica. Es imposible que Dios sea injusto porque Su justicia es santa.



Si nos resulta incómoda la historia de Nadab y Abiú, nos será aún más difícil la historia de Uza. Cuando David ascendió al trono de Israel, actuó rápidamente para consolidar su reino. Se reunió con sus oficiales y comandantes militares y decidió sacar el elemento más sagrado de Israel, el arca de Dios, de su «retiro» y ponerlo de vuelta en un lugar central. El arca había sido capturada por los filisteos; y se dijo que en ese fatídico día, la gloria se había ido de Israel. Cuando capturaron el arca sagrada, robaron el mayor tesoro de Israel y lo llevaron al templo pagano de Dagón. Cuando fue devuelta, fue colocada bajo custodia a la espera del momento apropiado para su restauración pública a una posición de preeminencia en medio de la nación. La hora finalmente había llegado y David quería que la gloria regresara. Él dijo: «Traigamos a nuestro lado el arca de nuestro Dios, porque no la consultamos en los días de Saúl. Toda la asamblea dijo que así lo harían, porque esto pareció bien a todo el pueblo» (1 Cr 13:3-4).

El arca era el punto de convergencia de la nación. Era el trono de Dios, el asiento sagrado del Altísimo. Había sido construida y ornamentada por el estricto diseño de Dios mismo. Debía permanecer en el *sanctus sanctorum*, el lugar santísimo. El arca era un cofre de madera de acacia, revestido de oro por dentro y por fuera. Tenía una moldura de oro a su alrededor. En sus esquinas tenía cuatro argollas de oro a través de las cuales se insertaban varas para poder transportarlo. Estas varas también estaban hechas de madera de acacia y revestidas de oro.

La tapa del cofre se llamaba «propiciatorio». También estaba hecha de oro puro. Dos querubines hechos de oro labrado a martillo estaban montados en los extremos del cofre, uno frente al otro, con sus alas extendidas hacia arriba. Este era el objeto sagrado que David ordenó que regresara a Jerusalén.

Y llevaron el arca de Dios de la casa de Abinadab en un carro nuevo, y Uza y Ahío guiaban el carro. David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas *sus* fuerzas, con cánticos y liras, con arpas, panderos, con címbalos y trompetas.

Pero cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano para sostener el arca, porque los bueyes casi *la* volcaban. Y se encendió la ira del SEÑOR contra Uza, y lo hirió porque había extendido su mano al arca; y allí murió delante de Dios. Entonces David se enojó porque el SEÑOR había estallado en ira contra Uza; y llamó aquel lugar Pérez-uza hasta el día de hoy (1 Cr 13:7-11).

Si Dios hizo enojar a David con este violento estallido de ira, ¿cuánta más inquietud causará en un lector que no sea experto en teología? David era un hombre conforme al corazón de Dios. No solo era un rey magistral, un músico consumado y un guerrero campeón, sino que también era un destacado teólogo.

Incluso más que en el caso de Nadab y Abiú, la ejecución de Uza suscita la protesta de aquellos lectores a quienes se les ha enseñado que Dios es un Dios de amor y bondad. La

Biblia dice que Dios es paciente y lento para la ira. Ciertamente no tomó mucho tiempo para que Su ira alcanzara el punto de ebullición con Uza. Uza tocó el arca, y *ibum!* Dios explotó en furia.

De nuevo, se ha tratado de suavizar la dureza de este relato buscando una explicación natural para la muerte de Uza. Se ha sugerido que Uza tenía tanto respeto por el arca sagrada que cuando la tocó, se sintió tan profundamente aterrado que sufrió un ataque al corazón y murió en el acto. Literalmente se murió del susto. Esta explicación absuelve a Dios de cualquier responsabilidad en el asunto. La interpretación del escritor bíblico es simplemente un ejemplo de la superstición primitiva que vemos difundida por todo el Antiguo Testamento.

Las personas buscan tales explicaciones no solo porque nuestra cultura tiene una alergia incurable a todo lo sobrenatural, sino también porque el relato ofende nuestro sentido de justicia. Mira de nuevo lo que sucedió. Estaban transportando el arca en una carreta llevada por bueyes hacia Jerusalén. Era un día gozoso de celebración nacional.

La gloria retornaba a la ciudad santa. Los caminos estaban abarrotados de gente. El desfile de gala marchaba al son de arpas, liras, panderos, platillos y trompetas. Imagina el espectáculo: era como un desfile con setenta y seis trombones. La gente bailaba en las calles.

De repente, los bueyes tropiezan y el carro se tambalea de forma precaria. El cofre se deslizó de sus amarres y estaba en peligro de caer en la tierra y llenarse de lodo. Era impensable que este precioso objeto se profanara cayendo en la tierra.

Es verdad que la reacción de Uza fue instintiva. Hizo lo que cualquier judío piadoso habría hecho para evitar que el arca cayera en el lodo. Extendió su mano para estabilizar el arca, para proteger el objeto sagrado de la caída. No fue un acto premeditado de desafío contra Dios. Fue un reflejo. Desde nuestro punto de vista, parece más bien un acto de heroísmo. Creemos que Uza debería haber escuchado la voz de Dios desde el cielo diciendo: «¡Gracias, Uza!».

Pero Dios no hizo eso.

En cambio, aniquiló a Uza en el acto. Otra ejecución sumaria.

¿Cuál fue el pecado de Uza? Para responder esto, debemos mirar hacia atrás en la historia judía del establecimiento del sacerdocio y los mandamientos especiales que Dios había dado. Para ser sacerdote en Israel, uno tenía que ser de la tribu de Leví. Todos los sacerdotes eran levitas, pero no todos los levitas eran sacerdotes. Una rama familiar especial de los levitas era el clan de los coatitas. Como su nombre lo indica, estos eran los descendientes de Coat. Los coatitas fueron consagrados por Dios para una tarea altamente especializada. Fueron entrenados para un trabajo fundamental, cuidar los artículos sagrados del tabernáculo: «Este será el servicio de los descendientes de Coat en la tienda de reunión, *con relación* a las cosas más sagradas» (Nm 4:4).

Es importante recordar que el tabernáculo era una tienda. Era portátil. Cuando las tribus de Israel se mudaban, transportaban el tabernáculo de modo que Dios permaneciera en medio de ellos. Cuando se transportaba el tabernáculo, primero era necesario cubrir y proteger los

objetos sagrados. Leemos: «Cuando Aarón y sus hijos hayan terminado de cubrir los *objetos* sagrados y todos los utensilios del santuario, cuando el campamento esté para trasladarse, vendrán después los hijos de Coat para transportarlos , *pero que no toquen los objetos sagrados pues morirían* . Estas son las cosas que transportarán los hijos de Coat en la tienda de reunión» (Nm 4:15, énfasis añadido).

Para reforzar este mandamiento, Dios añade otras provisiones y estipulaciones:

Después el SEÑOR habló a Moisés y a Aarón, diciendo: No permitáis que la tribu de las familias de los coatitas sea cortada de entre los levitas. Esto haréis con ellos para que vivan y no perezcan cuando se acerquen a los *objetos* santísimos: Aarón y sus hijos entrarán y señalarán a cada uno de ellos su trabajo y su carga; pero no entrarán, ni por un momento, a ver los *objetos* sagrados, para que no mueran (Nm 4:17-20).

Es probable que Uza fuera un coatita. Sabía exactamente cuáles eran sus deberes. Había sido entrenado cuidadosamente en la disciplina de su vocación. Él entendía que Dios había declarado que tocar el arca del pacto era una ofensa capital. Ningún coatita, bajo ninguna circunstancia, tenía permitido tocar el arca. Ninguna emergencia justificaba romper esa orden inviolable. La

estructura elaborada del arca, con todo y sus argollas de oro a través de las cuales se insertaban largas varas, fue creada

así para dejar claro que el arca misma no debía ser tocada. Los hombres encargados de mover el arca solo podían tocar las varas y las argollas. Por tanto, la tarea de los coatitas era transportar el arca por medio de estas largas varas. Ninguna norma se había establecido para acelerar el procedimiento al transportar el arca en una carreta llevada por bueyes.

Debemos hacernos la pregunta: en primer lugar, ¿qué hacía el arca en una carreta de bueyes? Dios fue tan estricto respecto a las cosas sagradas del tabernáculo que a los coatitas ni siquiera se les permitía mirar el arca. Eso también era un crimen capital. Dios había decretado que si un coatita apenas miraba el arca en el lugar santísimo por un instante, moriría. Uza no solo tenía prohibido tocar el arca, sino que incluso tenía prohibido mirarla.

Pero de todos modos la tocó. Extendió la mano y la puso directamente sobre el arca, manteniéndola en su lugar para que no cayera al suelo. ¿Un acto de heroísmo sagrado? ¡No! Fue un acto de arrogancia, un pecado de presunción. Uza asumió que su mano estaba menos contaminada que la tierra. Pero no era el suelo o el lodo lo que podía profanar el arca; era el toque del hombre. La tierra es una criatura obediente. Hace lo que Dios le dice que haga. Da fruto a su tiempo. Obedece las leyes de la naturaleza que Dios ha establecido. Cuando la temperatura baja a cierto punto, el suelo se congela. Cuando se echa agua al polvo, se convierte en lodo, tal como Dios lo diseñó. La tierra no comete traición cósmica. El suelo no tiene ninguna contaminación.

Dios no quería que Su trono santo fuera tocado por alguien contaminado por el mal, alguien en rebeldía contra Él, alguien que con su rebelión impía había arruinado toda la creación y causado que la tierra, el cielo y las aguas del mar gimieran a una con dolores de parto, esperando el día de la redención. El hombre, era el toque del hombre lo que estaba prohibido.

Uza no era un hombre inocente. No fue castigado sin ser advertido. No fue castigado sin violar una ley. No hubo capricho en este acto de juicio divino. No hubo nada arbitrario o antojadizo en lo que Dios hizo en ese momento. Pero sí tuvo algo inusual. Lo repentino y terminante de la ejecución nos toma por sorpresa y al mismo tiempo nos impacta y nos ofende.



Hay una razón por la que nos ofendemos, y aún más, nos enojamos por las historias de Uza y de Nadab y Abiú. Encontramos estas cosas difíciles de asimilar porque no entendemos cuatro conceptos bíblicos de vital importancia: *santidad, justicia, pecado y gracia*. No entendemos lo que significa ser santo. No comprendemos qué es la justicia. No entendemos qué es el pecado. No comprendemos qué es la gracia.

La historia de Uza es un ejemplo de justicia divina. No es un ejemplo de misericordia divina. Pero no podemos comenzar a entender la misericordia divina hasta que no tengamos cierta comprensión de la justicia divina.

Cuando la Biblia habla de la justicia de Dios, generalmente la vincula con la rectitud divina. La justicia de Dios es conforme a la rectitud. No existe la justicia conforme

a la injusticia. No existe tal cosa como justicia malvada en Dios. La justicia de Dios es por siempre y para siempre una expresión de Su carácter santo.

La palabra *justicia* en la Biblia se refiere a conformidad con una regla o norma. Dios juega según las reglas. La norma suprema de justicia es Su propio carácter santo. Su justicia es de dos tipos. Distinguimos la justicia interna de Dios de Su justicia externa. Lo que Dios *hace* siempre es consistente con lo que Dios es. Él siempre actúa de acuerdo con Su carácter santo. La justicia interna de Dios es la excelencia moral de Su carácter. Está arraigada en Su pureza absoluta. No hay en Él «sombra de variación».

Siendo un Dios santo, es completamente incapaz de producir un acto no santo. Solo los seres no santos, o impíos, cometen actos injustos y carentes de rectitud.

Dios es consistente, «derecho». La injusticia humana a menudo se describe en términos de que no somos derechos, sino torcidos. Cuando se dice que una persona es torcida, significa que no obra con rectitud. Dios es recto. Su rectitud se ve en Su comportamiento externo, Su justicia

externa. En toda la eternidad, Dios nunca ha hecho nada torcido. Mató a Nadab y Abiú, mató a Uza e hizo lo mismo con Ananías y Safira en el Nuevo Testamento. Todos estos fueron actos justos de juicio.

La Biblia enseña claramente que Dios es el Juez Supremo del universo. La pregunta que nos hacemos después de leer acerca de Uza es esta: ¿está Dios calificado para el puesto? Para actuar como Juez Supremo del cielo y de la tierra, Él debe ser justo. Si el Juez Supremo es injusto, no tenemos ninguna esperanza de que la justicia prevalezca. Sabemos

que los jueces terrenales pueden ser corruptos. Aceptan sobornos; muestran parcialidad; a veces actúan por ignorancia. Ellos cometen errores.

No es así con Dios. En Él no hay corrupción. Nadie puede sobornarlo. Se rehúsa a mostrar parcialidad. No muestra favoritismo (Hch 10:34). Él nunca actúa por ignorancia; Él no comete errores. En este mundo podemos exigir la destitución de un presidente, pero solo un tonto pediría que destituyan a Dios.

El patriarca Abraham luchó con la pregunta de la justicia de Dios. Dios anunció que iba a destruir a Sodoma y a Gomorra. Planeaba aniquilar las ciudades totalmente: hombres, mujeres y niños. Abraham estaba perturbado por esto, preocupado porque en esa visita de la ira divina sobre las ciudades, los inocentes perecerían junto con los culpables. Si Dios eliminaba las ciudades en un acto de juicio, Abraham temía que el juicio fuera indiscriminado, como el maestro que castiga a toda la clase por los pecados de un solo alumno:

Y Abraham se acercó, y dijo: ¿En verdad destruirás al justo junto con el impío? Tal vez haya cincuenta justos dentro de la ciudad; ¿en verdad *la* destruirás y no perdonarás el lugar por amor a los cincuenta justos que hay en ella? Lejos de ti hacer tal cosa: matar al justo con el impío, de modo que el justo y el impío sean *tratados* de la misma manera. ¡Lejos de ti! El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia? (Gn 18:23-25).

«El Juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?». Nunca se ha hecho una pregunta más retórica que esa. Abraham asumió que cualquier posibilidad de matar a los justos junto con los impíos estaba muy lejos de Dios. «¡Lejos de ti!». Abraham no tenía idea de cuán lejos estaba Dios de ese acto. Nunca existió ni la más remota posibilidad de que Dios matara a personas inocentes junto con las culpables. Para que Dios hiciera eso, tendría que dejar de ser santo. Tendría que dejar de ser Dios.

Dios estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Abraham. Le dijo que perdonaría a toda la ciudad si Abraham podía encontrar cuarenta y cinco personas justas en ella. La perdonaría por amor a treinta, por amor a diez. La tarea de Abraham se facilitó en un 80 por ciento. Todo lo que tenía que hacer era encontrar diez personas justas y Dios perdonaría a toda la ciudad. La implicación del texto es que Dios la habría perdonado por *una* persona si Abraham hubiera podido hallarla. ¿Qué pasó con Sodoma y Gomorra? «Y Abraham se levantó muy de mañana, y fue al sitio donde había estado delante del SEÑOR ; y dirigió la vista hacia Sodoma y Gomorra y hacia toda la tierra del valle y miró; y he aquí, el humo ascendía de la tierra como el humo de un horno» (Gn 19:27-28).

El Juez del cielo y la tierra hizo lo recto. Ni un solo inocente fue castigado. La justicia de Dios nunca está divorciada de Su rectitud. Él nunca condena al inocente. Nunca absuelve al culpable. Nunca castiga con excesiva severidad. Nunca deja de recompensar la rectitud. Su justicia es justicia perfecta.

Dios no siempre actúa con justicia. A veces actúa con misericordia. La misericordia no es justicia, pero tampoco es injusticia. La injusticia viola la rectitud. La misericordia manifiesta bondad y gracia y no violenta la rectitud. Podemos ver *no justicia* en Dios, que es *misericordia*, pero nunca vemos *injusticia* en Él.

De nuevo preguntamos: ¿y qué de la diferencia obvia entre el tono del Nuevo Testamento y el del Antiguo? El Antiguo Testamento parece mostrar a Dios siendo más duro que en el Nuevo. Considera el tema de la pena capital en el Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento registra numerosos crímenes que se castigan con la muerte, incluyendo los siguientes:

golpear o maldecir a los padres	prácticas homosexuales
profanar sacrificios y ofrendas	incesto
asesinato	bestialismo
secuestro	prostitución de vírgenes
idolatría	violación
sacrificio de niños	practicar la falsa profecía
blasfemia	divorcio legal
negarse a obedecer el veredicto de un sacerdote o juez	
violar las leyes sabáticas	
dar falso testimonio en un caso capital	
practicar la hechicería	
consultar médiums y magos	

Esta es una lista parcial de los crímenes del Antiguo Testamento que exigían la pena de muerte. Comparada con el tono del Nuevo Testamento, esta lista parece dura.

Hace unos años, la revista *Time* informó sobre un incidente que tuvo lugar en el estado de Maryland. Un camionero fue arrestado por embriaguez y alteración del orden público. Cuando los agentes de policía llegaron al lugar para arrestar al hombre, este empezó a decir groserías. Empezó a vociferar utilizando lenguaje soez, insultando a los oficiales de todas las formas que se le ocurrían. La policía estaba enfurecida por su abuso verbal. Cuando el hombre fue llevado ante el magistrado, seguía con sus palabrotas. La pena máxima que el magistrado podía imponer por su estado de embriaguez y alteración del orden público era una multa de cien dólares y treinta días de cárcel.

El magistrado se enojó tanto que quiso castigarlo con «todo el rigor de la ley». Encontró una ley anticuada que todavía estaba en los registros del estado de Maryland. Estaba en desuso, pero nunca había sido derogada. Ese

estatuto prohibía la blasfemia pública.

Como el hombre había profanado y blasfemado públicamente el nombre de Dios como parte del abuso verbal que profirió contra la policía, el magistrado agregó otra multa de cien dólares y otros treinta días en la cárcel.

El editor de noticias de la revista *Time* reportó este incidente con un espíritu de indignación moral. Su queja no era que las penas por blasfemia involucraran una violación de la separación entre la Iglesia y el Estado. Su indignación se basaba en el hecho de que meter a un hombre en la

cárcel durante sesenta días y multarlo con doscientos dólares era un grave error judicial. Tal penalización era demasiado severa. Era cruel e inusual.

Evidentemente, el editor de noticias no estaba molesto por las sanciones impuestas por embriaguez y alteración del orden público. Lo que no podía tolerar era el castigo por la blasfemia. Esto contrasta fuertemente con el código legal que Dios estableció en Israel. El camionero debería estar agradecido de que no fue arrestado por Aarón. En el Antiguo Testamento, el mejor abogado de Israel no habría podido lograr para su cliente una multa de cien dólares por blasfemia pública. La pregunta que enfrentamos es: ¿Qué es peor, alterar el orden público por embriaguez o insultar públicamente la dignidad de un Dios santo? El editor de noticias dio su respuesta. Dios dio una diferente. Si las leyes del Antiguo Testamento estuvieran vigentes hoy, los ejecutivos de todos los canales de televisión habrían sido ejecutados desde hace mucho tiempo.



No podemos negar que el Nuevo Testamento parece reducir el número de delitos capitales. En comparación, el Antiguo Testamento parece radicalmente severo. Sin embargo, lo que olvidamos es que la lista del Antiguo Testamento representa una reducción masiva de los delitos capitales de la lista original. El código del Antiguo Testamento representa un ejercicio máximo de paciencia y contención divinas. La ley del Antiguo Testamento manifiesta una gracia asombrosa.

¿Una gracia asombrosa? Lo diré de nuevo: La lista de

reducción masiva de la lista original. Es una asombrosa demostración de gracia. El registro del Antiguo Testamento es en general un registro de la gracia de Dios.

¿Cómo es eso? Para darle sentido a mis extrañas palabras, debemos volver al principio, a las reglas originales del universo. ¿Cuál fue la pena por el pecado en el orden creado original? «El alma que peque, esa morirá» (Ez 18:4). En la creación, todo pecado es considerado digno de muerte. Todo pecado es una ofensa capital.

En la creación, Dios no está obligado a darnos el regalo de la vida. No está en deuda con nosotros. El don de la vida es por Su gracia y está bajo Su autoridad divina. La tarea asignada a la humanidad en la creación es dar testimonio de la santidad de Dios, ser portadores de Su imagen. Fuimos creados para mostrar y reflejar la santidad de Dios. Fuimos creados para ser Sus embajadores.

Dios puso a Adán y Eva bajo libertad condicional y dijo: «Si pecas, morirás». El pecado produce la pérdida del don de la vida. El derecho a la vida se pierde por causa del pecado. Una vez que las personas pecan, pierden cualquier derecho a la existencia humana ante Dios. Ahora la gran pregunta: ¿cuándo se aplicaría el castigo por el pecado en la creación? ¿Acaso la pena fue: «Si pecas, algún día morirás»? ¡No! Dios declaró llanamente cuál sería el castigo por el pecado: «El día que de él comas, ciertamente morirás» (Gn 2:17).

En la creación, la pena por el pecado no solo era muerte, sino muerte instantánea. Muerte ese mismo día: una muerte tan rápida como la que cayó sobre Nadab y Abiú; una muerte tan repentina como la que eliminó a Uza; una

muerte tan rápida como la de sobrevino a Ananías y Safira. «El día que peques, ciertamente morirás».

Muchos comentaristas han tratado de suavizar la advertencia divina interpretando la «muerte» de Génesis 2 como una especie de muerte espiritual. Eso no es lo que dice el texto. La pena de muerte de la que Dios advirtió era muerte real, muerte en el pleno sentido de la palabra. Ciertamente, Adán y Eva sufrieron la muerte espiritual ese mismo día, pero Dios tuvo misericordia en términos del alcance completo de la pena. Hay un dicho que dice: «justicia retrasada es justicia denegada». No siempre. En el caso de la creación y la caída de la humanidad, el alcance completo de la justicia fue retrasado para que la gracia tuviera tiempo de operar. Aquí la demora de la justicia no fue la negación de la justicia, sino el establecimiento de la misericordia y la gracia.

Sin embargo, la pena de muerte fue impuesta y todavía sigue impuesta. Todas las personas mueren. Podemos vivir hasta los setenta años y luego morir. Pero moriremos, porque todos estamos bajo pena de muerte por el pecado.

Todos estamos en el corredor de la muerte en espera de nuestra ejecución. El mayor asesino en masa de todos los tiempos no fue Adolfo Hitler ni José Stalin. El mayor asesino en masa es la naturaleza. Todos somos víctimas de la naturaleza, que no opera independientemente de Dios. La naturaleza es simplemente el vengador de un Dios santo.

¿Fue injusto que Dios les dijera a Adán y Eva que morirían cuando ellos pecaran? Piénsalo. ¿Fue malvado de parte de Dios imponer la pena de muerte por todo pecado? Si dices que sí, ten cuidado. Si dices que sí, lo haces como

una expresión de esa misma naturaleza caída y pecaminosa que te pone en primera fila para la pena de muerte. Si dices que sí, calumnias el carácter de Dios. Si dices que sí, violentas Su santidad. Si dices que sí, arremetes contra el Juez justo de toda la tierra. Si dices que sí, nunca has entendido lo que es el pecado. No debemos decir que sí. Debemos decir que no y decirlo con toda convicción.

¿Es injusta la pena de muerte por el pecado? De ninguna manera. Recuerda que Dios nos creó voluntariamente. Nos dio el altísimo privilegio de ser portadores de Su imagen. Nos hizo un poco menores que los ángeles. Libremente nos dio dominio sobre toda la tierra. No somos tortugas, no somos luciérnagas, no somos orugas ni coyotes. Somos personas. Somos los portadores de la imagen del santo y majestuoso Rey del cosmos.

No hemos usado el regalo de la vida para lo que Dios quería.

La vida en este planeta se ha convertido en el escenario en el que diariamente llevamos a cabo el acto de traición cósmica. Nuestro crimen es mucho más grave, mucho más

destrutivo que el de Benedict Arnold, el general americano que desertó para unirse a los británicos durante la guerra por la independencia norteamericana. Ningún traidor al rey o a nación alguna ni siquiera se ha acercado a la maldad de nuestra traición contra Dios.

El pecado es una traición cósmica. El pecado es una traición contra un Soberano que es perfectamente puro. Es un acto de suprema ingratitud hacia Aquel a quien le debemos todo, hacia Aquel que nos ha dado la vida misma. ¿Alguna vez has considerado las implicaciones más

profundas del más mínimo pecado, de la falta más insignificante? ¿Qué le estamos diciendo a nuestro Creador cuando lo desobedecemos en el más mínimo punto? Le

estamos diciendo no a la justicia de Dios. Estamos diciendo: «Dios, Tu ley no es buena. Mi juicio es mejor que el tuyo. Tu autoridad no se aplica a mí. Estoy fuera de Tu jurisdicción. Tengo derecho a hacer lo que quiera hacer, no lo que Tú me mandas hacer».

El más mínimo pecado es un acto de desafío a la autoridad cósmica. Es un acto de subversión, un acto rebelde en el que nos oponemos a Aquel a quien le debemos todo. Es un insulto a Su santidad. Nos convertimos en falsos testigos de Dios. Cuando pecamos siendo portadores de la imagen de Dios, estamos diciendo a toda la creación, a toda la naturaleza bajo nuestro dominio, a las aves del cielo y a las bestias del campo: «Así es Dios. Así es como se comporta tu Creador. Mira en este espejo; míranos y verás el carácter del Todopoderoso». Decimos al mundo: «Dios es codicioso; Dios es despiadado; Dios es amargado; Dios es un asesino, un ladrón, un calumniador, un adúltero.

Dios es todas estas cosas que estamos haciendo».

El pecado lleva a la gente a confabulaciones necias. Es la máxima conspiración. Queremos la corona y tramamos contra el trono, diciéndole en efecto a Dios: «No dejaremos que nos gobierne». El salmista lo expresó de esta manera: «¿Por qué se sublevan las naciones, y los pueblos traman cosas vanas? Se levantan los reyes de la tierra, y los gobernantes traman unidos contra el SEÑOR y contra su

diciendo

Unido. ¡Rompan sus cadenas y echemos de

Cuando pecamos, no solo traicionamos a Dios, sino que también nos lleva a violentarnos unos con otros. El pecado profana a las personas. No hay nada abstracto al respecto.

Con mi pecado lastimo a otros seres humanos, hago daño a su persona, los despojo de sus bienes, daño su reputación, les robo una preciosa calidad de vida, destruyo sus sueños y aspiración de felicidad. Cuando deshonor a Dios, deshonor a todas las personas que llevan Su imagen. ¿Es de extrañar, entonces, que Dios tome el pecado tan en serio?

Hans Küng, el controvertido teólogo católico romano, escribiendo sobre los juicios aparentemente duros que Dios ejecuta contra el pecado en el Antiguo Testamento, dice que el aspecto más enigmático del misterio del pecado no es que el pecador merezca morir, sino más bien que el pecador en tal situación continúe existiendo.

Küng hace la pregunta correcta. El punto no es por qué Dios castiga el pecado, sino por qué permite la continua rebelión humana. ¿Qué príncipe, qué rey, qué gobernante mostraría tanta paciencia con una población que se le rebela continuamente?

La clave de la observación de Küng es que los pecadores continúen con vida en circunstancias promedio. Es decir, lo usual o habitual es que Dios es tolerante. Él es en verdad muy clemente, paciente y lento para la ira. De hecho, es tan lento para la ira que cuando Su ira estalla, nos sorprende y nos ofende. Olvidamos bastante rápido que la paciencia de Dios tiene por objeto llevarnos al arrepentimiento, darnos tiempo, a fin de que seamos redimidos. En lugar de aprovechar esta paciencia y venir humildemente ante Él para que nos perdone, usamos esta gracia como una

oportunidad para ser más atrevidos en nuestro pecado. Nos engañamos a nosotros mismos pensando que a Dios no le importa o que carece del poder para castigarnos.

La locura suprema es creer que nos saldremos con la nuestra en nuestra rebelión.

Lejos de ser la historia de un Dios severo, el Antiguo Testamento es el registro de un Dios paciente al extremo. El Antiguo Testamento es la historia de un pueblo que persiste en su obstinación y que se rebela una y otra vez contra Dios. El pueblo fue esclavizado en una tierra extranjera. Clamaron a Dios. Dios escuchó sus gemidos y fue movido a redimirlos. Abrió el mar Rojo para liberarlos de la esclavitud y ellos respondieron adorando un becerro de oro.

Todavía nos queda tratar el incómodo tema de la conquista de Canaán. Allí Dios ordenó explícitamente la matanza de hombres, mujeres y niños. La tierra prometida fue entregada a Israel por medio de una espada ensangrentada, una espada bañada en la sangre de niños y mujeres. Dios dio directamente la orden para la masacre:

Cuando el SEÑOR tu Dios te haya introducido en la tierra donde vas a entrar para poseerla y haya echado de delante de ti a muchas naciones: los hititas, los gergeseos, los amorreos, los cananeos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos, siete naciones más grandes y más poderosas que tú, y cuando el SEÑOR tu Dios los haya entregado delante de ti, y los hayas derrotado, los destruirás por completo. No harás alianza con ellos

ni te apiadarás de ellos (Dt 7:1-2).

¿Por qué dio Dios tal orden? ¿Cómo pudo haber ordenado la matanza de mujeres y niños? Nuevamente encontramos intentos modernos de suavizar tal evento. El currículo para estudiantes de secundaria preparado por una importante denominación eclesial en los Estados Unidos explica que, a la luz de la revelación del amor de Dios en el Nuevo Testamento, sabemos que Dios nunca emitió un mandato tan agresivo. El Antiguo Testamento es simplemente el registro de un grupo primitivo de hebreos belicosos que intentaba justificar políticas despiadadas atribuyéndolas a una sanción divina.

Los escritores del plan de estudios no creían que Dios hubiera emitido jamás esa orden. Debía entenderse como un caso de intrusión de mitología en el registro bíblico. Tales interpretaciones pasan por alto algunos aspectos vitales del tema. Primero, hay un precedente histórico que es mucho más severo que la conquista de Canaán: el diluvio. En el diluvio, Dios destruyó a toda la población del mundo, excepto a Noé y su familia. El diluvio fue una «conquista de Canaán» a gran escala. Más importante aún es la falta de comprensión de la naturaleza del pecado. La suposición de esos comentaristas es que Dios eliminó a personas inocentes en Canaán. De la multitud de mujeres y niños que vivían en Canaán, ninguno era inocente. La conquista de Canaán era una manifestación explícita del justo juicio de Dios sobre una nación malvada. Él le dejó claro ese punto a Israel. También le dejó claro al pueblo de Israel que ellos tampoco eran inocentes. No fue que Dios destruyó a un pueblo malvado por el bien de un pueblo justo. Para los cananeos Dios derramó justicia. Para los judíos Dios

derramó misericordia. Él se apresuró a recordarles esto a los judíos:

No digas en tu corazón cuando el SEÑOR tu Dios los haya echado de delante de ti: «Por mi justicia el Señor me ha hecho entrar para poseer esta tierra», sino *que* es a causa de la maldad de estas naciones *que* el SEÑOR las expulsa de delante de ti. No es por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón que vas a poseer su tierra, sino que por la maldad de estas naciones el SEÑOR tu Dios las expulsa de delante de ti, para confirmar el pacto que el SEÑOR juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Comprende, pues, que no es por tu justicia *que* el SEÑOR tu Dios te da esta buena tierra para poseerla, pues eres un pueblo de dura cerviz» (Dt 9:4-6).

Tres veces en este pasaje, Dios le recordó al pueblo de Israel que no era por su justicia que ellos iban a derrotar a los cananeos. Quería dejar claro ese punto. Israel podía verse tentado a concluir que Dios estaba «de su lado» porque eran mejores que las naciones paganas. El anuncio de Dios hacía imposible esa inferencia.

La santidad de Dios está en el centro de todo lo referente a la conquista de Canaán. Fue por causa de Su santidad que el hecho fue ordenado. Por un lado, Él actuó para castigar el insulto a Su santidad que era perpetrado diariamente por los cananeos. Por otro lado, estaba preparando una tierra y una nación para un propósito sagrado. Dios ordenó que no

se mostrara ninguna piedad hacia los habitantes de la tierra y explicó por qué:

~~Y no contraerás matrimonio con ellos; no darás tus hijas a sus hijos, ni tomarás sus hijas para tus hijos.~~ Porque ellos apartarán a tus hijos de seguirme para servir a otros dioses; entonces la ira del SEÑOR se encenderá contra ti, y Él pronto te destruirá. Mas así haréis con ellos: derribaréis sus altares, destruiréis sus pilares *sagrados* , y cortaréis sus imágenes de Asera, y quemaréis a fuego sus imágenes talladas. Porque tú eres pueblo santo para el SEÑOR tu Dios; el SEÑOR tu Dios te ha escogido para ser pueblo suyo de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra (Dt 7:3-6).

Dios no eligió a Israel porque ya era santo. Los eligió para *hacerlos* santos. Israel fue llamado a ser santo en dos sentidos. Fueron llamados a ser diferentes, para ser apartados como canal del plan de redención de Dios. También fueron llamados a ser santos en el sentido de ser purificados. En Israel no debían existir prácticas paganas. Debían ser santificados acercándose a Dios. La salvación para las naciones debía salir de Israel. La tierra prometida debía ser el terreno propicio para el Mesías que habría de venir. No había lugar para santuarios ni ritos paganos. Dios ordenó una política de tierra arrasada para purgarla en preparación para la salvación futura.

... Hemos explicado el problema de los actos de iusticia

divina que se encuentran en el Antiguo Testamento. Hemos

tratado de mostrar que la justicia de Dios no era caprichosa ni estaba injustificada. Debemos agregar que no existe un conflicto real entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios

del Nuevo Testamento. Fue el Dios del Antiguo Testamento a quien Cristo llamó «Padre». Fue el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quien amó tanto al mundo que envió a Su único Hijo para redimir al mundo. La comida y la bebida de Jesús era hacer la voluntad de ese Dios. Era el celo por el Dios que mató a Nadab, Abiú y Uza el que consumía a Cristo. Fue el mismo Dios que destruyó el mundo con un diluvio quien derramó las aguas de Su gracia sobre nosotros.

El falso conflicto entre los dos testamentos se evidencia en el acto más brutal de venganza divina jamás registrado en las Escrituras. No se encuentra en el Antiguo Testamento, sino en el Nuevo. La expresión más violenta de la ira y la justicia de Dios se ve en la cruz. Si alguna vez alguien ha tenido razón para quejarse por una injusticia, ese es Jesús. Él fue el único hombre inocente castigado por Dios. Si tropezamos con la ira de Dios, mejor tropecemos con la cruz. Aquí es donde debe enfocarse nuestro asombro. Si tenemos algún motivo de indignación moral, que sea dirigido al Gólgota.

La cruz fue el más horrible ejemplo de la ira de Dios y también el más hermoso. Fue el acto más justo y misericordioso de la historia. Dios habría sido más que injusto, habría sido diabólico, por castigar a Jesús si Él primero no hubiera tomado sobre Sí voluntariamente los pecados del mundo. Una vez que Cristo los asumió, una vez que se ofreció a Sí mismo para ser el Cordero de Dios, cargado con nuestro pecado, se convirtió en lo más

cargado con nuestro pecado, se convirtió en lo más

grotesco y vil del planeta. Con la carga concentrada de pecado que llevó, se volvió completamente repugnante para el Padre. Dios derramó Su ira sobre esta monstruosidad.

Dios hizo a Cristo maldito por el pecado que llevó. En esto se manifestó de forma perfecta la santa justicia de Dios. No obstante, lo hizo por nosotros. Tomó lo que la justicia demandaba de nosotros. Este «por nosotros» de la cruz es lo que muestra la majestad de Su gracia. Al mismo tiempo, justicia y gracia, ira y misericordia: es demasiado maravilloso para comprenderlo.

Nos retraemos de miedo ante la justicia de Dios porque Su expresión es muy inusual. Como observó Küng, el proceder habitual de Dios es de gracia. La gracia ya no nos asombra. Nos hemos acostumbrado a ella. La damos por sentada.

Quizás la mejor ilustración de esto se puede encontrar en la enseñanza de Jesús:

En esa misma ocasión había allí algunos que le contaron acerca de los galileos cuya sangre Pilato

había mezclado con la de sus sacrificios. Respondiendo *Jesús*, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos eran *más* pecadores que todos los *demás* galileos, porque sufrieron esto? Os digo que no; al contrario, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. ¿O pensáis que aquellos dieciocho, sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, eran *más* deudores que todos los hombres que habitan en

Jerusalén? Os digo que no; al contrario, si no os

Esta es una de las «declaraciones duras» más difíciles de Jesús. Se plantea la pregunta: ¿Qué de las personas que Pilato asesinó o de las personas inocentes que murieron por la caída de la torre? ¿Dónde estaba Dios cuando sucedieron estos eventos? La pregunta en discusión era: ¿Cómo permite Dios que sucedan estas cosas? La pregunta es en realidad una acusación apenas encubierta. El punto era, como siempre, ¿cómo puede Dios permitir que sufran personas inocentes?

Podemos escuchar la protesta implícita en la pregunta. Las dieciocho personas inocentes iban por la calle de lo más despreocupadas. No estaban de espectadores en la construcción ni estaban molestando a los obreros. No andaban huyendo tras robar un banco. Simplemente «estaban allí», en el momento equivocado y en el lugar equivocado, y sufrieron las consecuencias de ese fatal accidente.

Observa la respuesta de Jesús. Él no dijo: «Lamento mucho escuchar sobre esta tragedia. Estas cosas suceden y no hay mucho que podamos hacer al respecto. Fue el destino. Un accidente. Como buenos cristianos tienen que aprender a aceptar lo malo con lo bueno. Al mal tiempo buena cara. ¡Sean buenos estoicos! Sé que les enseñé que Aquel que guarda a Israel no se adormecerá ni dormirá. Pero eso fue una declaración poética, una simple hipérbole. ¿Saben lo difícil que es para mi Padre manejar el universo? ¡Es algo agotador! De vez en cuando debe tomar una siesta. Esa tarde Él estaba muy cansado y cabeceó. Y en ese momento, la torre cayó. Lo lamento mucho; le reportaré tu

queja a Dios. Le pediré que en el futuro sea un poco más cuidadoso».

Jesús no dijo: «Sé que les dije que no cae a tierra un pajarillo sin que mi Padre lo permita; y que Él tiene contados los cabellos de sus cabezas. Pero ¿tienes idea de cuántos pajarillos andan volando? ¡Y la cantidad de cabellos que tienes! La tarde en que cayó la torre, mi Padre estaba ocupado contando los cabellos de la cabeza de alguien cabelludo. Estaba tan concentrado en la cabeza de esta persona que no se dio cuenta de que la torre se caía. Le voy a pedir que ponga en orden Sus prioridades y que no pase tanto tiempo entre pajarillos y cabellos».

No. En lugar de eso, Jesús reprendió a la gente por poner su asombro en el lugar equivocado. Él dijo: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente». En efecto, lo que Jesús estaba diciendo era esto: «Ustedes están haciendo la pregunta equivocada. En lugar de eso, deberían preguntarme «¿cómo es que esa torre no cayó sobre mí?».

En las dos décadas que llevo enseñando teología, innumerables estudiantes me han preguntado por qué Dios no salva a todas las personas. Solo una vez un estudiante se me acercó y me dijo: «Hay algo que no puedo entender. ¿Por qué Dios me redimió a *mí* ?

Realmente no nos sorprende que Dios nos haya redimido. Muy en el fondo, en las cámaras secretas de nuestros corazones, albergamos la idea de que Dios nos debe Su misericordia. El cielo no sería lo mismo si se nos excluyera de él. Sabemos que somos pecadores, pero ciertamente no somos tan malos como podríamos ser. Hay suficientes rasgos dignos de redención en nosotros para que si Dios es

rasgos dignos de redención en nosotros para que, si Dios es

realmente justo, nos incluya en la salvación. Lo que nos sorprende es la justicia, no la gracia.

Nuestra tendencia a dar la gracia por sentada quedó poderosamente demostrada mientras yo enseñaba a un grupo de estudiantes universitarios. Tuve la tarea de impartir un curso de Antiguo Testamento a 250 estudiantes de primer año en una universidad cristiana. El primer día de clase revisé con ellos las asignaciones de la materia cuidadosamente. Mi experiencia me ha enseñado que la asignación precisa de trabajos académicos requiere de un grado especial de explicación. Este curso demandaba tres trabajos cortos. Les expliqué a los estudiantes que el primer trabajo debía estar en mi escritorio antes del mediodía del último día de septiembre. No se otorgarían prórrogas, excepto a aquellos estudiantes que estuvieran físicamente confinados en la enfermería o a los que se les hubiera muerto un familiar directo. Si el trabajo no se entregaba a tiempo, el estudiante recibiría un cero como calificación. Los estudiantes aseguraron haber entendido las condiciones.

El último día de septiembre, 225 estudiantes diligentemente entregaron sus trabajos. Veinticinco estudiantes se pusieron de pie, temblando de miedo, con gran remordimiento. Clamaron: «Ay, profesor Sproul. Lo lamentamos mucho. No administramos nuestro tiempo correctamente. No hicimos los ajustes necesarios al pasar de la escuela secundaria a la universidad. Por favor, no nos ponga un cero. Por favor, ay, por favor le pedimos una prórroga».

«¡Cedí ante sus súplicas por misericordia! «Está bien», les

dije: «Les dare una oportunidad esta vez». Pero, recuerden, la

próxima asignación debe entregarse el último día de octubre».

Los estudiantes fueron abundantes en sus muestras de gratitud y llenaron el aire con promesas solemnes de entregar a tiempo la próxima asignación. Entonces, llegó el último día de octubre. Doscientos estudiantes entregaron su trabajo. Cincuenta estudiantes llegaron con las manos vacías. Estaban nerviosos, pero no en pánico. Cuando les pedí sus trabajos, otra vez se mostraron contritos. «Ay, profesor. Era la semana de regreso a casa. Además, es la mitad del semestre y tenemos que entregar todas las asignaciones de las demás materias. Por favor, le pedimos una oportunidad más. Prometemos que nunca volverá a suceder».

Una vez más, cedí. Les dije: «Está bien, pero esta es la última vez. Si entregan tarde el próximo trabajo, sacarán un cero. Sin excusas, sin quejarse. Un cero, ¿está claro?»

«Oh, sí, profesor. Usted es fenomenal». Espontáneamente, la clase comenzó a cantar: «Lo amamos, profesor Sproul. Oh, sí que lo amamos. Yo era el Sr. Popularidad.

¿Puedes adivinar lo que pasó el último día de noviembre? Correcto. Ciento cincuenta estudiantes llegaron con su trabajo. Los otros cien entraron a la sala de clases completamente despreocupados. «¿Dónde están sus trabajos finales?» Les pregunté.

Un estudiante respondió: «Oh, no se preocupe, profe, estamos trabajando en eso. Se los tendremos en un par de

días, no hay problema».

...días, no hay problema».

Agarré mi mortífera libreta negra y empecé a anotar nombres.

—¡Pérez! ¿Tienes tu trabajo?

—No señor —fue la respuesta—
—Cero —le dije mientras escribía la calificación en la libreta—. ¡Maldonado! ¿Tienes tu trabajo?

—No señor —fue la respuesta una vez más. Anoté otro cero en la libreta negra.

Los estudiantes reaccionaron con una furia incontenible. Aullaron en protesta, gritando:

—¡Esto no es justo!

Miré a uno de los estudiantes chillones.

—¡Lara! ¿Crees que no es justo?

—Sí, es injusto —gruñó en respuesta—. Ya veo. ¿Es justicia lo que quieres? Creo recordar que entregaste tarde tu trabajo la última vez. Si insistes en justicia, ciertamente la tendrás. No solo te daré un cero por este trabajo, sino que cambiaré tu última calificación por el cero que tanto merecías.

El estudiante quedó atónito. No tenía más argumentos que presentar. Se disculpó por ser tan precipitado y de pronto se alegró por haber sacado un cero en lugar de dos.

Los estudiantes rápidamente dieron mi compasión por sentada. Ellos la asumieron. Cuando la justicia les cayó de repente, no estaban preparados. Les llegó de sorpresa y estaban indignados. Esto, luego de solo dos dosis de misericordia en un período de dos meses.



La actividad normal de Dios implica mucha más misericordia

La actividad normal de Dios implica mucha más misericordia de la que les mostré a esos estudiantes con sus trabajos

finales. La historia del Antiguo Testamento cubre cientos de años. En ese tiempo Dios fue misericordioso una y otra y otra vez. Pero cuando Su juicio divino cayó sobre Nadab o sobre Uza, la respuesta fue de sorpresa e indignación. Hemos llegado al punto de esperar que Dios sea misericordioso. A partir de ahí, el siguiente paso es fácil: lo exigimos. Y cuando no llega, nuestra primera respuesta es de ira contra Dios, junto con la protesta: «¡No es justo!». Pronto olvidamos que con nuestro primer pecado perdimos todos los derechos al regalo de la vida. Que yo esté respirando esta mañana es un acto de misericordia divina. Dios no me debe nada. Yo le debo todo. Si Él permite que esta tarde caiga una torre sobre mí, no podría alegar injusticia.

Uno de los problemas básicos que tenemos es que confundimos la justicia con la misericordia. Vivimos en un mundo donde ocurren injusticias. Pasa entre las personas. Cada uno de nosotros en algún momento ha sido víctima de injusticia a manos de otra persona. Cada uno de nosotros en algún momento ha cometido una injusticia contra otra persona. Las personas se tratan injustamente entre ellas. Una cosa es segura: no importa cuánta injusticia haya sufrido yo a manos de otras personas, nunca he sufrido ni la más mínima injusticia de la mano de Dios.

Supongamos que alguien me acusa falsamente de haber robado dinero. Se presentan cargos en mi contra y soy arrestado y enviado a prisión. En el plano humano, he sido víctima de una grave injusticia. Tengo todo el derecho de

clamar a Dios y suplicar una vindicación en este mundo. Me

puedo quejarme y acusar a Dios de injusticia. Dios esta

airado con las personas por encarcelarme injustamente. Dios promete vindicarme algún día de esta injusticia. La injusticia es real y ocurre todos los días en este mundo.

Todas las injusticias que sufrimos son de tipo *horizontal*; Suceden entre las personas de este mundo. Sin embargo; por encima y más allá de este mundo está el Gran Juez de todos. Mi relación con Él es vertical. En términos de esa relación vertical, nunca sufro injusticia. Aunque la gente pueda maltratarme, Dios nunca lo hace. Que Dios permita que un ser humano me trate injustamente es decisión de Él. Si bien puedo quejarme ante Dios por la injusticia humana y horizontal que he sufrido, no puedo acusar a Dios de cometer una injusticia vertical al permitir que me suceda una injusticia humana. Dios seguiría siendo perfectamente justo, aunque permitiera que yo fuera encarcelado de por vida por un crimen que no cometí. Puedo ser inocente ante otras personas, pero ante Dios soy culpable.

Solemos culpar a Dios por las injusticias que nos han hecho y hasta albergamos en nuestras almas sentimientos de amargura porque Dios no ha sido justo con nosotros.

Incluso si reconocemos que Él es un Dios de gracia, pensamos que no nos ha mostrado suficiente gracia. Creemos que merecemos más.

Por favor, lee esa última oración nuevamente: *creemos que merecemos más* . ¿Qué hay de malo en esa oración? Gramaticalmente está bien. Pero hay algo muy mal con su contenido, con lo que significa esa oración.

Es imposible para cualquier persona, en cualquier lugar, en cualquier momento, merecer gracia. La gracia, por

definición, es innecesaria. Tan pronto hablamos de merecer

algo, ya no estamos hablando de gracia, estamos hablando de justicia. Solo la justicia puede ser merecida. Dios no está obligado a ser misericordioso. La misericordia y la gracia deben ser voluntarias, de lo contrario ya no serían misericordia y gracia. Dios nunca le «debe» Su gracia a nadie. Él nos recuerda más de una vez: «Tendré misericordia del que tendré misericordia» (Ex 33:19). Esta es la prerrogativa divina. Dios se reserva el derecho supremo de otorgar clemencia.

Supongamos que diez personas pecan y que pecan de manera equivalente. Supongamos que Dios castiga a cinco de ellas y es misericordioso con las otras cinco. ¿Es esto una injusticia? ¡No! En este caso, cinco personas recibieron justicia y cinco recibieron misericordia. Nadie recibió injusticia. Lo que tendemos a suponer es esto: si Dios es misericordioso con cinco, entonces debe ser igualmente misericordioso con los otros cinco. ¿Por qué? Él no está obligado a ser misericordioso. Si es misericordioso con nueve de los diez, el décimo no puede decir que es una víctima de injusticia. Dios no le debe Su misericordia a

nadie. Dios no está obligado a tratar a todas las personas de la misma manera. Déjame decir eso otra vez. *Dios no está obligado a tratar a todas las personas* de la misma manera. Si alguna vez fuera injusto con nosotros, tendríamos motivos para quejarnos. Pero solo porque Él le otorgue misericordia a mi prójimo, no me da derecho a reclamar Su misericordia. De nuevo, debemos recordar que la misericordia siempre es voluntaria. «Tendré misericordia del

que tendré misericordia»

que tendre misericordia».

Solo recibiré justicia o misericordia de Dios. Nunca recibiré injusticia de Su mano. Podemos pedirle a Dios que nos ayude a obtener justicia de manos de otra persona, pero lo más tonto sería pedirle que Él nos haga justicia. Le advierto a mis estudiantes: «Nunca le pidas justicia a Dios: podrías recibirla».

Es nuestra confusión entre la justicia y la misericordia lo que hace que nos encojamos de horror al leer las historias de Nadab y Abiú y de Uza. Pero cuando llega la justicia de Dios, nos ofendemos porque creemos que Dios nos debe misericordia perpetua. No debemos dar Su gracia por sentada. Nunca debemos perder la capacidad de asombrarnos ante Su gracia. Cantamos la canción «*Justicia asombrosa*». Nuestra versión dice más o menos así:

*Pasmoso juicio, agudo y cruel
Que a este santo hirió
Tan bueno soy, muy raro fue:
¡La torre en mí cayó!*

Recuerdo haber predicado un «sermón de práctica» cuando estudiaba predicación en el seminario. En mi sermón estaba ensalzando las maravillas de la gracia de Dios. Como dice el himno, hablé de «la gracia de Dios, gracia infinita».

Al finalizar mi sermón, el profesor me hizo una pregunta: «Señor Sproul», dijo, «¿de dónde saca la idea de que la gracia de Dios es infinita? ¿No hay absolutamente ningún

límite para Su gracia? Tan pronto hizo esa pregunta, supe

límite para Su gracia? Tan pronto hizo esa pregunta, supe que estaba en problemas. Podía citarfe el número y el verso

del himno donde aprendí eso, pero no podía encontrar ni un solo versículo de las Escrituras que enseñara que la gracia de Dios es infinita.

La razón por la que no pude encontrar ningún pasaje de la Escritura para apoyar mi declaración es porque no hay ninguno. La gracia de Dios no es infinita. Dios es infinito y Dios es misericordioso. Experimentamos la gracia de un Dios infinito, pero la gracia no es infinita. Dios pone límites a Su paciencia y benevolencia. Nos advierte una y otra vez que algún día caerá el hacha y se derramará Su juicio.

Puesto que nuestra tendencia es a dar la gracia por sentada, supongo que Dios encontró necesario de vez en cuando recordarle a Israel que nunca se debe asumir la gracia. En raras pero dramáticas ocasiones, Él mostró el terrible poder de Su justicia. Mató a Nadab y Abiú. Mató a Uza. Ordenó la matanza de los cananeos. Es como si estuviera diciendo: «Ten cuidado. Mientras disfrutes de los beneficios de Mi gracia, no olvides Mi justicia. No olvides la gravedad del pecado. Recuerda que Yo soy santo».

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas con respecto a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

1. ¿De qué manera te atemoriza la justicia de Dios? ¿De

- 1 . ¿De qué manera te atemoriza la justicia de Dios? ¿De qué manera te consuela?
- 2 . ¿Cuál es tu respuesta al darte cuenta de que mereces morir por tu pecado?
- 3 . ¿Cuál es tu respuesta al darte cuenta de que la justicia de Dios demandaba que Cristo muriera por ti?
- 4 . ¿De qué maneras te ha demostrado Dios Su misericordia?

Capítulo 7

Guerra y paz con un Dios santo

*Si el hombre no fue hecho para Dios,
¿por qué es feliz solo en Dios?
Si el hombre fue hecho para Dios,
¿por qué se opone tanto a Dios?*

Blaise Pascal

El registro bíblico contiene las historias de hombres y mujeres que han luchado con Dios. El mismo nombre *Israel* significa «el que lucha con Dios». Dios es santo. Él está muy por encima de nosotros, es trascendente. Sin embargo, Él es un Dios con el que podemos luchar. En nuestra lucha, el objetivo no es ganar la guerra final, sino la paz final.

Algunos lo han encontrado. En este capítulo veremos

Algunos la han encontrado. En este capítulo veremos ejemplos de personas que han peleado con Dios y han

logrado salir en paz. Veremos los ejemplos de Jacob, Job, Habacuc y Saulo de Tarso. Luego examinaremos lo que significa hacer las paces con Dios.



Jacob era un pillo. Su nombre significa «suplantador». Era el muchacho que engañó a su padre, estafó a su hermano y participó en una conspiración malvada con su madre. Resulta difícil imaginar que el hijo de Isaac y nieto de Abraham pudiera ser tan corrupto. Pero en el curso de su vida, Jacob sufrió una transformación radical que comenzó en Betel: «Y salió Jacob de Beerseba, y fue para Harán. Y

llegó a cierto lugar y pasó la noche allí, porque el sol se había puesto; tomó una de las piedras del lugar, la puso de cabecera y se acostó en aquel lugar» (Gn 28:10-11).

Viajar en la antigua Palestina era, con frecuencia, una pesadilla. La noche traía el peligro de ladrones merodeadores y de bestias salvajes. En el recorrido de Jacob no había una estación de servicio en la que pudiera buscar alojamiento. Viajó tan lejos como pudo hasta que el sol se puso. En ese momento acampó bajo las estrellas. Su almohada para la noche fue una piedra. Cuando se durmió, tuvo un sueño que estaba destinado a cambiarle la vida.

Y tuvo un sueño, y he aquí, había una escalera apoyada en la tierra cuyo extremo superior alcanzaba hasta el cielo; y he aquí, los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y he aquí, el SEÑOR estaba sobre ella, y dijo: Yo soy el SEÑOR, el Dios de tu padre Abraham y

el Dios de Isaac. La tierra en la que estas acostado te la daré a ti y a tu descendencia. También tu

descendencia será como el polvo de la tierra, y te extenderás hacia el occidente y hacia el oriente, hacia el norte y hacia el sur; y en ti y en tu simiente serán

bendecidas todas las familias de la tierra. He aquí, Yo estoy contigo, y te guardare por dondequiera que vayas y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido (Gn 28:12-15).

La escalera que Jacob vio en su sueño se conoce comúnmente como «la escalera de Jacob». Servía como un puente entre el cielo y la tierra. Hasta este momento de su vida, Jacob no había estado en contacto con las cosas celestiales. Había tenido un profundo sentido de la *ausencia de Dios*. Parece extraño que un hijo de Isaac y nieto de Abraham hubiera sido tan «secular». Abraham había hablado con Dios. Seguramente el joven Jacob se había sentado alrededor de algunas fogatas para escuchar las historias de su padre y su abuelo. Debió haber escuchado acerca de la orden que Dios le dio a Abraham de sacrificar a Isaac en un altar en el monte Moriah.

Jacob había vivido su vida solo en el plano de este mundo. No le impresionaban las conversaciones sobre asuntos celestiales. Su mente estaba fija en la tierra. Para él, había un abismo infranqueable entre el cielo y la tierra. Si había un Dios, era tan lejano, tan trascendente, que no tenía relevancia para la vida de Jacob. Este Dios del que hablaban sus padres era demasiado alto como para

alcanzarlo, hasta que tuvo un sueño.

El sueño mostraba una escalera. La escalera era un punto de contacto, una conexión entre el reino de lo sagrado y el reino de lo profano. Jacob vio en la escalera ángeles que subían y bajaban. Se desplazaban en ambas direcciones, de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. El tráfico era continuo. Se movían de su presencia a la presencia de Dios. En lo alto de la escalera, Jacob vio la figura de Dios. Dios le habló, confirmándole la promesa que antes había hecho a Abraham y a Isaac. La promesa de Dios continuaría para las generaciones futuras, pasando por Jacob. Él sería el portador del juramento del pacto que Dios había hecho. Dios prometió estar con Jacob donde quiera que fuera y también permanecer con él hasta que se hubieran cumplido todas las promesas.

¿Qué pasó con la escalera de Jacob? La imagen prácticamente desapareció en la historia del Antiguo Testamento. Pasaron siglos sin que hubiera mención de ella. Entonces, de repente, vuelve a aparecer en el Nuevo Testamento:

Felipe encontró a Natanael y le dijo: Hemos hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y *también* los profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José. Y Natanael le dijo: ¿Puede algo bueno salir de Nazaret? Felipe le dijo: Ven, y ve. Jesús vio venir a Natanael y dijo de él: He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño. Natanael le dijo: ¿Cómo es que me conoces? Jesús le respondió y le dijo: Antes de que

Felipe te llamara cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael le respondió: Rabi, Tú eres el

Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel. Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Jn 1:45-51).

Las palabras de Jesús a Natanael fueron radicales. En esta conversación, declaró que Él es la escalera de Jacob; Él es el puente entre el cielo y la tierra; Él es quien atraviesa el abismo entre el Trascendente y los simples humanos. Los ángeles de Dios ascienden y descienden sobre Él. Él hace que el Dios ausente esté presente entre nosotros. ¿Fue esto lo que Jacob vio de una manera tenue y ensombrecida?

Cuando Jacob despertó de su sueño, estaba atónito. Lo sobrecogió el poder de su visión nocturna. «Despertó Jacob de su sueño y dijo: Ciertamente el SEÑOR está en este lugar y yo no lo sabía. Y tuvo miedo y dijo: ¡Cuán imponente es este lugar! Esto no es más que la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo» (Gn 28:16-17).

El nombre del lugar donde Jacob tuvo su sueño llegó a ser conocido como Betel. En hebreo, la palabra *Betel* significa «casa de Dios». No había un tabernáculo allí, ni templo, ni iglesia. Jacob lo llamó casa de Dios porque allí el Santo se dio a conocer. Las palabras de Jacob son típicas de la difícil situación que vive la cultura contemporánea. Los nuestros son días en los que las personas sienten la ausencia de Dios. No vemos zarzas ardientes, ni columnas

de fuego, ni a Cristo encarnado caminando en medio nuestro. Nos sentimos abandonados, arrojados a las aguas

de un universo hostil o, peor aún, indiferente. Nos sentimos atrapados en un mundo del que no hay salida, ni escalera hacia las estrellas.

Jacob sentía lo mismo hasta que tuvo su sueño. Sus palabras son relevantes para nuestra situación actual. «Ciertamente el SEÑOR está en este lugar y yo no lo sabía». Dios había estado allí todo el tiempo. No había estado alejado de Jacob, pero Jacob lo había ignorado durante toda su vida. Jacob no había estado consciente de la presencia de Dios. Esta trágica ignorancia de la presencia de Dios se evidencia en nuestra cultura todos los días en la vida de millones de personas. Dios está aquí, pero no nos damos cuenta. En el momento en que uno comienza a ser consciente de Su presencia divina, también comienza la lucha personal más profunda que una persona puede experimentar. El sueño no dio fin a la lucha de Jacob. Fue apenas el comienzo de una lucha que había llegado para quedarse. A partir de ese momento, él estaba luchando por su propia alma.

«¡Cuán imponente es este lugar!» fue la respuesta de Jacob al estar en la casa de Dios. Las personas no suelen sentirse así en la iglesia. No hay un sentido de asombro ni la sensación de que estamos en la presencia de Aquel que nos hace temblar. Los que se asombran no se quejan de que la iglesia sea aburrida.

Los estudiosos no se ponen de acuerdo respecto al momento preciso de la conversión de Jacob. Algunos la ubican aquí, en Betel, cuando experimentó un sentido

abrumador de la presencia de Dios. Otros la identifican años después cuando Jacob tuvo su impactante lucha con Dios:

Y aquella misma noche se levantó, y tomó a sus dos mujeres, a sus dos siervas y a sus once hijos, y cruzó el vado de Jaboc. Los tomó y los hizo pasar el arroyo, e hizo pasar también todo lo que tenía. Jacob se quedó solo, y un hombre luchó con él hasta rayar el alba. Cuando vio que no había prevalecido contra Jacob, lo tocó en la coyuntura del muslo, y se dislocó la coyuntura del muslo de Jacob mientras luchaba con él. Entonces *el hombre* dijo: Suéltame porque raya el alba. Pero *Jacob* respondió: No te soltaré si no me bendices. Y él le dijo: ¿Cómo te llamas? Y él respondió: Jacob. Y *el hombre* dijo: Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Dame a conocer ahora tu nombre. Pero él respondió: ¿Para qué preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y Jacob le puso a aquel lugar el nombre de Peniel, porque *dijo* : He visto a Dios cara a cara, y ha sido preservada mi vida (Gn 32:22-30).

Obviamente, «el hombre» que luchó con Jacob era más que un hombre: era el ángel de Dios. La batalla fue intensa, pasando la noche sin que ninguno de los combatientes obtuviera ventaja sobre el otro. Finalmente, el ángel usó el irresistible poder de Dios para tocar la coyuntura del muslo de Jacob. La «victoria» de Jacob no fue de conquista, sino de supervivencia. Pudo salir vivo del duelo, pero anduvo

cojeando por el resto de su vida.

La discusión con el ángel acerca de los nombres es significativa. El ángel le demandó a Jacob que le dijera su nombre. La exigencia del nombre era la manera en que entonces se daban por vencidos. El hecho de que el combatiente diera su nombre significaba que estaba reconociendo la superioridad de la otra parte. Dar el nombre era un acto de sumisión. Cuando Jacob entregó su nombre, estaba entregando también su alma. Renunció a su autoridad sobre su propia vida. Con la rendición vino un nombre nuevo, una nueva identidad: *Israel*.

Jacob, aunque fue derrotado, todavía aspiraba a un empate, un empate que dejara intacto su orgullo. Incluso una decisión dividida ayudaría. Él le dijo al ángel: «Dame a conocer ahora Tu nombre». Nota la diferencia en cuanto al intercambio de nombres. El ángel exigió el nombre de Jacob y Jacob lo entregó. Luego Jacob solicitó cortésmente el nombre del ángel, pero no lo recibió. Este fue el acto final de conquista divina. No hay empates con Dios, no hay decisiones divididas. Cuando luchamos con el Todopoderoso, perdemos. Él es el campeón invicto del universo.

El Santo no puede ser derrotado en combate personal. Pero hay cierto consuelo aquí. Jacob luchó con Dios y vivió. Él fue apaleado, quedó lisiado, pero sobrevivió la batalla. Al menos lo que podemos aprender de esto es que Dios pelea con nosotros en nuestras luchas honestas. Podemos luchar con el Santo. De hecho, para que el poder transformador de Dios cambie nuestras vidas, debemos luchar con Él. Debemos saber lo que significa pelear con Dios toda la

noche si queremos experimentar la dulzura de la rendición
del alma.



Nunca nadie sostuvo un debate más intenso y estridente con Dios que el que tuvo Job. Si alguna vez hubo alguien que pareciera tener derecho a desafiar a Dios, ese era Job. Job había sido declarado justo por Dios mismo y aun así fue afligido con una miseria inconmensurable. El drama de Job da la impresión de que ese pobre hombre no era más que una pieza en la lucha cósmica entre Dios y Satanás. Dios permitió que Job fuera puesto a prueba. Sus posesiones fueron robadas, su familia destruida y finalmente lo afligió un flagelo tormentoso de llagas malignas. No había alivio para su dolor. Su angustia física pronto afectó su alma.

Recuerdo que una vez hablé con una anciana que estaba luchando contra el cáncer con quimioterapia. Sufría de náuseas por los efectos secundarios de los tratamientos. Le pregunté cómo se sentía de ánimo y ella respondió con la mayor franqueza: «Es difícil ser cristiana cuando tienes la cabeza en el inodoro». Esta mujer entendía la estrecha conexión que existe entre el cuerpo y el alma. Es extremadamente difícil ser espiritual cuando el cuerpo está afectado por un dolor incesante.

Sin embargo, Job no blasfemó. Él gritó: «Aunque Él me mate, en Él esperaré» (Job 13:15). Incluso su esposa trató de hacer que él encontrara un alivio definitivo. Su consejo fue simple y directo: «Maldice a Dios y muérete» (Job 2:9).

Job se negó a tomar el camino fácil. Tuvo que soportar consejo de necios al escuchar las palabras de sus amigos. Finalmente, se levantó para desafiar a Dios sobre el asunto. Se enfrentó a Dios solo, batallando y luchando por obtener

respuestas a su miseria. La respuesta de Dios apenas si fue reconfortante:

Entonces el SEÑOR respondió a Job desde el torbellino y dijo:

¿Quién es este que oscurece el consejo
con palabras sin conocimiento?

Ciñe ahora tus lomos como un hombre,
y yo te preguntaré, y tú me instruirás.

¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de
la tierra?

Dímelo , si tienes inteligencia.

¿Quién puso sus medidas?, ya que sabes,
¿o quién extendió sobre ella cordel?

¿Sobre qué se asientan sus basas,
o quién puso su piedra angular
cuando cantaban juntas las estrellas del alba,
y todos los hijos de Dios gritaban de gozo?

¿O *quién* encerró con puertas el mar,
cuando, irrumpiendo, se salió de *su* seno;
cuando hice de una nube su vestidura,

y de espesa oscuridad sus pañales;
cuando sobre él establecí límites,
puse puertas y cerrojos,
y dije: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá;
aquí se detendrá el orgullo de tus olas»?
(Job 38:1-11).

Fue un examen oral muy difícil. Job exigió respuestas de

Dios. En lugar de respuestas, recibió a cambio un conjunto de preguntas. Dios reprendió a Job por arrojar una sombra

oscura sobre la sabiduría divina con su propia ignorancia. Fue como si Dios dijera: «Bien Job, ¿quieres interrogarme? Está bien, responderé tus preguntas, pero primero tengo

algunas para ti». Como balas de una ametralladora, Dios disparó preguntas, cada una más intimidante que la anterior. Finalmente, Job habló: «Entonces Job respondió al SEÑOR y dijo: He aquí, yo soy insignificante; ¿qué puedo yo responderte? Mi mano pongo sobre la boca. Una vez he hablado, y no responderé; aun dos veces, y no añadiré más» (Job 40:3-5).

Considera la imagen que Job usó. Dijo que se pondría la mano sobre la boca. Se amordazó a sí mismo. Cubrió los labios con su mano para que no salieran más palabras necias de su boca. Lamentó haber desafiado a Dios. Reconoció que sus palabras habían sido presuntuosas. Había dicho todo lo que quería decir.

Pero el interrogatorio continuó. Dios aún no había terminado el examen. Hizo una serie de preguntas que abrumaron a Job: «¿Anularás realmente mi juicio? ¿Me condenarás para justificarte tú?» (Job 40:8).

Aquí el asunto es claro. El desafío de Job va directamente en contra de la justicia divina. Sus acusaciones son un insulto a un Dios santo. La pregunta de Dios resuena en los oídos de Job: «¿Me condenarás para justificarte tú?». No hay duda de que Job anhelaba ser justificado. Estaba harto de las acusaciones de sus amigos. No entendía por qué era tan miserable. Oraba por vindicación, pero su deseo se había salido de control. Estaba a punto de intercambiar la

justificación de Dios por la suya. Había cruzado la línea en el debate, sugiriendo que quizás Dios había hecho lo malo.

Dios le preguntó directamente: «¿Quieres condenarme para que puedas salir exonerado?».

Todo el peso de las preguntas de Dios cayó duramente sobre Job. Casi fue aplastado por ellas. Finalmente, se quitó la mano de la boca y volvió a hablar. Esta vez, no hubo acusación en sus palabras. Rompió su voto de silencio solo para expresar su contrición:

Yo sé que tú puedes hacer todas las cosas,
y que ningún propósito tuyo puede ser estorbado.
«¿Quién es este que oculta el consejo sin
entendimiento?».

Por tanto, he declarado lo que no comprendía,
cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no
sabía.

«Escucha ahora, y hablaré;
te preguntaré y tú me instruirás».

He sabido de ti *solo* de oídas,
pero ahora mis ojos te ven.

Por eso me retracto,

y me arrepiento en polvo y ceniza (Job 42:2-6).

Cuando leemos esta sección del libro de Job, nos da la impresión de que Dios estaba amedrentando a Job. Él clamó por respuestas y Dios dijo que respondería las preguntas de Job. Pero las respuestas nunca llegaron. Ciertamente, había una condición ligada al compromiso de responder: Job debía contestar primero. Pero Job reprobó su examen. Por lo tanto,

Dios no dio respuestas.

Sin embargo, Job quedó satisfecho. Aunque Dios no respondió, Job puso sus preguntas a un lado y recibió una respuesta más alta de lo que cualquier respuesta directa podría haberle dado. Dios no respondió las preguntas de Job con palabras, sino Consigo mismo. Tan pronto como Job vio quién era Dios, quedó satisfecho. Ver la manifestación de Dios era todo lo que necesitaba. Pudo dejar los detalles en las manos de Dios. Y cuando vio que Dios mismo ya no estaba envuelto en misterio, Job pudo vivir cómodamente dejando algunas preguntas sin responder. Cuando Dios se manifestó, Job estaba tan ocupado arrepintiéndose que no tenía tiempo para desafiarlo más. Redirigió su ira hacia sí mismo: «Me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza».



Veamos ahora a otro hombre del Antiguo Testamento que desafió a Dios. El profeta Habacuc criticó severamente a Dios por hacer cosas que ofendían su sentido de justicia. El profeta estaba horrorizado de que el pueblo de Dios sufriera a manos de una nación que era más malvada que ellos mismos. A primera vista, parecía que Dios había abandonado Sus promesas a los judíos y se había cambiado de bando, pasando Su lealtad divina a los malvados babilonios. Habacuc era como un judío moderno preguntándose si Dios estaba del lado de Hitler durante el Holocausto. La queja de Habacuc fue registrada con una estruendosa protesta:

¿Hasta cuándo, oh SEÑOR , pediré ayuda,

y no escucharás,
clamaré a ti: ¡Violencia!

y no salvarás?
¿Por qué me haces ver la iniquidad,
y *me* haces mirar la opresión?

La destrucción y la violencia están delante de mí,
hay rencilla y surge discordia.
Por eso no se cumple la ley
y nunca prevalece la justicia.
Pues el impío asedia al justo;
por eso sale pervertida la justicia (Hab 1:2-4).

Habacuc estaba ardiendo en ira. Su queja fue tan acalorada que incluso se excedió un poco. Él dijo: «Nunca prevalece la justicia». Ciertamente en este mundo hay injusticia que aguarda la rectificación final, pero decir que la justicia *nunca* prevalece es exagerar. Al igual que Job, Habacuc exigía respuestas. Se fue al cuadrilátero con Dios y estaba preparado para luchar. Se paró en su torre de vigía, esperando una respuesta del Todopoderoso. Cuando Dios finalmente habló, la reacción de Habacuc fue como la de Job: «Oí, y se estremecieron mis entrañas; a *tu* voz temblaron mis labios. Entra podredumbre en mis huesos, y tiemblo donde estoy» (Hab 3:16a).

La respuesta del profeta fue como la de un niño cuando es regañado por uno de sus padres. Su corazón se aceleró y sus labios comenzaron a temblar. Todos hemos visto a un niño al borde del llanto. Intenta contener el torrente, pero el temblor del labio inferior lo delata. Aquí vemos a un hombre adulto con labios temblorosos ante la presencia de Dios.

Sintió una especie de podredumbre interna, como una putrefacción que entraba en sus huesos. Sintió como si su

estructura ósea estuviera colapsando. El temblor del *mysterium tremendum* atacó sus piernas; sus rodillas comenzaron a chocar una contra otra. Salió caminando de

su lucha con Dios, pero lo hizo con piernas temblorosas.

Con la aparición de Dios, cesaron todas las protestas airadas de Habacuc. De pronto, el tono de su discurso cambió de desesperación amarga a uno de confianza y esperanza inquebrantables: «Aunque la higuera no eche brotes, ni haya fruto en las viñas; *aunque* falte el producto del olivo, y los campos no produzcan alimento; *aunque* falten las ovejas del aprisco, y no haya vacas en los establos, con todo yo me alegraré en el SEÑOR , me regocijaré en el Dios de mi salvación» (Hab 3:17-18).

Ahora Habacuc se mostró tan intenso en su gozo como lo había hecho en su desesperación. Pudo descansar por completo en la soberanía de Dios. Sus palabras, traducidas a un lenguaje actual podrían sonar como: «Aun si el presupuesto nunca alcanza, aun si el mercado de valores se derrumba, aun si los precios de los alimentos se disparan, aun si mi hija nunca se recupera de su enfermedad, aun si pierdo mi trabajo e incluso si perdemos nuestra casa, con todo, me regocijaré en el Dios de mi salvación».

Jacob, Job y Habacuc le declararon la guerra a Dios. Todos ellos atacaron los almenajes de las murallas celestiales. Fueron derrotados y, sin embargo, salieron de la lucha con almas alentadas. Pagaron el precio con dolor. Dios permitió el debate, pero la batalla se arreció antes de que se estableciera la paz.

Saulo de Tarso sintió la misma conquista avasallante de Dios. Él era un partidario acérrimo de los fariseos, que rechazaba por completo la llegada de una nueva secta llamada cristianismo. Estaba decidido a borrar a los cristianos de la faz de la tierra. Por encargo de las autoridades, iba de casa en casa buscando a los primeros creyentes cristianos para echarlos en la cárcel. Estuvo presente cuando apedrearon a Esteban y aplaudió la acción. Se regocijó cuando obtuvo el nuevo encargo de ir a Damasco para continuar con su masacre de cristianos. Fue en el camino a ese lugar donde conoció al Santo. Relató la escena durante su juicio ante el rey Agripa:

Al mediodía, oh rey, *yendo* de camino, vi una luz procedente del cielo más brillante que el sol, que resplandecía en torno mío y de los que viajaban conmigo. Y después de que todos caímos al suelo, oí una voz que me decía en el idioma hebreo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». Yo entonces dije: «¿Quién eres, Señor?». Y el Señor dijo: «Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie; porque te he aparecido con el fin de designarte como ministro y testigo, no solo de las cosas que has visto, sino también de aquellas en que me apareceré a ti; librándote del pueblo *judío* y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para que abras sus ojos a fin de que se vuelvan de la oscuridad a la luz, y del dominio

de Satanás a Dios, para que reciban, por la fe en mí,
el perdón de pecados y herencia entre los que han

sido santificados». Por consiguiente, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial (Hch 26:13-19).

Saulo era celoso en su búsqueda de la justicia. Era un fariseo de fariseos, un hombre comprometido con la perfección legal. Lo contradictorio de su celo se observa en que cuanto más celoso era por lograr sus metas, más se oponía a la obra de Dios. No es que Dios se oponga a la búsqueda de la justicia. Dios está a favor de la búsqueda de la justicia, pero se opone al orgulloso y al arrogante. Él se opone a aquellos que se hinchaban de justicia propia. Aunque Saulo estaba convencido de que luchaba del lado de Dios, en realidad luchaba en Su contra. En esta batalla paradójica, estaba destinado a una confrontación decisiva con el mismo Cristo al que se oponía.

Uno de los nombres por los cuales Dios se revela en el Antiguo Testamento es *El Shaddai*. El nombre significa «el que truena» o «el dominador». Fue por el nombre de *El Shaddai* que Dios se le apareció a Job. Lo que Job experimentó fue el asombroso poder de un Dios soberano que domina sobre todos, pero que no es dominado por nadie. Saulo se encontró con el Dominador en el camino a Damasco.

Saulo comenzó la descripción de su experiencia en el camino del desierto con la aparición de una luz deslumbrante. El camino del desierto al mediodía era un lugar donde el brillo del sol era particularmente fuerte, penetrando el día a través de una atmósfera muy delgada.

En condiciones normales, la luz del sol allí es intensa. Para que cualquier otra luz pudiera notarse con el sol del desierto

en el fondo, debía ser extraordinaria. Saulo habló de una luz más brillante, más deslumbrante que la del sol. La describió como una «luz procedente del cielo».

La expresión «luz procedente del cielo» no significa una luz en el cielo. El sol brilla desde el cielo. Saulo estaba en presencia de la gloria celestial de Dios. La gloria de Dios es la manifestación externa de Su santidad. El fulgor de Su gloria es tan resplandeciente, tan brillante, que eclipsa al sol del mediodía. En el libro de Apocalipsis leemos una descripción de la nueva Jerusalén, la ciudad que desciende del cielo: «Y no vi en ella templo alguno, porque su templo es el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera» (Ap 21:22-23).

La nueva Jerusalén no tiene sol simplemente porque no lo necesita. La gloria de Dios y de Su Cristo es tan brillante que supera el sol mismo. Saulo fue cegado por sus rayos. Considera lo que les sucede a las personas si miran directamente al sol. Cuando hay un eclipse solar, la gente se siente atraída por la extraña visión de una sombra que pasa enfrente del sol. Existe la fuerte tentación de fijar nuestra mirada directamente al sol. Sin embargo, incluso durante un eclipse, sabemos que es peligroso y doloroso mirar directamente al sol. Los medios de comunicación nos advierten que no intentemos mirarlo de forma directa para no dañar gravemente nuestros ojos. Si no podemos mirar directamente al sol ni siquiera durante un eclipse, ¿cuánto

más grave sería mirar una luz que literalmente eclipsa al

sol? La gloria de Dios alcanza una magnitud de brillo mucho mayor que la del sol cuando brilla con toda intensidad.

Ningún ángel apareció para luchar contra Saulo. Sin embargo, una fuerza sobrenatural lo arrojó al suelo. En un instante, Saulo quedó ciego. No hubo advertencia, ni un susurro del viento para alertarlo. Soberana y poderosamente fue derribado al suelo del desierto.

Con la luz del cielo también vino una voz. Esa voz se describe en otra parte como el estruendo de muchas aguas, una voz que ruge como una gran cascada que cae sobre las rocas. Saulo identificó que la voz hablaba en lengua aramea, el idioma nativo de Jesús. La voz se dirigió a Saulo personalmente, repitiendo su nombre: «Saulo, Saulo». Esta forma doble de dirigirse a alguien indicaba un saludo de intimidad personal. Fue la forma en que Dios se dirigió a Moisés en la zarza ardiente y a Abraham en su altar en el monte Moriah. Fue la forma en que Jesús lloró sobre Jerusalén y se dirigió a Su Padre en Su hora más oscura en la cruz.

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Observa que la voz no preguntó por qué Saulo estaba persiguiendo a la Iglesia de Cristo. Más bien dijo: «¿Por qué *me* persigues?». Atacar a la Iglesia de Cristo es atacarlo a Él. Luego vino la expresión: «Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». Los aguijones de buey eran unos clavos afilados que se colocaban en un marco de madera que iba sujeto a la carreta detrás de los bueyes. Si el buey se ponía terco y se negaba a avanzar, a veces mostraba su terquedad

pateando hacia atrás, contra el aguijón. Imagínate lo tonto que sería un buey si luego de patear el aguijón se pusiera

tan furioso que lo siguiera pateando una y otra vez. Cuanto más pateara los aguijones, más dolor se infligiría a sí mismo. Es como un hombre que se golpea la cabeza contra la pared y halla consuelo en lo bien que se siente cuando deja de hacerlo.

La voz le estaba diciendo a Saulo: «¡Buey tonto! Qué estupidez es que sigas pateando los aguijones. No puedes ganar. Tu batalla es inútil. Es hora de rendirte». La respuesta de Saulo fue una pregunta simple pero significativa: «¿Quién eres, Señor?». Saulo no conocía la identidad de Aquel que acababa de vencerlo, pero de una cosa estaba seguro: quienquiera que fuera, era Señor.

Tras esta experiencia, Saulo se convirtió en Pablo, así como Jacob se había convertido en Israel. La batalla había terminado. Saulo luchó con Dios y perdió. Así como sucedió con Isaías, Saulo recibió su llamado, su comisión para el apostolado. Su vida cambió y el curso de la historia mundial cambió con ella. En la derrota, Pablo encontró paz.

Luego de contarle esta historia al rey Agripa, Pablo agregó estas palabras: «Por consiguiente, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial». Aunque Saulo había sido muy celoso en su lucha *contra* Cristo, se volvió aún más celoso en su lucha *por* Cristo. Tuvo una visión de la santidad de Dios tan intensa que nunca la olvidó. La contempló y expuso su significado a lo largo de sus epístolas. Se convirtió en un hombre que realmente entendía lo que significaba ser justificado. Para él, la guerra santa había terminado y había entrado en una paz santa. Se

convirtió en el apóstol cuyos escritos despertaron a Lutero

en el monasterio y le dio a la Iglesia cristiana la receta para una paz permanente con Dios.



La lucha que tenemos con el Dios santo está arraigada en el conflicto que existe entre la justicia de Dios y nuestra injusticia. Él es justo y nosotros injustos. Esta tensión crea en nosotros miedo, hostilidad e ira hacia Dios. La persona injusta no desea la compañía de un juez justo. Nos convertimos en fugitivos, huyendo de la presencia de Aquel cuya gloria puede cegarnos y cuya justicia puede condenarnos. Estamos en guerra con Él a menos que, o hasta que, seamos justificados. Solo una persona justificada puede sentirse cómoda en la presencia de un Dios santo.

El apóstol Pablo presenta los beneficios inmediatos: los frutos de la justificación. En su Epístola a los Romanos, explica lo que nos sucede cuando somos justificados, cuando somos cubiertos por la justicia de Cristo, que es por la fe: «Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien también hemos obtenido entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom 5:1-2).

El primer fruto de nuestra justificación es la *paz con Dios*. Para el judío antiguo, la paz era un bien valioso, pero difícil de alcanzar. La agitación actual en el Medio Oriente parece una repetición de la historia antigua. Desde los días de la conquista de Canaán hasta el período de la ocupación

romana en los tiempos del Nuevo Testamento, solo hubo unos pocos años en los que Israel no estuvo en guerra. La

ubicación de Palestina, como un puente terrestre crucial entre África y Asia, la convirtió en un corredor no solo para el comercio, sino también para la guerra. El pequeño Israel a menudo se vio atrapado entre potencias mundiales en oposición, y fue utilizado como una pelota de ping-pong militar.

Los judíos anhelaban la paz. Anhelaban el día en que las espadas se convirtieran en rejas de arado. Esperaban el tiempo en que el Príncipe de Paz viniera a poner fin a las incesantes hostilidades. Tan importante para los judíos era su búsqueda de la paz, que la misma palabra *paz* se convirtió en un saludo cotidiano. Cuando nosotros decimos hola o adiós, los judíos simplemente decían *shalom*. Hasta el día de hoy, el saludo de *shalom* continúa siendo una parte integral del vocabulario judío.

La palabra *paz* se refiere principalmente a cuando se da el cese de un conflicto militar. Pero también se le atribuía un significado más profundo. Los judíos también estaban profundamente preocupados por la paz interior, por el tranquilo reposo del alma que significaba el fin de un espíritu perturbado. Tenemos un concepto similar en mente cuando nos referimos a la «paz interior».

Recuerdo un caluroso día de verano en 1945, cuando estaba ocupado jugando béisbol en las calles de Chicago. En aquel momento, todo lo que me importaba era la porción de terreno que se extendía desde la tapa de una alcantarilla hasta la siguiente. Todo lo que quería era que finalmente llegara mi turno al bate. Me molesté mucho cuando el

primer lanzamiento que recibí fue interrumpido por caos y ruido a mi alrededor. La gente comenzó a salir de sus

apartamentos, gritando y caceroleando. Por un momento pensé que podría tratarse del fin del mundo, pero lo que sí resultó ser fue el final de mi juego de béisbol callejero. En

medio de la confusión alborotada, vi a mi madre corriendo hacia mí con lágrimas en el rostro. Me levantó en sus brazos y me apretó, mientras no paraba de llorar: «Se acabó. Se acabó. ¡Se acabó!».

Era el Día VJ, el Día de la Victoria sobre Japón, en 1945. No estaba seguro de lo que eso significaba, pero una cosa estaba clara. Significaba que la guerra había terminado y que mi padre regresaría a casa. No más correo aéreo a países lejanos. No más escuchar las noticias diarias sobre las bajas en batalla. No más banderas adornadas con estrellas colgadas en la ventana. No más aplastar latas de sopa. No más cupones de racionamiento. La guerra había terminado y por fin nos había llegado la paz.

Ese momento de júbilo dejó una impresión duradera en mi mente infantil. Aprendí que la paz es algo importante, un motivo de celebración desenfrenada cuando se establece y de amargo remordimiento cuando se pierde.

La impresión que tuve ese día en las calles de Chicago fue que la paz había llegado para siempre. No tenía idea de lo frágil que era. Pareció que pasó muy poco tiempo antes de que periodistas como Gabriel Heater emitieran advertencias siniestras sobre la acumulación de tropas en China, la amenaza nuclear de Rusia y el bloqueo de Berlín. La paz en los Estados Unidos de América duró poco, dando paso una vez más a la guerra en Corea y luego una vez más

en Vietnam.

Frágil, inestable, tenue: estas son las características naturales de la paz terrenal. Los tratados de paz, así como las reglas, parecen estar hechos para romperse. Ni un millón de Neville Chamberlain en los balcones, con manos al aire y declarando: «Hemos logrado la paz para nuestro tiempo» podrían garantizar que la historia humana sea algo más que un continuo Múnich.

Pronto aprendemos a no confiar mucho en la paz. La guerra se entromete muy rápidamente, con mucha facilidad. Sin embargo, anhelamos una paz duradera en la que podamos confiar. Este es precisamente el tipo de paz que el apóstol Pablo declaró en su Epístola a los Romanos.

Cuando nuestra guerra santa con Dios cesa; cuando nosotros, como Lutero, caminamos por las puertas del paraíso; cuando somos justificados por la fe, la guerra termina para siempre. Con la limpieza del pecado y la declaración del perdón divino, entramos en un eterno tratado de paz con Dios. La primicia de nuestra justificación es la paz con Dios. Esta paz es una paz santa, una paz intachable y trascendente. Es una paz que no puede ser destruida.

Cuando Dios firma un tratado de paz, lo hace a perpetuidad. La guerra ha terminado por siempre y para siempre. Por supuesto que todavía pecamos; todavía nos rebelamos; todavía cometemos actos de hostilidad contra Dios, pero Dios no es beligerante. No se dejará llevar a la guerra con nosotros. Tenemos un abogado con el Padre. Tenemos un mediador que mantiene la paz. Él gobierna

sobre la paz porque Él es el Príncipe de Paz y Él es la paz.

Ahora somos llamados hijos de Dios, un título otorgado en bendición a los que procuran la paz. Nuestros pecados ahora son tratados por un Padre, no por un comandante militar. Tenemos paz. Es nuestra posesión, sellada y garantizada por Cristo.

Nuestra paz con Dios no es frágil, sino estable. Cuando pecamos, Dios se disgusta y hará lo necesario para corregirnos y convencernos de nuestro pecado. Pero Él no entra en guerra contra nosotros. Su arco ya no está tensado y las flechas de Su ira ya no apuntan a nuestros corazones. Él no blande Su espada cada vez que rompemos el tratado.

La paz de la justificación no es solo externa. Los anhelos más profundos de paz interior también son satisfechos en Cristo. Fue San Agustín quien una vez oró diciendo: «Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que halla su reposo en Ti». Todos sabemos lo que significa ser afectado por una inquietud interna. Conocemos la dolorosa sensación de vacío y culpa que se deriva de estar lejos de Dios. Una vez que se establece nuestra paz, se llena ese horrible vacío y nuestros corazones pueden estar tranquilos.

El Nuevo Testamento llama a esta paz «la paz que sobrepasa todo entendimiento». Es una paz santa, una paz «distinta» de la paz terrenal cotidiana. Es el tipo de paz que solo Cristo puede otorgar. Es el tipo de paz que Cristo mismo poseía.

Sabemos por el registro de los evangelios que Jesús tenía pocas posesiones en este mundo. No tenía una casa, no tenía un lugar donde recostar su cabeza. No tenía negocios

ni acciones corporativas. Su única posesión era Su túnica. Esa valiosa túnica le fue robada por aquellos designados

para ejecutarlo. Entonces parecería que murió sin un centavo, sin una herencia que dejar a Sus herederos.

Nosotros somos los herederos de Cristo. A primera vista, parecería que somos unos herederos sin herencia. Sin embargo, la Biblia deja en claro que Dios se ha complacido en darle Su reino a Su Hijo amado. Jesús recibió una herencia de Su Padre y esa herencia nos la ha pasado a nosotros. Él prometió que algún día escucharemos las palabras: «Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mt 25:34).

El reino de Dios no es nuestra única herencia. En Su última voluntad y testamento, Jesús dejó algo más a Sus herederos, algo muy especial: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Jn 14:27).

Este es el legado de Cristo: la *paz*. Su paz es nuestra herencia. Él entrega el regalo de una manera diferente a los regalos que se dan en este mundo. No hay motivos ocultos ni ataduras siniestras. Él nos da Su paz, no para Su beneficio, sino para el nuestro. Es un regalo de otro mundo, dado de una manera sobrenatural. Es nuestro para siempre.

La paz es solo un fruto inmediato de la justificación. A esta paz santa se agrega algo más: *acceso*. La palabra *acceso* es crucial para cualquiera que haya luchado con un Dios santo. Vemos muchas señales de acceso a nuestro alrededor. Una señal puede ser «Prohibido el acceso», y otra «Acceso limitado». En un momento de la historia hubo un

letrero de «Prohibido el acceso» en las puertas del paraíso. Incluso en el templo del Antiguo Testamento no se le

permitía a la gente común acceder al trono de Dios. Es más, hasta el acceso del sumo sacerdote estaba «limitado» a una vez al año y en circunstancias muy reservadas. Un velo grueso separaba el lugar santísimo del resto del templo. Estaba fuera del alcance; restringido. Al creyente común no se le permitía acceso.

En el momento en que Jesús murió, en el instante en que el Justo murió por los injustos, el velo en el templo se rasgó. La presencia de Dios se volvió accesible para nosotros. Para el cristiano, el letrero de «prohibido el acceso» fue eliminado de las puertas del paraíso. Ahora podemos entrar libremente en la tierra santa. Tenemos acceso a Su gracia, pero, mejor aún, tenemos acceso a Él. Los justificados ya no necesitan decirle al Santo: «¡Apártate de mí, Señor, pues soy hombre pecador!». Ahora podemos sentirnos bienvenidos en la presencia de un Dios santo. Podemos llevarle nuestras preguntas. No está tan lejos como para no escuchar nuestro llanto. Nos presentamos cubiertos por la justicia de Cristo. Repito: *podemos sentirnos bienvenidos en la presencia de Dios*. Ciertamente todavía entramos con asombro, con un espíritu de reverencia y adoración, pero la tremenda noticia es que podemos entrar:

Teniendo, pues, un gran Sumo Sacerdote que trascendió los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como

nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que

recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Heb 4:14-16).

La Biblia nos invita a acercarnos al trono de la gracia con confianza. Otros traductores usan la palabra *valientemente*. Como gente justificada, podemos ser valientes al acercarnos a Dios. Pero ser valientes o confiados no debe confundirse con ser arrogantes ni petulantes. Uza fue más que valiente, fue arrogante. Nadab y Abiú abusaron de la confianza hasta llegar a insultar la majestad de Dios. Debemos venir ante Su presencia con valentía y confianza.

No hay necesidad de alejarnos de Él ni dudar en entrar. Pero cuando vayamos, debemos recordar dos cosas: (1) quién es Él y (2) quienes somos nosotros.

Para el cristiano la guerra santa ha terminado y se ha establecido la paz. El acceso al Padre es nuestro. Pero aún debemos temblar ante nuestro Dios. Él sigue siendo santo. Nuestro temblor debe ser de asombro y veneración, no el temblor del cobarde ni del pagano que se asusta por el crujido de una hoja. Lutero lo explicó de esta manera: debemos temer a Dios, no con un temor servil como el de un prisionero ante su torturador, sino como niños que no desean desagradar a su Padre amado. Venimos a Él en confianza; venimos a Él con seguridad. Tenemos acceso. Tenemos una paz santa.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Alguna vez Dios ha trabado contigo una lucha honesta, como lo hizo con Jacob? ¿Cuál fue el resultado?
- 2 . ¿Alguna vez has desafiado a Dios, como lo hizo Job? ¿Cuál fue la respuesta de Dios?
- 3 . La batalla de Habacuc con Dios terminó en una audaz declaración de fe: «Aunque _____ suceda, yo me regocijaré en el Señor». ¿Cuáles son los «aunques» en tu vida? ¿Estás dispuesto a rendirlos al Señor?
- 4 . ¿Qué significa personalmente para ti el que la muerte de Cristo nos ofrezca la paz eterna con Dios?
- 5 . ¿Cómo adorarás a Dios por concedernos acceso ilimitado a Él?

Capítulo 8

Sed santos, porque Yo soy santo

*Apolión, ten cuidado de lo que haces,
porque estoy en el camino del Rey,
el cual es camino de santidad;
por tanto, cuídate.*

Juan Bunyan

Los cristianos en la Iglesia primitiva eran llamados santos. Desde entonces, la palabra *santo* ha experimentado fuertes cambios en nuestro vocabulario. Hoy día la palabra *santo* evoca la imagen de una persona súper justa, una persona con una piedad extraordinaria y poder espiritual. La Iglesia católica romana la ha convertido en un título para aquellos

que han sido canonizados y colocados en una lista especial de héroes y heroínas espirituales.

La Biblia llama *santo* a todo creyente común y corriente. De hecho, en el Nuevo Testamento, todo el pueblo de Dios disfruta de este título. Resulta extraño que ese término se aplicara a creyentes que estaban luchando con todo tipo de pecado. Cuando leemos las epístolas de Pablo, nos sorprende el hecho de que se dirija a las personas como a santos y luego los reprenda por su comportamiento necio y pecaminoso.

Los santos de las Escrituras no eran llamados santos porque ya fueran puros, sino porque eran personas que habían sido apartadas y llamadas a la pureza. La palabra *santo* tiene los mismos dos significados cuando se aplica a las personas que cuando se aplica a Dios. Recordemos que, cuando esa palabra se usa para describir a Dios, no solo hace referencia al hecho de que Él es diferente o está separado de nosotros, sino que también hace referencia a Su pureza absoluta. Sin embargo, no somos Dios; no somos trascendentes y ciertamente no somos puros. Entonces, ¿cómo es posible que la Biblia nos llame «santos»?

Para responder esa pregunta, debemos darle un vistazo al Antiguo Testamento. Cuando Dios sacó a Israel de la esclavitud en Egipto y los hizo una nación especial, Él los apartó. Los llamó Su pueblo escogido y les dio una comisión especial. Él les dijo: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11:44).

En realidad, este llamado especial a Israel no era nuevo. No empezó con Moisés y ni siquiera con Abraham. Los primeros en recibir el llamado a la santidad fueron Adán y

Eva. Esa era la asignación original dada a la raza humana. Fuimos creados a la imagen de Dios. Ser la imagen de Dios

significaba, entre otras cosas, que fuimos creados para imitar y reflejar del carácter de Dios. Fuimos creados para alumbrar al mundo con la santidad de Dios. Ese era el fin principal del ser humano, la razón misma de nuestra existencia.

Las Iglesias presbiterianas usan el Catecismo Menor de Westminster para instruir a los niños. Leemos en la primera pregunta del catecismo: «¿Cuál es el fin principal de la existencia del hombre?». Esta pregunta se refiere a la responsabilidad principal de cada ser humano. La respuesta dice: «El fin principal de la existencia del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre».

Tuve problemas con esa pregunta cuando era niño. Nunca lograba unir las dos partes de la respuesta. No podía entender cómo gozar de Dios encajaba con glorificar a Dios. Sabía que glorificar a Dios involucraba algún tipo de obediencia a Su ley santa. Eso no sonaba muy divertido. Yo ya conocía el conflicto que existía entre mi propio disfrute y obedecer las leyes de Dios. Recitaba obedientemente la respuesta requerida a pesar de que no la comprendía realmente. Veía a Dios como un obstáculo para el gozo. Vivir para Su gloria no era lo que tenía en mente como mi fin principal. Supongo que a Adán y Eva también les costó un poco.

Un gran problema que tuve en mi juventud fue que no entendía por completo la diferencia entre felicidad y placer. Me gustaría poder decirles que desde que llegué a la adultez puse a un lado todas las cosas infantiles. Pero

desafortunadamente, ese no es el caso. Todavía hay cosas infantiles que persisten en mi vida adulta. Todavía lúcho por

entender la diferencia entre felicidad y placer. Sé la diferencia en mi cerebro, pero aún no ha pasado a mi torrente sanguíneo.

He cometido muchos pecados en mi vida. Ninguno de ellos me ha hecho feliz. Ninguno ha agregado ni una sola onza de felicidad a mi vida. Todo lo contrario. El pecado ha añadido abundante infelicidad a mi vida. Me asombran esas personalidades famosas que, en entrevistas por televisión o en revistas, declaran que si pudieran vivir de nuevo sus vidas no harían nada diferente. Tal insensatez estremece mi imaginación. Hay muchas cosas que me gustaría poder hacer de nuevo. Ahora, es muy posible que con una segunda oportunidad cometa las mismas necedades, pero aun así me gustaría tener la oportunidad de volver a intentarlo.

Mis pecados no me han traído felicidad, pero sí me han proporcionado placer. Me gusta el placer. Todavía me atrae mucho el placer. El placer puede ser muy divertido y no todo placer es pecado. Se puede encontrar mucho placer en la justicia. Sin embargo, la diferencia permanece; el pecado puede ser placentero, pero nunca trae felicidad.

Ahora, si comprendo todo esto, ¿por qué siempre soy tentado a pecar? Parece una tontería que alguien que conoce la diferencia entre felicidad y placer siga cambiando felicidad por placer. Parece sumamente estúpido que una persona haga algo que sabe le robará su felicidad. Sin embargo, lo hacemos. El misterio del pecado no es solo que es perverso y destructivo, sino también que es totalmente

estúpido.

Fumé cigarrillos por años. Realmente nunca llevé la cuenta, pero estimo que durante esos años, cientos de personas me dijeron que considerara el hecho de que fumar no era bueno para mí. Simplemente me estaban señalando lo obvio, diciéndome lo que todo fumador en Estados Unidos ya sabe. Antes de convertirme al cristianismo, sabía muy bien que fumar era perjudicial para mí. Lo sabía antes de que el ministro de salud pública pusiera una etiqueta de advertencia en cada cajetilla de cigarrillos. Lo sabía desde que fumé mi primer cigarrillo. Sin embargo, seguí haciéndolo. Una verdadera locura. Eso es el pecado.

¿Alguna vez has hecho algo que deseabas hacer aunque tu mente te dijera que estaba mal? Si respondes que no a esa pregunta, estás mintiendo o te estás engañando. Todos hemos caído en esta trampa. Hacemos lo que queremos hacer en vez de lo que sabemos que debemos hacer. No es de extrañar que clamemos como Pablo: «¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?» (Rom 7:24).

Nuestro problema es que hemos sido llamados a ser santos y no lo somos. Una vez más surge la pregunta: si no somos santos, ¿por qué la Biblia nos llama santos?

La Biblia nos llama «santos». Somos santos porque hemos sido consagrados a Dios. Hemos sido apartados. Hemos sido llamados a una vida que es diferente. La vida cristiana es una vida de no conformidad. Esa idea de no conformidad está expresada en Romanos:

Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos

como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, *que es* vuestro culto racional. Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto (Rom 12:1-2).

En el Antiguo Testamento, la adoración estaba centrada en el altar con la presentación de los sacrificios ofrecidos a Dios. En su mayoría, estos sacrificios de animales y de diversos granos se hacían como ofrendas por el pecado. En sí mismos, los sacrificios de animales no tenían poder para expiar los pecados. Eran símbolos que apuntaban hacia el gran sacrificio que habría de hacerse en la cruz. Tras el sacrificio del Cordero perfecto, los sacrificios del altar cesaron. La Iglesia cristiana no dispuso el sacrificio animal porque ya no tiene necesidad de tales sacrificios. Ofrecerlos ahora sería insultar la perfección del sacrificio de Cristo.

Debido a que los días de sacrificios de animales han terminado, muchas personas asumen que para Dios son aborrecibles todos los sacrificios que se le ofrecen. Eso simplemente no es cierto. Aquí el apóstol Pablo encarga un nuevo tipo de sacrificio, el *sacrificio vivo* de nuestros cuerpos. Debemos darle a Dios, no nuestros granos ni nuestros animales, sino a nosotros mismos. Este nuevo sacrificio no es un acto de expiación; no es una ofrenda por el pecado. El sacrificio de nuestros cuerpos a Dios es una ofrenda de acción de gracias. Esta idea viene luego de la

expresión *por consiguiente* .

Cuando vemos la expresión *por consiguiente* en un texto de la Escritura, se nos alerta de inmediato que se acerca una conclusión. La expresión *por consiguiente* vincula lo que se ha dicho anteriormente con lo que está por concluirse. En Romanos 12, el «por consiguiente» se refiere a todo lo que el apóstol ha declarado en los capítulos anteriores en cuanto a la obra salvadora de Cristo a nuestro favor. La palabra nos lleva a la única conclusión apropiada que podemos alcanzar respecto a Su obra. A la luz de la justificación por gracia que Cristo ha conseguido para nosotros, la única conclusión razonable es que debemos presentarnos nosotros mismos por completo a Dios como sacrificios vivos que caminan y respiran.

¿Cómo luce un sacrificio vivo? Pablo lo describe primero en términos de la no conformidad. «No os adaptéis [o, *no conforméis*] a este mundo». Este es el punto en el que muchos cristianos se han extraviado. Está claro que no debemos conformarnos. Pero es difícil entender con precisión a qué tipo de no conformidad se refiere. El no conformarse es un asunto complicado y fácilmente puede reducirse a algo superficial.

Es una tragedia que el asunto de no conformarse haya sido tomado tan a la ligera por los cristianos. La forma simplista de no conformarse es ver lo que está de moda en nuestra cultura y entonces hacer lo opuesto. Si el cabello corto está de moda, el que no se conforma usa cabello largo. Si ir al cine es algo popular, entonces los cristianos evitan ir al cine por ser algo «mundano». Un caso extremo

de esto puede verse en grupos que se niegan a ponerle

botones a sus ropas o a usar electricidad porque esas cosas también son mundanas.

Un estilo superficial de no conformidad es la clásica trampa farisaica. El reino de Dios no se trata de vestimenta, películas o bailes. A Dios no le preocupa lo que comemos o bebemos. El llamado a no conformarnos es uno que va a un nivel más profundo de justicia y más allá de lo externo. Cuando definimos la piedad exclusivamente en términos externos, pasamos por alto el punto principal de la enseñanza del apóstol. Por alguna razón, no escuchamos las palabras de Jesús cuando dice que no es lo que entra en la boca de la persona lo que la contamina, sino lo que sale de ella. Insistimos en hacer del reino un asunto de comida y bebida.

¿Por qué abundan estas distorsiones en los círculos cristianos? La única respuesta que puedo ofrecer es el pecado. Nuestras marcas de piedad pueden ser en realidad evidencias de impiedad. Cuando nos especializamos en asuntos menores y sacamos lo insignificante de toda proporción, imitamos a los fariseos. Cuando hacemos del baile y del cine una prueba de espiritualidad, nos hacemos culpables de sustituir una moralidad barata por una genuina. Hacemos estas cosas para ocultar los problemas más profundos de la justicia. Cualquiera puede no bailar o dejar de ir al cine. Estas cosas no requieren un gran esfuerzo de coraje moral. Lo que sí es difícil es controlar la lengua, actuar con integridad y mostrar el fruto del Espíritu.

Nunca he escuchado un sermón acerca de la codicia. He

escuchado muchos sermones sobre lo malo de las bebidas alcohólicas, pero ninguno sobre lo malo de la codicia. Esto

es extraño. Sin duda alguna, la Biblia declara que la embriaguez es pecado, pero la embriaguez nunca encabezó la lista de los diez peores pecados. Los verdaderos no conformistas dejan de codiciar, dejan de chismear, dejan de calumniar, dejan de odiar y de sentirse amargados; ellos comienzan a practicar el fruto del Espíritu.

Jesús reprendió a los fariseos por su preocupación por los asuntos externos:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y habéis descuidado los preceptos de más peso de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad, y estas son las cosas que debíais haber hecho, sin descuidar aquellas. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! (Mt 23:23-24).

Jesús reprendió a los escribas y a los fariseos por descuidar los asuntos importantes y poner demasiado énfasis en asuntos menores. Él vio este problema, no como un asunto de *esto o aquello*, sino como un asunto de *ambas* cosas. Los diezmos debían pagarse, pero no como sustituto a la preocupación por los asuntos de justicia, misericordia y fidelidad. Los fariseos se ocupaban de los asuntos externos y visibles de la piedad, pero ignoraban los asuntos espirituales más elevados.

Cualquiera puede no conformarse simplemente por no conformarse. De nuevo, quiero enfatizar que esa es una

piEDAD barata. En última instancia, somos llamados a más que no conformarnos; somos llamados a ser transformados.

Notemos que las palabras *conformar* y *transformar* contienen ambas la misma raíz *formar*. La única diferencia entre las dos palabras se encuentra en los prefijos. El prefijo *con* significa «junto con». Conformarse, entonces, es estar «con las estructuras o formas». En nuestra cultura, un conformista es alguien que «va *con* la corriente». Uno que no se conforma puede ser considerado como alguien que «está *fuera* de la corriente». Si el objetivo del cristiano es simplemente «*quedarse fuera* », entonces me temo que hemos sido demasiado exitosos.

El prefijo *trans* significa «más allá de» o «del otro lado de». Cuando somos llamados a ser transformados, significa que debemos elevarnos por encima de las formas y las estructuras de este mundo. No debemos seguir la corriente del mundo, sino ir más allá y elevarnos por encima a un llamado y un estilo superiores. Este es un llamado a una excelencia que trasciende, no un simple llamado a «me quedo afuera». Los cristianos que se ofrecen a sí mismos como sacrificios vivos y ofrecen su adoración de esta manera son personas con un alto estándar de disciplina. No están satisfechos con formas superficiales de justicia. Los «santos» son llamados a una búsqueda rigurosa del reino de Dios. Son llamados a profundizar en su comprensión espiritual.

El método clave que Pablo subraya como el medio para una vida transformada es la «renovación de la mente». Esto significa nada más y nada menos que educación. Educación rigurosa. Educación a profundidad. Educación disciplinada

en las cosas de Dios. Exige un dominio de la Palabra de

Dios. Necesitamos ser personas cuyas vidas han cambiado porque nuestras mentes han cambiado.

La verdadera transformación viene al obtener un nuevo entendimiento de Dios, de nosotros mismos y del mundo. Lo que buscamos en última instancia es ser conformados a la imagen de Cristo. Debemos ser como Jesús, pero no en el sentido de poder alcanzar la deidad. No somos dioses y humanos. Pero nuestra humanidad debe imitar y reflejar la humanidad perfecta de Jesús. ¡Es una tarea monumental!

Para ser conformados a Jesús, primero debemos comenzar a pensar como Jesús. Necesitamos tener «la

mente de Cristo». Necesitamos valorar las cosas que Él valora y despreciar las cosas que Él desprecia. Necesitamos tener las mismas prioridades que Él tiene. Necesitamos dar importancia a las cosas que Él considera importantes.

Esto no puede suceder sin un dominio de Su Palabra. La clave para el crecimiento espiritual es una educación cristiana a profundidad que requiera un nivel serio de sacrificio.

Ese es el llamado a la excelencia que hemos recibido. No debemos ser como el resto del mundo, satisfechos con vivir nuestras vidas con un entendimiento superficial de Dios. Debemos estar cada vez más insatisfechos con la leche espiritual y más hambrientos por la carne espiritual.



Ser un santo significa estar separado, pero también significa más que eso. El santo debe participar en un proceso vital de santificación. Debemos ser purificados diariamente en

santificación. Debemos ser purificados diariamente en nuestra búsqueda continua de la santidad. Si somos justificados, también debemos ser santificados.

Lutero usó una maravillosa frase latina para describir el estado del pecador justificado: *simul justus et peccator* . Examinemos la frase palabra por palabra para discernir su significado. *Simul* es la palabra latina de la cual se deriva la palabra en español «*simultáneo*» , que significa «al mismo tiempo». *Justus* es la palabra latina de la que proviene nuestra palabra «*justo*» , y *et* es la palabra latina para «y» . La palabra *peccator* es probablemente la más familiar para nosotros. Es la palabra latina para «pecador». También derivamos de ella las palabras «pecado» e «impecable». Al unir las palabras, obtenemos *simul justus et peccator* : «Al

mismo tiempo, justo y pecador». Eso es lo que son los santos, personas que son a la vez justas y pecadoras.

Es obvio que los santos siguen siendo pecadores. ¿Cómo pueden entonces ser justos? Los santos son justos porque han sido justificados. Ellos no son intrínsecamente justos. Son hechos justos delante de Dios por la justicia de Cristo. De eso se trata la justificación por la fe. Cuando ponemos nuestra confianza de salvación en Cristo y solo en Él, Dios transfiere a nuestra cuenta toda la justicia de Jesús. Su justicia se vuelve nuestra cuando creemos en Él. Es una transacción legal. La transferencia de justicia es como una transacción contable en la que no se intercambia ningún bien real. Es decir, Dios pone la justicia de Jesús en mi cuenta mientras todavía soy un pecador.

Todo esto suena como a fraude, como si Dios estuviera jugando con la ley. Él nos considera justos aun cuando nosotros mismos no lo somos. ¡Pero este es el evangelio!

Estas son las buenas nuevas: que podemos presentar una cuenta de justicia perfecta ante el trono de juicio de un Dios

justo y santo. Es la justicia de Cristo la que se hace nuestra por la fe. No es un fraude ni mucho menos un juego. La transacción es real. La declaración de Dios es formal. La

justicia de Cristo es efectivamente puesta en nuestra cuenta. Dios nos ve como justos porque estamos envueltos y hemos sido revestidos de la justicia de Jesús. No es simplemente que Jesús pagó nuestras deudas al morir. Su vida es tan importante para nosotros como lo es Su muerte. Cristo no solo toma nuestros pecados, nuestras deudas y nuestros deméritos, sino que también nos da Su obediencia, Sus activos y Sus méritos. Esa es la única forma en la que

una persona injusta puede estar en la presencia de un Dios justo y santo.

Este concepto de una transferencia de justicia está lleno de peligros. Las personas lo confunden con facilidad y abusan de él considerablemente. Algunos asumen que si creemos en Cristo nunca tendremos que preocuparnos por cambiar la forma en que vivimos. La justificación por la fe puede ser vista como una licencia para pecar. Si tenemos la justicia de Cristo, ¿por qué deberíamos preocuparnos por cambiar nuestros caminos pecaminosos? Dado que nuestras buenas obras no pueden llevarnos al cielo, ¿por qué deberíamos preocuparnos por ellas? Tales preguntas nunca deberían pasar por los labios de una persona realmente justificada.

Cuando Lutero declaró con valentía la doctrina bíblica de la justificación solo por la fe, dijo: «La justificación es mediante la sola fe, pero no mediante una fe que está sola».

Santiago lo había dicho antes de una manera diferente. Dijo que «la fe sin las obras está muerta» (Stg 2:26). La

verdadera fe, o la fe salvadora, es lo que Lutero llamó *fides viva* , una «fe viva». Es una fe que de inmediato produce frutos de arrepentimiento y de justicia. Si decimos que tenemos fe, pero no hay obras, es una evidencia clara de que nuestra fe no es genuina. La verdadera fe siempre produce una verdadera conformidad a Cristo. Si somos justificados, es seguro que la santificación le seguirá. Si no hay santificación, significa que nunca hubo justificación alguna.

En el instante en que creemos, somos justificados de inmediato. Dios no espera por nuestras buenas obras antes de declararnos justos. La declaración se da cuando todavía somos pecadores.

¿Cuánto tiempo transcurre antes de que el pecador comience a volverse puro? La respuesta es *ninguno* . No hay lapso de tiempo entre nuestra justificación y el *comienzo* de nuestra santificación. Pero sí hay un gran lapso de tiempo entre nuestra justificación y la *culminación* de nuestra santificación.

Lutero usó una analogía simple para explicar esto. Describió la condición de un paciente con una enfermedad mortal y un médico que afirmó tener la medicina que curaría al hombre con toda seguridad. En el instante en que se administra el medicamento, el médico declara que el paciente ya está bien. En ese instante, el paciente todavía está enfermo, pero tan pronto como la medicina pasa por sus labios y entra en su cuerpo, el paciente comienza a recuperarse. Así es con nuestra justificación. Tan pronto

como creemos genuinamente, en ese mismo instante

comenzamos a mejorar, el proceso de llegar a ser puros y santos ha iniciado y su finalización futura es segura.

La meta del crecimiento cristiano es alcanzar la justicia.

En el mundo cristiano actual, tal afirmación podría sonar radical. Los cristianos casi nunca hablan de justicia. Esa palabra casi se ha convertido en una mala palabra. Es preferible usar cualquier otro término que la palabra *justicia*. Nunca ningún estudiante ni miembro de la iglesia ni ninguna otra persona se me ha acercado para preguntarme: «¿Cómo puedo ser justo?».

Mucha gente me ha hablado sobre ser éticos, morales, espirituales o incluso piadosos. Pero parece que nadie quiere hablar sobre ser justo. Quizas es porque sabemos que la autojusticia es pecado. La palabra *justo* suena un poco farisaica. Suena más espiritual hablar de ser espiritual que de ser justo.

Ser espiritual tiene un solo propósito real: es un medio para llegar a un fin, no es un fin en sí mismo. La meta de todo ejercicio espiritual debe ser la justicia. Dios nos llama a ser santos. Cristo estableció la prioridad de la vida cristiana: «Pero buscad primero Su reino y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt 6:33). El objetivo es la justicia.

¿Cómo podemos saber si estamos avanzando en nuestra búsqueda de la justicia? ¿Cómo podemos saber si estamos realmente progresando en nuestro llamado a ser santos? La Biblia arroja luz sobre estas preguntas. Los justos son conocidos por sus frutos. Se vuelven santos por el poder santificador del Espíritu Santo que obra en ellos y sobre

ellos. El Espíritu Santo sabe lo que es la santidad. Es llamado Espíritu Santo no solo porque Él mismo sea santo,

sino también porque está trabajando para producir santidad en nosotros.

El fruto de la justicia es ese fruto que es ejercido en nosotros por el Espíritu Santo. Si queremos ser santos, si tenemos una verdadera hambre de justicia, entonces debemos centrar nuestra atención en el fruto del Espíritu Santo.

El fruto del Espíritu Santo se nos presenta en un marcado contraste con el fruto de nuestra naturaleza pecaminosa:

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes, las cuales son: inmoralidad, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, enojos, rivalidades, disensiones, sectarismos, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes, contra las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gal 5:19-21).

En este pasaje, Pablo hace eco de la advertencia de Jesús sobre no entrar en el reino de Dios. Las personas cuyas vidas se caracterizan por los estilos mencionados anteriormente no heredarán el reino de Dios. Esto no quiere decir que cualquier pecado que cometamos signifique que perderemos nuestra entrada al cielo. Pablo está hablando de un estilo de vida que se caracteriza, de manera habitual y consistente, por los vicios mencionados. La lista incluye tanto pecados externos como internos, pecados del cuerpo

tanto pecados externos como internos, pecados del cuerpo y pecados del corazón.

Los pecados enumerados pueden describirse como pecados graves y atroces. El Nuevo Testamento reconoce grados de pecados. Algunos pecados son peores que otros.

Los cristianos a menudo pasan por alto este punto importante. Los protestantes en particular luchan con el concepto de gradaciones o grados de pecado. Esto en parte es en respuesta a la idea católica romana de dos tipos de pecados: mortales y veniales. Roma denomina ciertos pecados como «mortales» porque son tan graves que matan la gracia en nuestra alma. Los pecados menores son llamados «veniales» y no llegan a destruir la gracia

salvadora. Tendemos a pensar que pecado es pecado y que ningún pecado es mayor que otro. Pensamos en la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte de que el que codicia a una mujer es culpable de adulterio. Sabemos que la Biblia enseña que si pecamos contra un punto de la ley, pecamos contra toda la ley. Estas dos enseñanzas bíblicas fácilmente pueden crear confusión sobre los grados de pecado.

Cuando Jesús dijo que caer en la lujuria es violar la ley contra el adulterio, no dijo ni insinuó que la lujuria fuera tan mala como el acto mismo de adulterio. Su punto era que el pleno alcance de la ley iba más allá de prohibir el acto mismo de adulterio. La ley tiene una aplicación más amplia. Los fariseos pensaban que, como nunca habían cometido el acto mismo de adulterio, estaban libres de pecado ante la ley. Asumían que si se abstenían de matar a alguien, estarían guardando la ley de «no matarás». No podían ver

que la ira y el odio injustos también estaban incluidos en el significado más amplio de la ley contra el asesinato.

Jesús enseñó que el odio es un pecado contra la vida de otra persona. El odio atenta contra las personas. No es tan grave como un asesinato real, pero es un pecado. El pecado más pequeño es pecado contra toda la ley. La ley es nuestro estándar de santidad. En nuestra más mínima transgresión pecamos contra ese estándar y violamos el llamado a la santidad. Una vez más, esto no implica que cada pecado sea tan malo como todos los demás. Jesús habló repetidamente tanto de los grados de castigo que hay en el infierno como del hecho de que algunas personas son más culpables que otras.

Es importante que tengamos en mente la idea de las gradaciones de pecado para que comprendamos la diferencia entre el *pecado* y el *pecado grave*. Reitero que todos nuestros pecados requieren perdón. Todos nuestros pecados son actos de traición contra Dios. Necesitamos un Salvador tanto para nuestros pecados «pequeños» como para los «más graves». Pero algunos pecados son más importantes que otros y necesitamos identificarlos para no caer en la trampa farisaica de especializarnos en los menores.

Considera la atención que se le da al problema del sobrepeso en nuestra sociedad. Cada año en los Estados Unidos las personas gastan miles de millones de dólares en dietas. Hay excelentes razones para mantener nuestro peso corporal bajo control. Sabemos que la obesidad es un problema de salud importante. También sabemos que la gula es pecado. Somos propensos a embutir y extralimitar el

templo del Espíritu Santo. Pero el énfasis de nuestra preocupación nacional por la delgadez no está muy

enfocado en la salud o en la glotonería, sino que se basa meramente en razones estéticas. Queremos ser delgados para vernos bien. No hay nada de malo en eso, pero adelgazar no es precisamente lo mejor que podemos hacer para alcanzar la santidad. Nunca me ha ofendido ninguna persona por estar pasada de peso. Me hiere la que me calumnia. Pero gastamos muy poco dinero para controlar el problema de la calumnia. Tal vez sea porque algunas cosas son más difíciles de controlar que el peso. Algunas personas han dominado el arte de controlar el apetito, pero nadie ha dominado el arte de controlar la lengua.

Piensa en las personas más piadosas que has conocido. ¿Qué tanto tiene que ver su peso con la piedad que admiras de ellos? ¿Cuántas de estas personas piadosas tienen lenguas malvadas? Es una contradicción de términos, ¿no es cierto? La piedad y una lengua incontrolable son incompatibles.

El fruto del Espíritu contrasta vívidamente con los pecados de la carne. El fruto del Espíritu produce las virtudes que reconocemos en las personas piadosas. Considera el fruto que Pablo menciona: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio» (Gal 5:22-23).

Estas son las marcas de una persona que está creciendo en santidad. Estas son las virtudes que estamos llamados a cultivar. Para producir el fruto del Espíritu, debemos practicar el fruto del Espíritu. El Espíritu está obrando en nosotros para ayudarnos en la práctica del fruto, pero

somos llamados a luchar con todas nuestras fuerzas para producir este fruto.

En esta lista del fruto del Espíritu, el apóstol nos da una receta para nuestra santificación. A todos nos gusta aprender cosas en diez pasos fáciles. No hay nada fácil en llegar a ser santo. Sin embargo, la Biblia nos dice cómo se supone que luce la santidad. Nuestro enfoque debe estar en el fruto del Espíritu. Pablo nos lo pone más fácil. A su lista de virtudes que conforman el fruto del Espíritu, él agrega las siguientes palabras: «Contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros» (Gal 5:23-26).

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Qué significa para ti ser santo o vivir una vida santa?
- 2 . ¿Cómo estás tratando de renovar tu mente?
- 3 . ¿Cómo respondes al comprender que Dios te ha justificado transfiriendo a tu cuenta toda la justicia de Cristo?
- 4 . ¿Qué fruto ha estado desarrollando el Espíritu Santo en

tu vida?

5 . ¿De qué maneras quieres crecer en santidad?

Capítulo 9

Dios en las manos de pecadores airados

*Casi todo hombre natural
que oye del infierno,
se engaña a sí mismo creyendo
que escapará.*

Jonathan Edwards

Quizás el sermón más famoso que se haya predicado en los Estados Unidos fue el sermón de Jonathan Edwards «Pecadores en manos de un Dios airado». El sermón no solo ha sido reproducido en innumerables materiales que hablan de predicación, sino que además figura en la mayoría de las

antologías de la literatura estadounidense más antigua. Esta vívida representación del estado precario de los inconversos bajo la amenaza del infierno es tan escandalosa que

algunos analistas modernos la han calificado de absolutamente sádica.

El sermón de Edwards está lleno de imágenes gráficas de la furia de la ira divina y del horror del castigo implacable contra los malvados en el infierno. Tales sermones están pasados de moda en nuestra época y generalmente son considerados de mal gusto y basados en una teología anterior a la Ilustración. Los sermones que enfatizan la terrible ira de un Dios santo y que están dirigidos a corazones impenitentes no encajan en la atmósfera de las reuniones sociales de la Iglesia local de hoy. Atrás quedaron

los arcos góticos, los vitrales y los sermones que conmocionan el alma hasta la angustia moral. La nuestra es una generación optimista que enfatiza la superación personal y tiene una mentalidad abierta con respecto al pecado.

Pensamos de la siguiente manera: si existe un Dios, ciertamente no es santo. Si acaso es santo, entonces no es justo. Pero incluso si Él fuera santo y justo, no deberíamos temerle porque Su amor y misericordia anulan Su justicia santa. Aun si admitiéramos Su carácter santo y justo, podemos descansar en una realidad: Él no acumula ira.

Si pensamos seriamente tan solo por cinco segundos, veremos nuestro error. Si Dios fuera santo, si Dios tuviera apenas una pizca de justicia en Su carácter, de hecho, si Dios existiera como Dios, ¿cómo podría Él estar en otra condición que no sea airado contra nosotros? Violamos Su santidad, insultamos Su justicia, tenemos en poco Su gracia.

santidad, resultarnos su justicia, tenernos en poco su gracia.
Es difícil que estas cosas le agraden.

Edwards entendía la naturaleza de la santidad de Dios. Él entendía que los impíos tienen mucho que temer de ese Dios. Edwards no necesitaba justificar una teología intimidante. La necesidad que lo consumía era predicar sobre la santidad de Dios; predicarla de forma vívida, enfática, convincente y poderosa. No lo hacía por un deseo sádico de asustar a la gente, sino por compasión. Él amaba a su congregación lo suficiente como para advertirles de las terribles consecuencias de enfrentar la ira de Dios. No le interesaba provocar sentimientos de culpa en la gente, sino despertarlos al peligro que enfrentaban si permanecían

inconversos.
Examinemos una parte del sermón para poder saborearlo:

El Dios que te sostiene sobre el abismo del infierno, muy parecido a como uno sujeta una araña o un insecto repugnante sobre el fuego, te aborrece y está enardecido; Su ira contra ti arde como fuego; no te considera digno de nada más que de ser echado en el fuego, Sus ojos son tan puros que no soportan mirarte, eres diez mil veces más abominable a Sus ojos que la peor serpiente venenosa lo es a los nuestros. Tú lo has ofendido infinitamente más de lo que un rebelde obstinado lo haya hecho jamás contra su príncipe y, sin embargo, no es otra cosa que Su mano la que impide que caigas en el fuego en cualquier momento. No hay que atribuir a otra cosa el

cualquier momento. No hay que atribuir a otra cosa el que no te hayas ido al infierno anoche, que pudieras despertar una vez más en este mundo después de

haber cerrado tus ojos para dormir; y no hay otra razón que pueda darse, sino la mano de Dios, por la cual no has caído en el infierno desde que te levantaste esta mañana. No hay otra razón que pueda darse de por qué no estás ahora en el infierno, dado que te has sentado aquí en la casa de Dios, provocando Sus ojos puros con tu manera pecaminosa y perversa de asistir a Su servicio solemne. Sí, no hay nada más que pueda darse como razón para que no seas echado en este mismo momento al infierno.

¡Oh, pecador! Considera el terrible peligro en que te encuentras. Es un gran horno de ira, un abismo ancho y sin fondo, lleno del fuego de la ira, el que tienes debajo mientras eres sostenido por la mano de ese Dios cuya ira has provocado y encendido tanto como lo hicieron muchos de los condenados en el infierno. Pendes de un hilo delgado, con las llamas de la ira divina flameando alrededor y amenazando con quemarlo en cualquier momento; y a pesar de eso, no tienes interés en Mediador alguno, y nada a qué aferrarte para salvarte, nada para escapar de las llamas de la ira, nada que sea tuyo, nada de lo que has hecho, nada que puedas hacer para convencer a Dios de que te libre, aunque sea por un instante.¹

El ritmo del sermón es implacable. Edwards golpea una y otra vez los corazones contritos de su congregación. Presenta imágenes gráficas tomadas de la Biblia, todas

Presenta imágenes gráficas tomadas de la Biblia, todas diseñadas para advertir a los pecadores del peligro en que se encuentran. Les dice que andan por caminos

resbaladizos y están en peligro de caer por su propio peso. Les dice que están cruzando el pozo del infierno a través de un puente de madera sostenido por tablas podridas que pueden romperse en cualquier momento. Les habla de flechas invisibles que, como una peste, vuelan al medio día. Les advierte que el arco de Dios está tensado y que las flechas de Su ira apuntan a sus corazones. Describe la ira de Dios como muchas aguas que golpean contra las compuertas de una represa. Si esa represa se rompiera, los pecadores serían destruidos por una inundación. Les recuerda a sus oyentes que entre ellos y el infierno solo hay aire:

Tu maldad te hace, por así decirlo, pesado como el plomo y te hace caer con gran peso y presión hasta el infierno, y si Dios te soltara, te hundirías inmediatamente cayendo velozmente en el abismo sin fondo; y ni tu buena salud, ni tu propio cuidado y prudencia, ni los medios usados para tu subsistencia, ni toda tu justicia tendrían influencia alguna para sostenerte e impedir que caigas al infierno, tal como una tela de araña no puede detener una roca que cae.²

En la parte de aplicación del sermón, Edwards pone un gran énfasis en la naturaleza y severidad de la ira de Dios. Es central en su razonamiento la idea clara de que un Dios santo debe ser también un Dios airado. Él enumera varios

santo debe ser también un Dios airado. El enumera varios puntos claves sobre la ira de Dios que no debemos pasar por alto.

1. *La ira de Dios es divina* . La ira de la cual Edwards predicó es la ira de un Dios infinito. Él contrastó la ira de Dios con la ira humana o la ira de un rey hacia sus súbditos.

La ira humana cesa. Tiene un punto final. Es limitada. La ira de Dios puede continuar por siempre.

2. *La ira de Dios es terriblemente intensa* . La Biblia repetidamente compara la ira de Dios con un lagar de furor. En el infierno no hay moderación ni se otorga misericordia. La ira de Dios no es una simple molestia o una ligera incomodidad. Es una ira consumidora contra los impenitentes.

3. *La ira de Dios es perpetua* . La ira de Dios contra los que están en el infierno no tiene fin. Si tuviéramos alguna compasión por los demás, nos lamentaríamos de solo pensar que alguno de ellos pudiera caer al pozo del infierno. No podríamos soportar, ni por cinco segundos, escuchar los gritos de los condenados. Ser expuestos a la furia de Dios solo por un momento es mucho más de lo que podemos soportar. Contemplarla por toda la eternidad es demasiado horrible como para considerarlo. No nos gusta ser despertados con sermones así. Anhelamos un letargo feliz, el reposo de un sueño apacible.

La tragedia para nosotros es que, a pesar de las claras advertencias de la Escritura y de la seria enseñanza de Jesús sobre este tema, seguimos despreocupados ante el castigo futuro de los malvados. Si hemos de creerle a Dios por completo, entonces debemos enfrentar la horrible realidad de que algún día Su terrible ira será derramada.

realidad de que algún día su terrible ira será denominada.
Edwards observó:

Casi todo hombre natural que oye del infierno, se engaña a sí mismo creyendo que escapará; depende de sí mismo para su propia seguridad; se felicita por lo que ha logrado, lo que está logrando y lo que tiene la intención de lograr. Cada uno planifica cómo evitará la condenación y se engaña a sí mismo pensando que lo que planea para sí es bueno y que sus planes no fallarán.³

¿Cómo reaccionamos al sermón de Edwards? ¿Nos produce alguna sensación de temor? ¿Nos hace enojar?

¿Nos sentimos como una multitud de personas que no hacen otra cosa más que despreciar cualquier pensamiento acerca del infierno y del castigo eterno? ¿Consideramos la ira de Dios como un concepto vulgar o primitivo? ¿Es la idea misma del infierno un insulto para nosotros? Si es así, queda claro que el Dios que adoramos no es un Dios santo y, peor aún, que ni siquiera es Dios. Si menospreciamos la justicia de Dios, no somos cristianos. Estamos en una posición tan precaria como aquella que Edwards describió de manera tan gráfica. Si aborrecemos la ira de Dios es porque aborrecemos a Dios mismo. Podemos protestar con vehemencia contra estas acusaciones, pero nuestra vehemencia solo confirmaría nuestra hostilidad hacia Dios. Podemos decir enfáticamente: «No, no es a Dios a quien odio: es a Edwards. Dios es completamente tierno conmigo. Mi Dios es un Dios de amor». Pero un Dios amoroso que no tiene ira no es Dios. Es un ídolo creado por nosotros, tanto

tiene ira no es Dios. Es un ídolo creado por nosotros, tanto como si lo hubiéramos tallado en piedra.

Jonathan Edwards predicó otro famoso sermón que puede verse como un tipo de secuela a «Pecadores en las manos de un Dios airado». Tituló el sermón «Los hombres, enemigos naturales de Dios». Si me permiten mejorar el título de Edwards, sugeriría en cambio: «Dios en las manos de pecadores airados».

Si somos inconversos, una cosa es absolutamente cierta: *odiamos a Dios*. La Biblia no es ambigua en este punto. Somos enemigos de Dios. Hemos jurado interiormente buscar Su destrucción definitiva. Para nosotros es tan natural odiar a Dios como lo es para la lluvia el humedecer la tierra cuando cae. Ahora bien, nuestra molestia puede convertirse en ira. Rechazamos sinceramente lo que acabo de escribir. Estamos bastante dispuestos a reconocer que somos pecadores. Somos prontos para admitir que no amamos a Dios tanto como debiéramos. ¿Pero quién de nosotros admitiría que odia a Dios?

Romanos 5 enseña claramente: «Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida» (Rom 5:10). El tema central del Nuevo Testamento es la reconciliación. La reconciliación no es necesaria entre los que se aman. El amor de Dios por nosotros no está en duda. La sombra de duda se cierne sobre nosotros. Es nuestro amor por Dios lo que se cuestiona. La mente humana natural, lo que la Biblia llama la «mente carnal», está en enemistad con Dios.

Revolamos nuestra hostilidad natural hacia Dios con la

Revelarnos nuestra hostilidad natural hacia Dios con la baja estima que tenemos por Él. Consideramos que no es digno de nuestra total devoción. No nos deleitamos en

contemplantarlo. Incluso para el cristiano, la adoración es a menudo difícil y la oración un deber gravoso. Nuestra tendencia natural es huir lo más lejos posible de Su presencia. Su Palabra rebota de nuestras mentes como una pelota de baloncesto en el aro de un tablero.

Por naturaleza, nuestra actitud hacia Dios no es de simple indiferencia, sino una posición de malicia. Nos oponemos a Su gobierno y rechazamos Su dominio sobre nosotros. Nuestros corazones naturales carecen de afecto por Él; son fríos, helados ante Su santidad. Por naturaleza, el amor de Dios no está en nosotros.

Como señaló Edwards, no es suficiente decir que la mente humana natural ve a Dios como un enemigo. Debemos ser más precisos. Dios es nuestro enemigo *mortal*. Él representa la mayor amenaza posible para nuestros deseos pecaminosos. Su repugnancia para nosotros es absoluta y no conoce grados menores. Nada que puedan decir los filósofos o los teólogos puede inducirnos a amar a Dios. Despreciamos Su misma existencia y haríamos cualquier cosa que estuviera en nuestro poder para librar al universo de Su santa presencia.

Si Dios pusiera Su vida en nuestras manos, no estaría a salvo ni por un segundo. No lo ignoraríamos, lo destruiríamos. Esta acusación puede parecer desmesurada e irresponsable hasta que examinamos una vez más el registro de lo que sucedió cuando Dios apareció en Cristo. A Cristo no simplemente lo mataron: fue asesinado por personas malvadas. Las multitudes se desgañaban

personas malvadas. Las multitudes se desgarraban pidiendo Su sangre. No bastaba con eliminarlo, sino que había que hacerlo acompañado de desprecio y humillación.

Sabemos que Su naturaleza divina no pereció en la cruz, sino que fue Su humanidad la que murió. Si Dios hubiera expuesto Su naturaleza divina a aquella ejecución, si hubiera hecho Su esencia divina vulnerable a los clavos del verdugo, Cristo aún estaría muerto y Dios no estaría en el cielo. Si la espada hubiera atravesado el alma de Dios, la rebelión final habría tenido éxito y ahora reinaría la humanidad.

En protesta decimos: ¡Pero que somos cristianos! Amamos a Dios. Hemos experimentado la reconciliación. Hemos nacido del Espíritu y el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. Ya no somos enemigos, sino amigos. Todas estas cosas son ciertas para el cristiano; pero debemos ser cuidadosos, recordando que con nuestra conversión, nuestra naturaleza humana no fue aniquilada. Todavía queda un vestigio de nuestra naturaleza caída con el que debemos luchar todos los días. Aún queda un rincón de nuestra alma que no se deleita en Dios. Vemos su imperfección en nuestro continuo pecar y podemos observarlo en nuestra adoración letárgica. Incluso se manifiesta en nuestra teología.

Se ha dicho que, históricamente, tres tipos genéricos de teología han competido por aceptación dentro de la Iglesia cristiana: el pelagianismo, el semipelagianismo y el agustinianismo.

El pelagianismo no es cristiano. Ni siquiera es subcristiano, sino abiertamente anticristiano. Es básicamente una teología de incredulidad. El hecho de que

básicamente una teología de incredulidad. El hecho de que tenga tal dominio absoluto sobre tantas iglesias es un testimonio al poder de la enemistad natural de las personas

contra Dios. Para el pelagiano o liberal no existe la actividad sobrenatural. No creen en los milagros, en la deidad de Cristo, en la expiación, en la resurrección, en la ascensión ni en la segunda venida. En pocas palabras, no tiene nada de cristianismo bíblico. Es puro paganismo disfrazado de piedad.

¿Y qué del semipelagianismo? Es claramente cristiano en su apasionada confesión de la deidad de Cristo y en su confianza en la expiación, la resurrección y demás. El semipelagianismo es la creencia que predomina entre los cristianos evangélicos y probablemente sea la teología de la

gran mayoría de las personas que leen este libro. Pero estoy convencido de que, con todas sus virtudes, el semipelagianismo aún representa una teología que negocia con nuestras inclinaciones naturales. Tiene un defecto evidente en su comprensión de Dios. Aunque reconoce la santidad de Dios y manifiesta a viva voz que cree en la soberanía de Dios, aun así alberga delirios sobre nuestra capacidad de inclinarnos nosotros mismos hacia Él, de poder «tomar la decisión» de nacer de nuevo. Declara que las personas caídas, que están en enemistad con Dios, pueden ser persuadidas a reconciliarse incluso antes de que sus corazones pecaminosos sean cambiados. Pretende que personas que no han nacido de nuevo pueden ver un reino que Cristo declaró que no podía verse, y entrar en un reino al que no se puede entrar sin haber nacido de nuevo. Los evangélicos de hoy pretenden que pecadores inconversos, muertos en sus delitos y pecados, pueden pasarse a la vida

muertos en sus delitos y pecados, pueden pasarse a la vida al *decidir nacer de nuevo*. Cristo dejó en claro que las personas muertas no pueden elegir nada, que la carne no

cuenta para nada y que debemos nacer del Espíritu antes de poder ver el reino de Dios, mucho más antes de entrar en él. El error del evangelicalismo moderno es que no comprende la santidad de Dios. Si la entendiera, ya no se hablaría de enemigos mortales de Cristo que vienen a Jesús por su propio poder e iniciativa.

Solo el agustinianismo considera la gracia como algo central en su teología. Cuando entendemos el carácter de Dios, cuando captamos algo de Su santidad, entonces comenzamos a comprender el carácter radical de nuestro pecado y nuestra incapacidad. Los pecadores incapaces solo

pueden sobrevivir por gracia. Nuestra fuerza es inútil en sí misma; somos espiritualmente impotentes sin la ayuda de un Dios misericordioso. Puede que no nos guste prestar atención a la ira y la justicia de Dios, pero hasta que no nos dispongamos a aceptar estos aspectos de la naturaleza de Dios, no apreciaremos lo que la gracia ha hecho por nosotros. El propósito del sermón de Edwards sobre los pecadores en las manos de Dios no era enfatizar las llamas del infierno. El énfasis que resuena no está en el foso ardiente, sino en las manos del Dios que nos sostiene y nos rescata de ese lugar. Las manos de Dios son manos de gracia. Solo ellas tienen el poder para rescatarnos de la destrucción definitiva.

¿Cómo podemos amar a un Dios santo? La respuesta más simple que puedo dar a esta pregunta vital es que no podemos. Amar a un Dios santo está más allá de nuestra capacidad moral. El único tipo de Dios que podemos amar

capacidad moral. El único tipo de Dios que podemos amar con nuestra naturaleza pecaminosa es a un dios profano, un ídolo hecho con nuestras propias manos. A menos que

seamos nacidos del Espíritu de Dios, a menos que Dios derrame Su amor santo en nuestros corazones, a menos que Él, en Su gracia, se incline a cambiar nuestros corazones, no lo amaremos. Él es quien toma la iniciativa de restaurar nuestras almas. Sin Él, no podemos hacer nada justo. Sin Él, estaríamos condenados a la separación eterna de Su santidad. Podemos amarlo solo porque Él nos amó primero. Amar a un Dios santo requiere de gracia, una gracia lo suficientemente fuerte como para atravesar nuestros corazones endurecidos y despertar nuestras almas moribundas.

Si estamos en Cristo, ya hemos sido despertados. Hemos sido resucitados de la muerte espiritual a la vida espiritual. Pero todavía tenemos «vendas» en nuestros ojos y a veces caminamos como zombis. Seguimos albergando cierto temor de acercarnos a Dios. Todavía temblamos al pie de Su santo monte.

Sin embargo, a medida que crecemos en nuestro conocimiento de Él, desarrollamos un amor más profundo por Su pureza y sentimos una dependencia más profunda de Su gracia. Aprendemos que Él es totalmente digno de nuestra adoración. El fruto de nuestro creciente amor por Él es un aumento de reverencia por Su nombre. Lo amamos ahora porque vemos Su hermosura. Lo adoramos ahora porque vemos Su majestad. Le obedecemos ahora porque Su Espíritu Santo habita en nosotros.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Qué impresión tienes del sermón de Jonathan Edwards? ¿Lo consideras un sermón compasivo?
- 2 . ¿Cómo entender la ira de Dios te ayuda a honrarlo como Dios santo?
- 3 . ¿De qué maneras necesitas que Dios te ayude a amarlo?

Capítulo 10

Mirando más allá de las sombras

*La verdad es siempre acerca de algo,
pero la realidad es aquello acerca
de lo cual trata la verdad.*

C. S. Lewis

El salmista fue movido a sentimientos de asombro y reverencia al contemplar el escenario donde estaba viviendo. Mientras volvía su mirada al firmamento, el reino de los cielos, fue movido a expresar sus pensamientos más profundos: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has establecido, *digo* : ¿Qué es el

hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que lo cuides? ¡Sin embargo, lo has hecho un poco

menor que los ángeles, y lo coronas de gloria y majestad!»
(Sal 8:3-5).

Estos no eran los sentimientos de un astrónomo profesional ni de un astrólogo primitivo, sino la reflexión de una persona común que contemplaba su minúscula posición en el vasto universo. El salmista no conocía la idea de un universo en expansión con miles de millones de estrellas e innumerables galaxias. No sabía nada de novas explosivas ni de nebulosas en espiral. Nunca había oído hablar de la cosmología del *Big Bang*. Desde su posición en el tiempo y el espacio, el cielo parecía ser un dosel abovedado cuyas luminarias estaban tal vez a solo unos pocos kilómetros de altura en el cielo.

Me pregunto qué habría pensado David si alguien le hubiera mencionado que la luz de la estrella más cercana (aparte de nuestro propio sol) tardó cuatro años y medio en alcanzar el planeta Tierra mientras viajaba a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. Para nosotros es casi imposible considerar tales distancias y enormidad espacial, a pesar de que vivimos de este lado de la Revolución de Copérnico. Cuando pensamos que nuestro planeta tiene cuarenta mil kilómetros de circunferencia y que la luz puede darle siete vueltas y media en un solo segundo, quedamos completamente perplejos. Ese asombro crece hasta el infinito cuando pensamos en la cantidad de segundos que tiene un día, sin mencionar los segundos que hay en cuatro años y medio. Pero esa medida es solo hasta

la estrella más cercana. No hay analogías que sirvan para considerar la distancia a la estrella más lejana. De hecho, ni

siquiera sabemos cuál es la estrella más lejana, porque muy probablemente aún no ha sido descubierta.

El salmista —aun con los escasos recursos que tenía al contemplar el cielo nocturno de Palestina— se sintió abrumado por la profunda sensación de contraste entre la magnificencia de los cielos y la relativa oscuridad e insignificancia de su propia vida. Al considerar las estrellas, se vio obligado a hacer una pregunta fundamental sobre su propia existencia: «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?» (Sal 8:4).

Podríamos esperar que su conclusión hubiera sido que él no era prácticamente nada, un pitido insignificante en la pantalla del radar de la historia o una partícula diminuta en un desierto cósmico. Pero esa no fue su conclusión. Expresó una visión elevada de la importancia de la vida en este planeta y del valor y la dignidad de la humanidad. Él habló de la corona de gloria y honor con la que el Creador tocó esta diminuta parte de la creación.

¿Cómo pudo el salmista de llegar a tales alturas de optimismo? ¿Fue simplemente un caso de delirio de grandeza? ¿Estaba el salmista armado con tal conocimiento que fue capaz de cerrar la enorme brecha entre el cielo y la tierra? Quizás fue porque el salmista pudo percibir algo a lo que nos hemos vuelto casi completamente ciegos. Quizás fue porque el salmista pudo ver más allá de las estrellas y la luna a Aquel que las colocó en los cielos.

En su carta a los romanos, el apóstol Pablo escribió sobre

la revelación que Dios hace de Sí mismo en y a través de la naturaleza. Él dice: «Porque desde la creación del mundo, sus atributos invisibles, su eterno poder y divinidad, se han

visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que no tienen excusa» (Rom 1:20).

Lo que Pablo dice aquí es sorprendente. Él reconoce la invisibilidad de Dios. Sin embargo, habla de las cosas invisibles de Dios como si se vieran. Si algo se ve, entonces no es invisible; y si es invisible, no se puede ver. ¿Por qué entonces el apóstol habla de ver lo invisible? Pablo no está diciendo disparates ni hablando en acertijos. Lo que quiere decir es esto: lo que no se puede ver *directamente* se puede ver *indirectamente*. En el contexto de la teología, lo que Pablo describe es conocido como *revelación mediata*.

La revelación mediata involucra una comunicación o revelación que tiene lugar a través de algún medio. Usamos el término *medio* para referirnos a una fuente de comunicación como periódicos, radio y televisión. Recibimos la información que llamamos noticias, no siendo testigos oculares directos de los eventos, sino leyendo sobre ellos en los medios impresos, escuchándolos en la radio o viéndolos en la televisión. La televisión es un medio tan poderoso que podemos llegar a *pensar* que hemos sido verdaderos testigos oculares de esos eventos que vimos en la pantalla. Cuando vemos un partido de fútbol en vivo, podemos sentir que realmente estamos allí. Pero, por supuesto, no lo estamos. Estamos viendo fotos o imágenes transmitidas del evento. El juego es «visible» para nosotros solo a través de «tele-visión», un medio de comunicación.

Cuando dirigimos nuestra atención a las estrellas,

estamos haciendo uso de otro medio. Mirar una estrella o la luna no es mirar el rostro de Dios. Es mirar la obra de Dios. Cuando contemplamos «La ronda de noche» en el

Rijksmuseum de Ámsterdam, no estamos viendo a Rembrandt. Estamos viendo una pintura que es obra suya. Esa pintura nos dice algo sobre el hombre que la pintó, pero ciertamente no nos lo dice todo.

Por supuesto, la naturaleza en su plenitud es una obra maestra mucho mayor que cualquiera que Rembrandt haya creado. La naturaleza nos proporciona una imagen mucho más grande que «La ronda de noche». Revela mucho más de su Creador que lo que una pintura pueda decir de su artista. Pablo declara que el medio de la naturaleza hace visible el poder invisible y la deidad de Dios mismo.

Pablo deja en claro que todos ven esta manifestación de la majestad de Dios. Esta revelación llega a todas las personas de modo que todos la ven con claridad. La fuerza de la afirmación de Pablo es que toda persona que ha vivido sabe que hay un Dios y es consciente de Su majestad y santidad trascendentes. El medio que Dios ha escogido para revelarse universalmente es tan claro y potente que deja a todos sin excusa. Es un medio mucho más poderoso y efectivo para cumplir su propósito que una transmisión televisiva. Una entrevista del periodista más experimentado con Dios no podría mostrarnos tanto de Dios como lo hace la naturaleza.

Aunque todos reciben este conocimiento de Dios, no todos están dispuestos a reconocerlo. Luego de que el apóstol les arranca todas las excusas de las manos, declara:

Pues aunque conocían a Dios, no le honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue

entenebrecido. Profesando ser sabios, se volvieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles (Rom 1:21-23).

¿Conoces al basquetbolista Michael Jordan? ¿Cómo respondería yo a esa pregunta si me la hicieran? Podría responderla de dos maneras. Podría decir: «Sí, conocí a Michael. Lo he visto y he hablado con él». O podría decir: «Sí, pero nunca lo he visto en persona». Ambas respuestas son verdaderas en cierta medida. He visto a Michael Jordan; lo he visto en televisión. Le he hablado; le grité muchas veces cuando veía los partidos de su equipo los *Bulls* por televisión. Sin embargo, también es cierto que no conozco al hombre. Por lo general, cuando hablamos así, agregamos el calificativo «en persona». Entendemos la diferencia entre la persona real y la imagen de la persona.

Pablo está diciendo que a la persona real de Dios se le conoce realmente a través de la revelación real que tiene lugar en el reino real de la naturaleza. Pero el problema es que, en el caso de Dios, distorsionamos nuestro conocimiento de Él al reemplazarlo con una imagen que nosotros mismos creamos. Esta es la esencia de la idolatría: reemplazar la realidad con una falsificación. Distorsionamos la verdad de Dios y reconfiguramos nuestra comprensión Suya de acuerdo con nuestras propias preferencias, quedándonos con un Dios que es todo menos santo.

De nuevo, es importante notar que Pablo no presenta una acusación universal contra la humanidad por no conocer a Dios. Ese no es nuestro problema. No es que no

sepamos que Dios existe ni quién es Dios; es que nos negamos a *creer* lo que sabemos que es verdad. Aquí nos enfrentamos a un problema que no es intelectual. Es un problema moral. Es el problema de la deshonestidad.

Toda idolatría está enraizada en esta deshonestidad fundamental. Pablo describe esto en términos de un intercambio, un intercambio deshonesto: «Porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos. Amén» (Rom 1:25).

El intercambio deshonesto que se expone aquí es la sustitución del Creador por la criatura, un intercambio que es deshonesto precisamente porque se trata de algo que conocemos muy bien. El difunto Carl Sagan habló de la sensación de asombro y reverencia que sintió cuando contempló las complejidades del cosmos. Pero Sagan aclaró que esta reverencia no era para el Autor del cosmos, sino para el cosmos mismo. La respuesta de Sagan ante las estrellas fue diametralmente opuesta a la respuesta del salmista. El salmista fue movido a adorar al Dios que creó la naturaleza y que se revela a través de ella, no a adorar a la naturaleza misma. Esto refleja las diferencias esenciales entre la piedad y el paganismo. Los paganos confunden a la criatura y al Creador. Atribuyen a la criatura la gloria que le pertenece a Dios.

Recordemos que Pablo ve el pecado humano en el hecho de que las personas se niegan a honrar a Dios como Dios.

Esto lo hacen a pesar de que conocen el poder eterno y la deidad del Creador. Esta negativa a honrar a Dios como Dios es lo que pienso que Pablo tiene en mente cuando afirma

que las personas se niegan a creer lo que saben que es verdad sobre Dios.

La conclusión sorprendente a la que llegamos a partir de las enseñanzas del apóstol es que la santidad de Dios no es un secreto oscuro o arcano que puede ser descubierto solo por un grupo espiritual élite. Más bien, la santidad de Dios se exhibe diariamente para que todos la vean. De nuevo, no se trata simplemente de que esté disponible para quienes la buscan con seriedad. Más bien, el punto de Pablo es que la santidad de Dios se ve, y se ve con claridad.

En otro lugar, el apóstol indica que el conocimiento de Dios dado a través de la creación no es un conocimiento que recibimos y aceptamos con calidez. Por el contrario, lo natural en nosotros es aborrecer este conocimiento de la santidad de Dios. Es característico de la mente reprobada no querer retener a Dios en su conocimiento. Preferimos cambiar lo santo por algo menos que santo. Es este rechazo de la majestad de Dios lo que deja nuestra mente entenebrecida. El resultado de todo esto es una enorme insensatez que tiene consecuencias desastrosas para nuestras vidas. Una vez que nos negamos a honrar a Dios como Dios, toda nuestra visión de la vida y del mundo se distorsiona.

Volvamos al Salmo 8. El salmista, antes de hablar acerca de su contemplación de las estrellas, la luna y los cielos, pronuncia una conmovedora doxología: «¡Oh SEÑOR , Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra, que

has desplegado tu gloria sobre los cielos!» (Sal 8:1).

El punto crucial que el salmista afirma es que la gloria de Dios está *por encima de los cielos* . La gloria de Dios

trasciende toda la gloria de las criaturas. De hecho, la gloria que pueda encontrarse en este mundo es prestada o derivada de la mano del Creador. El salmista obviamente es un hombre regenerado. Se complace en honrar a Dios como Dios y reconocer la verdad de la revelación que se da en la naturaleza. Levanta sus ojos más allá del esplendor de los cielos y se regocija en la gloria que se revela por medio de ellos.

En su obra *La República* , Platón usa una ilustración que se ha hecho famosa. Él habla de unos hombres que están encadenados en el oscuro interior de una cueva y que reciben calor y luz de una pequeña fogata. Todo lo que los hombres pueden observar son las sombras parpadeantes que se proyectan en la pared de la cueva junto al fuego. Ese es el alcance de su visión. Toda la realidad que conocen es la de las sombras. No es sino hasta que son liberados de los confines de la oscuridad y emergen a la luz del día que pueden percibir la realidad tal como es. Mientras tanto, confunden las sombras en la pared con la verdad real.

La analogía de Platón fue diseñada para ilustrar la diferencia entre lo que él llamaba *conocimiento y opinión* . La opinión se basa en supuestos extraídos de las sombras. No logra penetrar la verdad. Para Platón, todo conocimiento que se base únicamente en observaciones de este mundo externo no es conocimiento verdadero, sino una mera sombra de la verdad. Para llegar a la verdad, uno debe ir más allá del reino inmediato de la percepción sensorial, al

reino eterno de la realidad última. Él buscaba ir más allá de los fenómenos hasta la verdad y la realidad supremas.

Aunque la analogía de Platón fue escrita hace siglos, puede ser un análisis acertado del espíritu de nuestra época. Nos enorgullecemos de la explosión de conocimiento del mundo exterior por parte de la ciencia moderna. La expansión del alcance de nuestro conocimiento ha ido mucho más allá de los límites impuestos por nuestro poder de percepción. Investigamos el reino de lo infinitesimal por medio del microscopio y el reino de lo distante por medio del telescopio. Nuestra visión de lo cercano y de lo distante ahora supera con creces lo alcanzado en exploraciones previas.

Nuestra visión del mundo que nos rodea y del mundo más allá de nosotros ha mejorado tanto que pareciera que hemos sido catapultados a un teatro majestuoso que ofrece presentaciones diarias de gloria admirable. Sin embargo, nuestra visión del mundo es quizás más terrenal y miope que nunca. Nuestra era es la era de la miopía, una era en la que declaramos que toda la realidad que existe es el aquí y ahora. Este es un tipo de secularismo sin precedentes. En nuestra búsqueda por liberación de lo sagrado y por independencia de nuestra condición de criaturas, solo hemos logrado aislarnos de lo santo. Vivimos en una cueva más pequeña que la que Platón imaginó y las sombras que contemplamos no son proyectadas por un fuego crepitante, sino por brasas humeantes que se van apagando con rapidez.

En su *Institución de la religión cristiana* , el teólogo del

siglo XVI, Juan Calvino, ofreció otra analogía, la de los ojos vendados. Él argumentó que la naturaleza es un teatro gigante, de hecho, un glorioso teatro de la revelación divina.

Pero caminamos por este teatro como si lleváramos los ojos vendados. El punto de Calvino no era negar que obtenemos conocimiento real de la revelación natural. Más bien, hablaba del estado de las personas que voluntariamente se niegan a volver la mirada hacia lo obvio. Nos vendamos nosotros mismos y luego tropezamos, maldiciendo la oscuridad. Esta analogía está diseñada para enfatizar la necedad humana, que prefiere la oscuridad a la luz y las criaturas en lugar del Creador.

Calvino destaca:

Pero, porque la mayor parte de los hombres, encénagada en sus errores, no ve nada en un escenario tan bello, el Profeta exclama que es una sabiduría muy rara y singular considerar como conviene estas obras de Dios. Porque vemos que los que son tenidos por hombres de muy agudo entendimiento, cuando las consideran, no hacen nada. Y ciertamente por mucho que se muestre la gloria de Dios apenas se hallará de ciento uno que de veras la considere y la mire. Lo mismo podemos decir de su poder y sabiduría, que tampoco están escondidas en tinieblas.¹

Somos criaturas que preferimos vivir en la cueva antes que a la plena luz del sol radiante. La gloria de Dios está a nuestro alrededor. Es imposible que no la veamos. Sin

embargo, no solo no nos detenemos a oler las flores, sino que tampoco vemos la gloria del Hacedor de esas flores.

Ciertamente, la obra que se presenta en el teatro de la majestad divina, en el cual caminamos todos los días, es la gloria de Dios. El salmista declara que los cielos y toda la naturaleza cantan de la gloria y la majestad de Dios.

Vemos el vínculo inseparable que existe entre la santidad de Dios y Su gloria. Su gloria es la manifestación externa de Su perfectísimo ser. Lo que se exhibe es Su peso o gravedad. Con frecuencia la Escritura habla de la nube de la gloria de Dios que en ocasiones se hacía visible exteriormente. Se trata de la *shekinah*. Esta nube de gloria cubrió a los discípulos en el monte de la transfiguración.

Escoltó a Jesús en Su ascensión al cielo y lo traerá cuando regrese. Esta nube de gloria es tan deslumbrante que puede cegar a quienes la miren directamente, como le sucedió al apóstol Pablo en el camino a Damasco.

Cuando en los tiempos bíblicos la gloria de Dios se manifestaba en toda su plenitud, el resultado era que infundía terror en todos los que la veían. Pero esta nube de gloria no es la única manifestación de la presencia de Dios en la Biblia. Él también apareció en varias teofanías, como la zarza ardiente, la columna de fuego y las lenguas de fuego que descendieron en Pentecostés. En menor grado, Su gloria se manifiesta en todas partes en todo momento. No puede extinguirse como tampoco podemos extinguir la luz del sol. Las nubes pueden tapar el sol o este puede experimentar eclipses periódicos, pero tales fenómenos no pueden apagar su luz por completo.

Calvino usó la metáfora de unos «anteojos» o «espejuelos» para describir nuestra percepción de la gloria de Dios. Habló de los anteojos de la fe, por los cuales los

creyentes miran más allá de la superficie y deleitan sus ojos contemplando la gloria que está claramente allí.

La Biblia habla de aquellos que tienen ojos para ver y oídos para oír. No se refiere a las capacidades ordinarias de los sentidos, sino a la habilidad de atravesar la oscuridad y la cacofonía del pecado para ver y escuchar la verdad. Con la regeneración, las escamas de nuestros ojos caen de modo que podemos percibir realmente lo que vemos y entender realmente lo que oímos (Mr 4:12). Esta habilidad crece a medida que maduramos en nuestra fe.

Hace unos años, comencé a dibujar y pintar con óleo como pasatiempo. Mi trabajo de aficionado nunca adornará las paredes de una galería de arte importante. Avanzo a trompicones en este pasatiempo, aprendiendo a través de la prueba y el error. En mis primeras clases, me dijeron que mirara el mundo a mi alrededor de una manera diferente. Me enseñaron a prestar atención a los matices de los tonos y las sombras y a observar los colores y las texturas. Antes de este ejercicio, cuando caminaba por los parques, solo veía árboles. Ahora, cuando observo los árboles, noto la textura peculiar de su corteza y cómo resaltan los colores en sus hojas. Estos matices siempre han estado allí, pero yo nunca los había notado. Cada uno de estos matices tiene su propio medio para anunciar la presencia de la gloria de Dios.

Cuando nos dedicamos a la pintura y a otras formas de arte, lo que nos interesa es la belleza. El concepto mismo de

belleza es profundamente difícil de definir. Es elusivo y controversial. La disciplina de la filosofía tiene su propia subcategoría llamada estética, la cual busca determinar las

normas de la belleza. Históricamente ha habido muchas escuelas de pensamiento estético compitiendo entre sí. Muchas personas han concluido que no hay reglas para la belleza, que es un asunto puramente subjetivo. Otros, que se remontan a Aristóteles y más allá, han abogado por criterios objetivos para la belleza. Los subjetivistas se escudan en la frase «la belleza está en los ojos del espectador». Esto tiende a reducir la belleza al gusto o preferencia personal, como en el caso de los diversos sabores de helados. Lo que es bello para una persona, puede ser feo para otra.

Por otro lado, algunas escuelas de pensamiento han tratado de determinar normas objetivas para evaluar la belleza. Pensadores como Aristóteles, Aquino y Edwards, por ejemplo, han visto la belleza en base a cuestiones de proporcionalidad, simetría, complejidad, armonía y cosas por el estilo. Los elementos complejos cuando están en una simetría intrincada tienden a ser bellos y, aunque se admite que lo simple también puede ser hermoso, con frecuencia es la composición armónica de partes complejas lo que apunta a la belleza. Entendemos la diferencia entre la presentación de figuritas de palo y la estructura de la anatomía humana representada en la obra de Miguel Ángel. Del mismo modo, podemos notar la diferencia entre un niño tocando «Estrellita, ¿dónde estás?», con un solo dedo y un concertista de piano tocando el *Concierto para piano n.º 4* de Beethoven.

Lo que surge del gran arte y la buena música es una profundidad de dimensión que no se vuelve obsoleta ni trivial con rapidez. Piensa, por ejemplo, en la diferencia

entre «Jesús, alegría de los hombres» de Bach y una canción popular de hoy o la banda sonora de una película. Algunas canciones populares perduran por años, pero la mayoría son pasajeras. Si, por ejemplo, te sientas a escuchar una canción popular por seis horas seguidas, es probable que te aburras de ella. Sin embargo, si escucharas atenta y continuamente una obra maestra de Bach, la pieza tiende a volverse cada vez más fascinante a medida que vas descubriendo sus matices más complejos.

A veces la gente piensa que soy un tipo extraño cuando hablo de la belleza de los juegos de fútbol americano profesional. ¿Cómo puede alguien decir que algo tan primitivo y violento contiene algo de belleza? Lo que disfruto es ver atletas preparados de forma extraordinaria que han alcanzado la cúspide de su deporte trabajando juntos para ejecutar un solo movimiento. Once hombres en un lado del balón tienen cada uno una función específica que realizar en una misma jugada diseñada para avanzar el balón solo unos pocos metros, mientras que otros once hombres al otro lado del balón trabajan juntos como una unidad para evitar tal avance. La ejecución de cualquier jugada implica un tipo de orquestación que requiere armonía en lugar de disonancia. Cuando se pierde la armonía, se pierde el balón o se frustra la jugada.

En todo esto, ya sea en el arte o en el deporte, se revela un tipo de belleza que tiene profundas implicaciones teológicas. El Antiguo Testamento se refiere con frecuencia

a la belleza de la santidad de Dios. Hasta las vestimentas que Dios diseñó para Aarón y los sacerdotes fueron diseñadas «para gloria y para hermosura» (Ex 28:2). Estas

referencias indican una relación significativa entre lo santo y lo bello. Estamos acostumbrados a pensar que existe una relación inherente entre la bondad y la santidad o entre la verdad y la santidad. Sin embargo, la verdad y la bondad son solo dos patas de un taburete de tres patas. La tercera pata es el elemento de la belleza.

En las categorías bíblicas, hay una tríada de virtudes y todas ellas apuntan más allá de sí mismas a la santidad de Dios. Esta tríada está compuesta de la *bondad*, la *verdad* y la *belleza*. Exploremos cada una de ellas.

Los filósofos antiguos como Platón y Aristóteles buscaban lo que llamaron el *summum bonum*, o el «bien supremo». Fue esta búsqueda la que los llevó a postular la existencia de Dios. A su manera, estaban atestiguando lo que es fundamental en la fe bíblica: que el bien supremo se encuentra en Dios mismo. Él es la norma de las normas y no hay norma por encima de Él. Todo bien encuentra su raíz en Él y en Su carácter. Él es la fuente de todo lo que es bueno y todo lo que es bueno, a su vez, apunta hacia Él. Es solo cuando Dios es desterrado del pensamiento humano que se adopta una ética relativista. Pero el relativismo no es tanto una ética, sino una antiética, que es el fundamento de la impiedad. Fue Dostoyevski quien declaró que «si no hay Dios, entonces todas las cosas son permisibles». Él entendió que sin el bien supremo, no puede haber bien en absoluto. Todo «bien» debe ser medido contra el estándar supremo de la bondad de Dios.

Así como toda bondad encuentra su definición en el terreno de la bondad de Dios, así también toda verdad se juzga de acuerdo al estándar de la verdad de Dios. Él es el

autor supremo de la verdad. Todo lo que es verdad no solo fluye de Él, sino que también refleja Su carácter. Los antiguos teólogos entendieron que toda verdad es la verdad de Dios y que toda verdad «procede de arriba». Lo que se quiere decir con esta expresión es que ninguna verdad es independiente de Dios ni contradice lo que Él declara que es verdad. Los filósofos han ofrecido varias teorías de la verdad. Una de las más persistentes es la llamada *teoría correspondentista de la verdad*.

Este concepto define la verdad como aquello que se corresponde con la realidad. El problema con esta definición a secas es que las personas tienen diferentes percepciones de lo que es la verdad. Entonces, surge la pregunta: «¿La verdad como la percibe quién?». Para superar esta dificultad, debemos agregar a la definición básica las palabras «tal como la percibe Dios». Con esta adición, la definición completa se convierte en: «La verdad es lo que se corresponde con la realidad tal como la percibe Dios». La percepción que tiene Dios de la verdad es perfecta. Él ve todas las cosas desde la perspectiva de la eternidad. Él conoce la estructura de toda realidad, tanto grande como pequeña. Lo que revela en la Biblia es siempre consistente con Su autorrevelación en la naturaleza. Lo que aprendemos del estudio de la naturaleza debe corresponder con lo que aprendemos del estudio de la gracia; ambas esferas pertenecen a Dios. Dios no es autor de confusión. Él es incapaz de hablar contradicciones o mentiras. Esto es lo que

quiere expresar la idea de que toda la verdad procede de arriba. No es que de alguna manera Dios pueda conciliar ideas contradictorias, sino que no existe contradicción que

pueda infectar la claridad de Su verdad. La verdad de Dios es una verdad santa. Es decir, Su verdad expresa Su propio carácter. Dado que Él es la fuente de toda verdad, toda verdad apunta a Él; y como toda verdad apunta a Él, toda verdad es santa. El carácter sagrado de la verdad es lo que hace que la mentira sea tan diabólica, ya que distorsiona nuestra percepción del carácter mismo de Dios.

Así como la verdad y la bondad están enraizadas en el carácter de Dios, también lo está la belleza. Dios mismo es el fundamento de toda unidad y diversidad, de lo simple y lo complejo. Su propio ser es internamente consistente, armonioso y proporcionado. En Él no hay distorsiones, desorden ni fealdad. Su voz no admite ruido ni cacofonía. Las obras de Sus manos son orden y armonía, no caos. El caos está marcado por el desorden y la confusión, y se manifiesta de forma irracional. La belleza de Dios es una belleza sensata y racional en el sentido de que Su ser es de perfecta cordura y orden. En la misma medida en que la belleza da testimonio de estas cualidades, ellas darán testimonio de Él. Edgar Allan Poe entendió que en la belleza uno encuentra la dimensión de lo sublime, una dimensión que no es irracional, sino que puede ser transracional. Es decir, la belleza, aunque involucra la mente, va más allá de los límites de la mera cognición. Cuando las grandes obras de arte «nos conmueven», nos invade un sentido afectivo que agita el alma y la mente. Cultivar el aprecio por la belleza es dirigir nuestro curso hacia el Autor sublime de

toda belleza.

Los teólogos medievales usaron la frase latina *ens perfectissimus* para referirse a Dios. La frase podría

traducirse como «el ser más perfecto». Los teólogos usaron una expresión que es un poco engañosa. Decir que algo o alguien es el ser más perfecto implica una redundancia. La verdadera perfección no admite grados. Algo que en verdad es perfecto en todos los aspectos no puede volverse ni más perfecto ni lo más perfecto. Hablamos así porque estamos acostumbrados a referirnos a cosas que son imperfectas. Las cosas imperfectas pueden ser mejoradas, pero las perfectas no. Cuando nos referimos a Dios debería bastarnos decir simplemente que Él es perfecto. ¿Por qué entonces los teólogos usaron un superlativo para hablar de la perfección de Dios? La respuesta debe encontrarse en su deseo de subrayar la realidad de la perfección de Dios de una manera tan clara que eliminara cualquier posibilidad de sugerir la más mínima falta de perfección en Su carácter. Hablar de lo más perfecto fue un uso legítimo de la hipérbole.

La perfección de Dios se aplica a todos Sus atributos. Su poder es perfecto y no tiene debilidades ni posibilidad alguna de debilidad. Su conocimiento no solo es omnisciente sino que refleja una omnisciencia perfecta. No hay nada que Dios no sepa o que pueda aprender. Algunos teólogos modernos han tratado de sugerir que Dios es omnisciente, pero que Su omnisciencia es limitada. Afirman que Dios sabe todo lo que le es posible saber, pero que no sabe ni puede saber ciertas cosas, especialmente las decisiones futuras de agentes libres. Pero una omnisciencia

limitada simplemente no es omnisciencia ni tampoco es perfecta. Esta visión de la omnisciencia limitada despoja a Dios de Su santa omnisciencia, que es una omnisciencia

perfecta. El amor de Dios, Su ira, Su misericordia —todo lo que Él es— es perfecto. No solo Él es perfecto, sino que lo es de manera eterna e inmutable. Nunca hubo un momento en que Dios fuera menos perfecto y no hay posibilidad de que en el futuro pueda caer en algún tipo de imperfección. Dios seguirá siendo por siempre lo que ha sido. Su perfección es inmutable. No puede cambiar.

Las sombras en una cueva son dadas al cambio. Danzan y centellean con formas e intensidad siempre cambiantes. Para contemplar lo verdaderamente santo e ir más allá de la superficie de lo creado, necesitamos salir de la cueva que nos hemos hecho nosotros mismos y caminar en la gloriosa luz de la santidad de Dios.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . Describe una experiencia reciente en la que Dios se te haya revelado por medio de la naturaleza.
- 2 . ¿De qué maneras adoramos la creación en lugar del Creador?
- 3 . ¿Cómo lo que es bueno, verdadero y bello refleja la

santidad de Dios? ¿Cómo te ayuda esta verdad a definir
4 . tus prioridades?
¿Cómo adorarás a Dios por Su santidad?

Capítulo 11

Espacio santo y tiempo santo

*¿Dónde, a excepción del presente, puede
ser hallado el Eterno?*

C. S. Lewis

A *puerta cerrada* . Esta famosa obra de teatro escrita por el filósofo existencialista francés Jean Paul Sartre describe su visión de que el infierno son las demás personas, un reino del que no hay salida. Ese mismo título puede utilizarse para describir la visión que la cultura contemporánea tiene acerca de nuestro mundo. Somos una generación de personas que se sienten atrapadas en el aquí y ahora. Sentimos que no tenemos acceso a lo celestial o al

reino de lo trascendente. Parece haber un abismo infranqueable que nos separa del plano de lo santo. Por lo visto estamos condenados a vivir nuestros días encadenados a lo profano.

Mientras escribo estas palabras, hay una nave espacial que se dirige hacia el espacio exterior. Los astronautas a bordo viajan para hacer reparaciones y mejoras al telescopio Hubble, el cual transmite a la tierra imágenes sin precedentes de los confines del universo. Como resultado, los astrónomos luchan por hacer nuevos ajustes a sus paradigmas de cosmología. Una miríada de nuevos datos se impone ante nosotros demandando una explicación. Pocos científicos se aferran todavía a la idea anticuada de un universo estacionario, teoría que está siendo descartada debido a la evidencia de que nuestro universo se encuentra en expansión.

El siglo XVIII vio la aparición de una nueva religión llamada deísmo, la cual representaba un punto intermedio entre el teísmo cristiano clásico y el naturalismo ateo. La metáfora favorita del deísmo era la del relojero divino. Dios era visto como la primera causa, quien creó el mundo tal como un relojero diseña y construye un reloj. Los deístas pensaban que, así como el relojero une los resortes y los engranajes y luego le da cuerda al reloj para que pueda funcionar con su propia energía inherente, de la misma manera Dios, el gran Diseñador y Creador del universo, creó el mundo y luego dio un paso atrás para dejarlo funcionando según sus propias leyes mecánicas. Ellos creen que Dios hizo el mundo como un sistema cerrado y que Él permanece eternamente indiferente a su funcionamiento. Los deístas no ven la providencia diaria, ni intrusiones

Los deístas no ven la providencia divina, ni intrusiones sagradas de lo alto, ni posibilidad real alguna de comunicación significativa desde aquí abajo.

El deísmo no duró mucho como una religión viable. No satisfacía ni al teísta clásico ni al naturalista empedernido, así que salió rápidamente de escena. Sin embargo, su relevancia perdurable puede verse al menos de dos maneras importantes. La primera es que, aunque el deísmo representó apenas un pequeño puntito en el radar de la historia, ocurrió precisamente en el momento en que los Estados Unidos de América estaba en sus etapas formativas. El deísmo estaba en boga cuando se redactaron la Declaración de Independencia y la Constitución y, hasta cierto punto, incluso los cristianos tradicionales de ese momento aceptaban la postura deísta de las leyes naturales.

El segundo punto de impacto del deísmo era que favorecía la visión de un universo mecanicista cerrado que no dejaba espacio para la intrusión divina. Aunque la religión del deísmo ya pasó hace mucho tiempo, su visión del mundo sigue vigente. Muchas personas en nuestra cultura piensan que el mundo funciona según leyes naturales fijas que operan de manera similar a un reloj de cuerda. Las causas de todos los eventos tienen sus raíces de manera exclusiva en la naturaleza y a Dios no le queda más remedio que permanecer como un espectador remoto y distante de los eventos humanos. En nuestra sociedad, la religión no es más que un tipo de terapia personal para los que tienen problemas para lidiar con las dificultades de la vida. La nuestra es una existencia profana, sin un sentido de

vida. La nuestra es una existencia profana, sin un sentido de la presencia de lo santo.

Sin embargo, la gente siempre ha buscado una ventana o una puerta hacia lo trascendente. Buscamos un umbral

que nos lleve a cruzar la frontera de lo profano hacia lo santo. Es la búsqueda de un espacio santo, de una tierra santa. Mircea Eliade, uno de los principales historiadores de la religión del siglo XX, ha escrito sobre esta búsqueda humana en su libro *Lo sagrado y lo profano*. Eliade insiste en que nunca hemos podido tener una existencia de pura y absoluta profanidad. Él dice: «Sin importar cuanto haya desacralizado el mundo, el hombre que ha optado por una vida profana nunca ha logrado abolir por completo el comportamiento religioso».¹ La humanidad parece ser incurablemente *homo religiosus*. Incluso dentro de los límites de un universo cerrado, las personas buscan algún lugar que les sirva como punto de acceso a lo trascendente. Sentimos un vacío doloroso que demanda a gritos ser llenado por lo santo. Anhelamos un espacio santo.

Cuando Moisés se encontró con Dios en el desierto, él experimentó un umbral al espacio santo:

Y Moisés apacentaba el rebaño de Jetro su suegro, sacerdote de Madián; y condujo el rebaño hacia el lado occidental del desierto, y llegó a Horeb, el monte de Dios. Y se le apareció el ángel del SEÑOR en una llama de fuego, en medio de una zarza; y *Moisés* miró, y he aquí, la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces dijo Moisés: Me acercaré ahora para ver esta maravilla: por qué la zarza no se quema. Cuando el Señor vio que él se acercaba para

quemar. Cuando el SEÑOR vio que él se acercaba para mirar, Dios lo llamó de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Entonces Él dijo: No te acerques aquí; quítate las sandalias de

los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa. Y añadió: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tenía temor de mirar a Dios (Ex 3:1-6).

En esta experiencia de teofanía, Dios le ordenó a Moisés que se mantuviera a una distancia segura de Su presencia inmediata. Le prohibió acercarse demasiado y le ordenó quitarse las sandalias. Ya hemos visto en la visión del profeta Isaías que existe una relación entre la cobertura de los pies de los serafines en aquel pasaje y el descubrimiento de los pies de Moisés. En ambas instancias, los pies apuntan a su condición de criatura. De todos modos, a Moisés le fue dicho que se quitara las sandalias porque estaba pisando tierra santa. Moisés había entrado en el espacio santo. En algún punto de su camino hacia la zarza ardiente, él había cruzado una frontera que marcaba la línea entre lo santo y lo profano. Por ser una criatura caída de este mundo, Moisés mismo era profano y, sin embargo, se atrevió a caminar sobre una tierra que ahora era santa.

El espacio santo que Moisés ocupó fue santificado por la presencia de Dios. La composición del suelo en este lugar no era diferente del resto del desierto. El carácter santo de este lugar no era intrínseco, sino extrínseco. Es decir, *fue hecho* santo por una presencia superior. El evento que ocurrió en ese momento le dio una dimensión extraordinaria

ocurrió en ese momento le dio una dimensión extraordinaria a lo ordinario. El espacio común se había vuelto poco común en virtud de la aparición de Dios en ese lugar.

Lo que Moisés experimentó en la zarza ardiente no fue solo una teofanía, sino también una hierofanía. Así como la palabra *teofanía* se refiere a una manifestación visible de Dios, el término *hierofanía* se refiere a una manifestación externa de lo santo. Eliade comenta: «Todo espacio santo implica una hierofanía, una irrupción que hace que un territorio se desprenda del medio cósmico circundante y se vuelva cualitativamente diferente».²

Vemos un segundo ejemplo bíblico de un espacio santo en el relato de la experiencia de Jacob en Betel. Al comentar sobre esta historia del Antiguo Testamento, el historiador Eliade señala:

Cuando, en Harán, Jacob vio en sueños la escalera que alcanzaba el cielo y por la cual los ángeles subían y bajaban, y escuchó en lo alto al SEÑOR que decía: «Yo soy el SEÑOR , el Dios de tu padre Abraham», se despertó sobrecogido de temor y exclamó: «¡Cuán imponente es este lugar! Esto no es más que la casa

de Dios, y esta es la puerta del cielo». Y tomó la piedra que le servía de almohada y la erigió como monumento y derramó aceite sobre ella. Llamó a ese lugar Betel, es decir, «casa de Dios» (Gn 28:12-19). El simbolismo contenido en la expresión «puerta del cielo» es rico y complejo: la teofanía consagra un lugar por el hecho mismo de hacerlo «abierto» hacia

lo alto, es decir, en comunicación con el cielo, el punto paradójico de paso de un modo de existencia a otro.³

Varias imágenes significativas están relacionadas en el desarrollo de este evento. La primera es la de la escalera con los ángeles que suben y bajan. Nuevamente vemos que la escalera sirve como un enlace de conexión entre el cielo y la tierra, entre lo santo y lo profano. La escalera describe una salida de un universo aparentemente cerrado. En segundo lugar, este espacio santo recibe un nuevo nombre, Betel, precisamente porque se le considera no solo «casa de Dios», sino también, y quizás más importante, una puerta virtual. La casa no solo tiene un portal: es un portal, una puerta que proporciona acceso al cielo.

La tercera dimensión significativa de estas imágenes (y elijo la palabra *significativa* por su valor literal de lo que es una «señal o signo») es la de la piedra. Originalmente, la piedra era un pedazo de roca común utilizado para un propósito común en la antigüedad, a saber: servir como almohada para la cabeza de Jacob mientras dormía durante la noche. Después de la hierofanía, a la piedra se le asigna un propósito diferente. Es transformada de un propósito común a otro poco común. Es ungida con aceite en un rito simple de consagración para convertirla en una marca sagrada del espacio santo. Marca lo que Eliade llama un lugar de paso entre el cielo y la tierra.

El espacio santo en los tiempos bíblicos se marca con frecuencia como un lugar de paso. Vemos esto en el relato de Noé y su familia al sobrevivir el diluvio:

Y en el mes segundo, el día veintisiete del mes, estaba seca la tierra. Entonces habló Dios a Noé, diciendo: Sal del arca tú, y contigo tu mujer, tus hijos

y las mujeres de tus hijos. Saca contigo todo ser viviente de toda carne que está contigo: aves, ganados y todo reptil que se arrastra sobre la tierra, para que se reproduzcan en abundancia sobre la tierra, y sean fecundos y se multipliquen sobre la tierra. Salió, pues, Noé, y con él sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos. Y todas las bestias, todos los reptiles, todas las aves y todo lo que se mueve sobre la tierra, salieron del arca según sus familias.

Y edificó Noé un altar al SEÑOR , y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocaustos en el altar (Gn 8:14-20).

Tan pronto como las aguas se retiraron y Noé y su familia pudieron salir del arca, construyeron un altar. El propósito inmediato del altar era proporcionar una plataforma para presentar una ofrenda a Dios. Pero esa no fue la única función del altar. El altar también sirvió para marcar el lugar de un nuevo comienzo, para indicar el lugar donde había

ocurrido el paso de la destrucción a la redención.
Vemos episodios similares esparcidos por todo el Antiguo Testamento:

Y el SEÑOR se apareció a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Entonces él *edificó* allí un altar al SEÑOR que se le había aparecido. De allí se

trasladó hacia el monte al oriente de Betel, y plantó su tienda, teniendo a Betel al occidente y Hai al oriente, y edificó allí un altar al SEÑOR, e invocó el nombre del SEÑOR (Gn 12:7-8).

De allí subió a Beerseba. Y el SEÑOR se le apareció aquella misma noche, y le dijo:

Yo soy el Dios de tu padre Abraham;
no temas, porque yo estoy contigo.
Y te bendeciré y multiplicaré tu descendencia,
por amor de mi siervo Abraham.

Y él construyó allí un altar e invocó el nombre del SEÑOR y plantó allí su tienda; y allí abrieron los siervos de Isaac un pozo (Gn 26:23-25).

Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras del SEÑOR y todas las ordenanzas; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que el SEÑOR ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras del SEÑOR . Levantándose muy de mañana, edificó un altar al pie del monte, con doce columnas por las doce tribus de Israel (Ex 24:3-4).

Estos pasajes ilustran casos en los que un altar marca un espacio santo, un lugar de paso crucial. Cada punto de paso indica un puente que va desde lo meramente profano hacia lo santo, ya sea a través de la aparición de Dios a las personas o por decisiones significativas que distinguen a las personas como santas.

Nuestro contacto con lo santo no es simplemente un encuentro con una dimensión diferente de la realidad: es el

encuentro con una dimensión diferente de la realidad, es el encuentro con la realidad absoluta. El cristianismo no consiste en una experiencia religiosa tangencial. El cristianismo involucra el encuentro con un Dios santo, quien viene a ser el centro o el núcleo de la existencia humana. La

fe cristiana es teocéntrica. Dios no está al margen en la vida de los cristianos, sino en su mismo centro. Dios define toda nuestra vida y nuestra cosmovisión.

En nuestra experiencia contemporánea, vivimos el espacio santo en los santuarios de las iglesias. En la Biblia la palabra *iglesia* se refiere a personas, no a edificios. Sin embargo, cuando las personas se reúnen para adorar, necesitan un lugar físico donde congregarse. Debido a que el edificio de la iglesia es el lugar diseñado para la adoración, hemos llegado a abreviar el término *edificio de la iglesia* simplemente como *iglesia*. En este sentido, las iglesias están diseñadas y construidas para servir como un tipo de espacio santo reservado para un lugar de encuentro con lo santo.

La arquitectura de los edificios de las iglesias varía. Cada uno comunica algún tipo de mensaje no verbal. En el pasado, la catedral gótica estaba diseñada para enfocar la atención en la trascendencia de Dios. El uso de techos altos, espacios abovedados, torres y capiteles servía para comunicar que, en este edificio, la gente se encontraba con lo santo. Mientras que algunos edificios eclesásticos contemporáneos todavía usan espadañas y techos abovedados para señalar la asombrosa santidad de Dios, otros han sido diseñados para fomentar la comunión entre los hermanos. Estas iglesias pueden parecerse más a salas de reunión comunitarias o incluso a teatros. En algunas de estas iglesias, el santuario se convierte en un escenario y la

estas iglesias, el santuario se convierte en un escenario y la congregación en una audiencia. Esta tendencia podría verse como una profanación del espacio santo al eliminar cualquier molestia que pueda producir la presencia y el

terror de nuestro Dios santo. En estos ambientes, las personas se sienten cómodas mientras disfrutan de la comunión unas con otras.

Lo que a menudo se pierde en estos diseños funcionales de iglesias es esa profunda sensación de *umbral*. Un umbral es un lugar de transición. Indica el cambio de un reino a otro. Una amiga recientemente me contó sobre una experiencia de umbral que tuvieron ella y su familia. Mientras visitaban a un pariente en San Luis (Misuri, Estados Unidos), mi amiga, su esposo y sus dos hijos visitaron la catedral de San Luis. A medida que se acercaban al frente de la catedral, la familia bromeaba y conversaba sobre el clima cálido, los narcisos que florecían y otras cosas ordinarias. Cuando dejaron la luz del sol y entraron en la catedral, la conversación se detuvo abruptamente. Quedaron en silencio, atónitos por la magnífica obra de mosaico que se arqueaba sobre ellos en lo alto del vestíbulo de la catedral. Mi amiga quedó especialmente intrigada por el comportamiento de su hija, que nunca había estado en

una catedral. La adolescente comenzó a caminar de puntillas, como si el sonido de sus pasos o el simple toque de sus zapatos en el suelo perturbara algo. Cuando madre e hija entraron al santuario, donde 43 millones de mosaicos en más de ocho mil tonos de color representaban historias de la Biblia y de la vida de San Luis, la hija dejó salir unos suspiros de asombro mientras estuvo allí durante diez minutos observando el techo arqueado. Luego se sentó en

minutos observando el techo arqueado. Luego se sentó en uno de los bancos y giró lentamente la cabeza para contemplar las paredes a su alrededor. Durante todo este tiempo, esta adolescente que normalmente habla mucho,

no dijo nada. Fue conquistada por la belleza, la quietud y el espacio santo. Queriendo explorar los transeptos y las capillas que se alineaban en el frente de la catedral, la hija dejó el banco para verlos más de cerca. Pero tras haber dado unos pasos, regresó al banco para preguntarle a su madre: «¿Está bien si camino por allá?». La madre le explicó dónde le era permitido caminar y qué lugares estaban prohibidos.

Mientras mi amiga observaba a su hija explorar el resto de la catedral, se dio cuenta de que, sin saberlo, esta adolescente había percibido que estaba en un espacio santo. Ella había cruzado un umbral. Además, sin haberlo discutido, esta adolescente sintió que ella, en su humanidad, era profana. El sonido de su voz, el sonido de sus pasos, el toque de sus zapatos en el suelo, de algún modo, todo eso era ofensivo para la santidad revelada en este lugar. Ella estaba en tierra santa.

Es posible alegar que tal concepto de umbral oscurece la verdad bíblica de que Dios es omnipresente y que toda la creación, como teatro de las operaciones de Dios, es santa. Pero la Biblia es mucho más positiva respecto a la idea del espacio. La consagración del espacio santo no termina al cerrar el Antiguo Testamento. Está arraigada y cimentada en el acto mismo de la creación y algo tan profundamente importante para el espíritu humano se pierde cuando esto se descuida.

Nuestras vidas están marcadas por lugares santos que

Nuestras vidas están marcadas por lugares santos que atesoramos en nuestros recuerdos. Tengo un extraño sentido de respeto por el lugar donde me convertí a Cristo. Estoy muy consciente de que ese espacio no tiene ningún

poder especial y que no fue ese lugar lo que me convirtió. Sin embargo, fue *el lugar* donde conocí a Cristo. Ese espacio santo siempre tendrá un lugar especial en mi vida.

En 1996, dirigí una gira por los lugares que fueron importantes en la vida de Martín Lutero. Visité la iglesia de Wittenburg, en cuya puerta Lutero clavó sus noventa y cinco tesis. Estuve en Erfurt, donde fue ordenado, y en el castillo de Wartburg, donde tradujo la Biblia. La historia cristiana se desarrolló en esos lugares. Tienen un significado santo para mí. Tuve sentimientos similares cuando visité la iglesia de Calvino en Ginebra y la de Knox en Escocia. Sin embargo, todo esto palidece en importancia cuando se compara con un viaje a Tierra Santa. Allí sentí que el lugar estaba casi encantado cuando nos detuvimos en el Monte de los Olivos o cuando caminamos por la Vía Dolorosa. Los peregrinos de todo el mundo comparten una sensación común de lo extraordinario cuando entran en lugares que fueron hechos santos por la visita del Dios encarnado. Estos sitios son santos porque fueron tocados por Su presencia.



La santidad de Dios no solo toca el espacio, sino también el tiempo. El idioma griego del Nuevo Testamento tiene dos palabras diferentes que se pueden traducir como *tiempo*. La primera es *cronos*, que se refiere generalmente al paso normal del tiempo, momento a momento. Palabras como *crónica*, *cronología* y *cronómetro* se derivan de este

vocablo griego. La segunda palabra para tiempo es *kairos* .

Kairos se refiere a momentos especiales que tienen una relevancia particular. No tenemos una palabra precisa para traducirlo al español. Lo más cercano es la palabra

memorable . Reconocemos que todos los eventos del pasado son eventos históricos, pero no todos los eventos del pasado son memorables. Cualquier evento que tenga lugar en la historia es histórico. Sin embargo, reservamos el término *memorable* para eventos de particular importancia. Los eventos memorables son momentos cruciales que moldean la historia a partir de ese momento.

En la historia bíblica, los eventos «kairóticos» tienen lugar dentro del contexto del *cronos*. El cristianismo no es una religión que se basa simplemente en eventos verticales extraídos del contexto de la historia. La fe bíblica está

basada y arraigada en el plano de la historia real. Aunque la Biblia revela un tipo especial de historia que los estudiosos llaman historia *redentora* , no por eso deja de estar comprometida con la idea de que la redención que se revela, se revela en la *historia* redentora.

Los eventos kairóticos incluyen momentos cruciales como la creación, la caída, el éxodo, el cautiverio, la encarnación, la cruz, la resurrección, la ascensión y el

Pentecostés. Estos eventos son como momentos claves en la obra de Dios en la historia. Están llenos de importancia redentora.

Tales eventos kairóticos a menudo son marcados en la Biblia con elementos de tiempo santo. Estos tiempos indican momentos extraordinarios de interrupciones o intrusiones de lo santo en el mundo. En nuestra cultura tenemos la

costumbre de marcar ciertos días con la designación de *feriados* o *festivos* , que son días apartados, días que son diferentes de los demás y que son especiales, separados para un tipo particular de celebración. Recordemos que una

de las acepciones para santo es apartado. Son días santos, apartados por considerarlos especiales. No todos los días feriados celebrados en nuestro país tienen connotaciones religiosas. La mayoría de ellos tienen poco que ver con la santidad de Dios. Sin embargo, debido a que se les considera particularmente importantes como puntos focales de conmemoración, se les «distingue o son apartados» de los días comunes u ordinarios del año calendario.

Estamos familiarizados con los «ritos de iniciación» de varias culturas que marcan los momentos de transición en nuestras vidas. Estos ritos no siempre están vinculados a ocasiones religiosas. De hecho, algunos de estos ritos podrían ser profanos o incluso estar relacionados con la mitología. Pero los ritos se consideran importantes precisamente porque marcan un umbral o un momento de transición de una etapa o estado a otro. Hay muchas canciones populares juveniles que celebran esos ritos de iniciación donde se glorifican las experiencias de la llegada del año nuevo, las victorias en el fútbol y cosas por el estilo como «momentos memorables». Marcamos esos momentos de transición con celebraciones, fiestas, tarjetas de felicitación y otros símbolos culturales.

La fe cristiana incluye una dimensión significativa de tiempo santo. Sin embargo, ese tiempo santo tiene sus raíces en la historia real, no en la mitología. El primer relato de tiempo santo lo realiza Dios mismo en Su obra de

creación: «Así fueron acabados los cielos y la tierra y todas sus huestes. Y en el séptimo día completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día y lo santificó,

porque en él reposó de toda la obra que Él había creado y hecho» (Gn 2:1-3).

Dios apartó el séptimo día como un tiempo santo. Cuando Dios entregó los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí, nuevamente declaró este séptimo día, el *sabbat*, como santo, un tiempo santo que sería integral para la vida y la fe de Israel. En la historia cristiana, el tiempo santo del *sabbat* tiene tres connotaciones distintas. La primera es la conmemoración de la obra de creación de Dios. La segunda es la celebración de la obra de redención de Dios. La tercera es la celebración de la promesa futura de consumación de la redención cuando entremos en nuestro descanso de *sabbat* en el cielo. Así, todo el alcance de la historia redentora, de principio a fin, se hace santo en la observancia del *sabbat*.

Incluso la gente profana intenta salir de la monotonía del ritmo diario del tiempo. Buscan un respiro del cansancio del trabajo. Incluso pudieran decir: «Gracias a Dios es viernes». El fin de semana es «apartado» para el descanso del ritmo del trabajo. La gente procura el tiempo especial de fiesta o

el *Happy Hour* [la hora feliz]. Celebran sus propios días especiales, como cumpleaños o aniversarios de bodas. Buscan un alivio del aquí y ahora. Pero estas celebraciones son marcadamente diferentes del tiempo santo que los cristianos celebran. Eliade comenta extensamente sobre esto:

Por el contrario, para el hombre religioso, la duración del tiempo profano puede ser «detenida» periódicamente, pues ciertos ritos tienen el poder de interrumpirla por periodos de tiempo santo que no

son históricos (en el sentido de que no pertenecen al presente histórico). Así como una iglesia constituye una ruptura de plano dentro del espacio profano de una ciudad moderna, el servicio religioso que se celebra en su interior señala una ruptura en la duración del tiempo profano: ya no es el tiempo histórico actual el que está presente, sino el tiempo en el que ocurrió la existencia histórica de Jesucristo, el tiempo santificado por Su predicación, por Su pasión, Su muerte y Su resurrección.⁴

Cada día de reposo, los creyentes observan el tiempo santo en el contexto de la adoración. Para el cristiano es la santificación del *sabbat* lo que marca su tiempo santo habitual. El servicio de adoración es la marca de un tiempo litúrgico especial. Debido a la realidad de la encarnación, la historia misma se convierte en santa para el cristiano. Marcamos nuestros calendarios con referencia al tiempo que es antes de Cristo (a. C.) o después de Cristo (d. C.).

Tenemos una teología de la historia porque entendemos que esta tiene un propósito santo, incluso nuestra salvación.

En el Antiguo Testamento, el momento principal de tiempo santo es el que señalaba el éxodo de Egipto y la Pascua. Dios instituyó una fiesta anual para celebrar este acto de redención:

Y este día os será memorable y lo celebraréis *como* fiesta al SEÑOR ; lo celebraréis por todas vuestras generaciones *como* ordenanza perpetua.

Siete días comeréis panes sin levadura; además, desde el primer día quitaréis *toda* levadura de vuestras casas; porque cualquiera que coma algo leudado desde el primer día hasta el séptimo, esa persona será cortada de Israel. Y en el primer día tendréis una santa convocación, y *otra* santa convocación en el séptimo día; ningún trabajo se hará en ellos, excepto lo que cada uno deba comer. Solo esto podréis hacer. Guardaréis también *la fiesta* de los panes sin levadura, porque en ese mismo día saqué yo vuestros ejércitos de la tierra de Egipto; por tanto guardaréis este día por todas vuestras generaciones como ordenanza perpetua (Ex 12:14-17).

Del mismo modo, el Nuevo Testamento ve el reemplazo de la celebración de la Pascua con la conmemoración de la Cena del Señor. El sacramento de la Cena del Señor fue instituido por primera vez por Cristo en el contexto de la celebración de la Pascua. Durante la comida de la Pascua, Jesús cambió el significado de la liturgia como parte de la institución del Nuevo Pacto, en donde los elementos que anteriormente se usaban para recordar el éxodo ahora se usan para expresar el éxodo supremo que se lograría con Su muerte en la cruz:

Mientras comían, Jesús tomó pan, y habiéndolo

bendecido, *lo* partió, y dándose*lo* a los discípulos, dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando una copa, y habiendo dado gracias, se *la* dio, diciendo: Bebed todos de ella; porque esto es mi sangre del

nuevo pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día cuando lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre (Mt 26:26-29).

La celebración de la Cena del Señor involucra un tiempo santo de tres maneras distintas. Primero, mira al pasado, instruyendo a los creyentes a recordar y anunciar la muerte de Cristo con esta observancia. Segundo, se enfoca en el momento presente de celebración, en el cual Cristo se reúne con Su pueblo para nutrirlo y fortalecerlo en su santificación. Tercero, mira al futuro, a la esperanza certera de su encuentro con Cristo en el cielo, donde participarán de la cena del Cordero y Su esposa.

En el espacio y el tiempo santos, los cristianos encuentran la presencia de lo santo. Los barrotes que buscan encerrar lo trascendente se rompen y el tiempo presente es definido por la intrusión de lo santo. Cuando

~~ponemos barreras a estas intrusiones, como diques para~~ evitar que inunden nuestras almas, cambiamos lo santo por lo profano y le robamos tanto a Dios Su gloria como a nosotros mismos Su gracia.

Soli Deo gloria.

Permitiendo que la santidad de Dios toque nuestras vidas

Mientras reflexionas sobre lo que has aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responde estas

preguntas. Usa un diario para registrar tus respuestas a la santidad de Dios o discute tus respuestas con un amigo.

- 1 . ¿Dónde has experimentado una sensación de umbral, de espacio santo?
- 2 . ¿De qué maneras has buscado una entrada al espacio santo? ¿Vas a algún lugar específico, en tu casa, en tu iglesia, en la naturaleza, para sentirte más cerca de Dios?
- 3 . ¿Cuáles momentos santos puedes identificar en tu vida?
- 4 . ¿Cómo puedes cultivar el sentido de la presencia y de la santidad de Dios en tu vida?

Notas

Capítulo 3 —El temible misterio

1 . Rudolf Otto, *The Idea of the Holy* [*Lo santo: Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*] (Oxford: Oxford University Press, 1950), 2-13.

Capítulo 5 —La demencia de Lutero

1 . Martín Lutero, *The Bondage of the Will* [*La voluntad determinada*], trad. por J. I. Packer y O. R. Johnson (Old Tappan, N.J.: Revell, 1970), 63.

2 . Roland Bainton, *Here I Stand* [*Aquí estoy: una vida de Martin Luther*] (Nashville: Abingdon, 1950), 15.

3 . *Ibíd.*, 30.

4 . *Ibíd.*, 64.

5 . *Ibíd.*, 139.

6 . Ewald M. Plass, ed., *What Luther Says* [*Lo que dice Lutero*] (St. Louis: Concordia, 1959), 1107-8.

7 . Bainton *Here I Stand* [*Aquí estoy: una vida de Martin Luther*], 144.

8 . *Ibíd.*

9 . *Ibíd.*, 34.

10 . *Ibíd.*, 41.

- 10 . *Ibíd.*, 41.
- 11 . *Ibíd.*, 42.
- 12 . *Ibíd.*, 43.
- 13 . *Ibíd.*, 50.

Capítulo 9 —Dios en las manos de pecadores airados

- 1 . *The Works of Jonathan Edwards, vol. II [Las obras de Jonathan Edwards, vol. 2]* (Carlisle, Penn.: Banner of Truth, 1974), 10.
- 2 . *Ibíd.*, 9.
- 3 . *Ibíd.*, 8.

Capítulo 10 —Mirando más allá de las sombras

- 1 . Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana* , trad. Cipriano de Valera (1597), reeditada por Luis de Usoz y Río (1858). (FELiRe, 1967), 20.

Capítulo 11 —Espacio santo y tiempo santo

- 1 . Mircea Eliade, *The Sacred and the Profane [Lo sagrado y lo profano]* (New York: Harper & Row, 1961), 3.
- 2 . *Ibíd.*, 26.
- 3 . *Ibíd.*
- 4 . *Ibíd.*, 72.



MINISTERIOS LIGONIER

Ministerios Ligonier es una organización internacional de discipulado cristiano fundada por el Dr. R.C. Sproul en 1971 para proclamar, enseñar y defender la santidad de Dios en toda su plenitud a tantas personas como sea posible.

Para cumplir con la Gran Comisión, Ministerios Ligonier comparte recursos de discipulado a nivel mundial en formato impreso y digital. Recursos confiables, tales como libros, artículos y series de enseñanza en video, están siendo traducidos o doblados a más de cuarenta idiomas. Nuestro deseo es apoyar a la Iglesia de Jesucristo ayudando a los cristianos a saber lo que creen, por qué lo creen, cómo vivirlo y cómo compartirlo.